

# EL ESPAÑOL

2'50  
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 31 enero - 6 febrero 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 270

## ARRIBA EL TELON! (DE ACERO)

OBRE LA  
EUNION  
DE LOS  
CUATRO



Eden, Bidault y Dulles se saludan al llegar a Berlín

DE LA  
CECA A LA MECA  
CON LA PAZ A  
CUESTAS

500 LINEAS TELEFONICAS A  
DISPOSICION DE 1.000 PERIODISTAS



Este es el edificio donde se celebra la conferencia.—De-  
recha: Los Comandantes oc-  
cidentales se despiden de su  
colega el ruso







«Los tres» occidentales: Eden, Foster Duller y Bidault, con sus colaboradores, son blanco de las cámaras de fotógrafos y operadores de cine en Berlín, antes de la conferencia de «los cuatro»

## DE LA CECA A LA MECA, CON LA PAZ A CUESTAS

EN uno de los pocos edificios oficiales que dejaron en pie las bombas en el Berlín Occidental se podían ver todos estos años atrás cuatro flácidas banderas ondeando en la fachada. Las banderas de Rusia, Estados Unidos, Francia e Inglaterra. El edificio fué palacio de Justicia hasta la terminación de la guerra y sede de la Comisión Aliada de Control cuando se establecieron en la capital del Reich las fuerzas de ocupación. En una gran sala, más monumental que suntuosa, presidida por unas alegorías del Bien y del Mal, se reunían los comandantes militares aliados, enzarzándose en interminables discusiones, de las que pronto los hambrientos y asustados berlineses no esperaron absolutamente nada. La cosa duró hasta el año 1948. Un día el elegante mariscal Sokolovsky, hoy jefe del Estado Mayor del Ejército rojo, salió del edificio dando un portazo, seguido de todos sus innumerables ayudantes, y no volvió. De la Comisión Aliada de Control no quedó más que el inmueble y las cuatro banderas desteñidas; sólo un oficial ruso permaneció en un aislado despacho, actuando como agente de enlace para la vigilancia de los corredores aéreos que unen

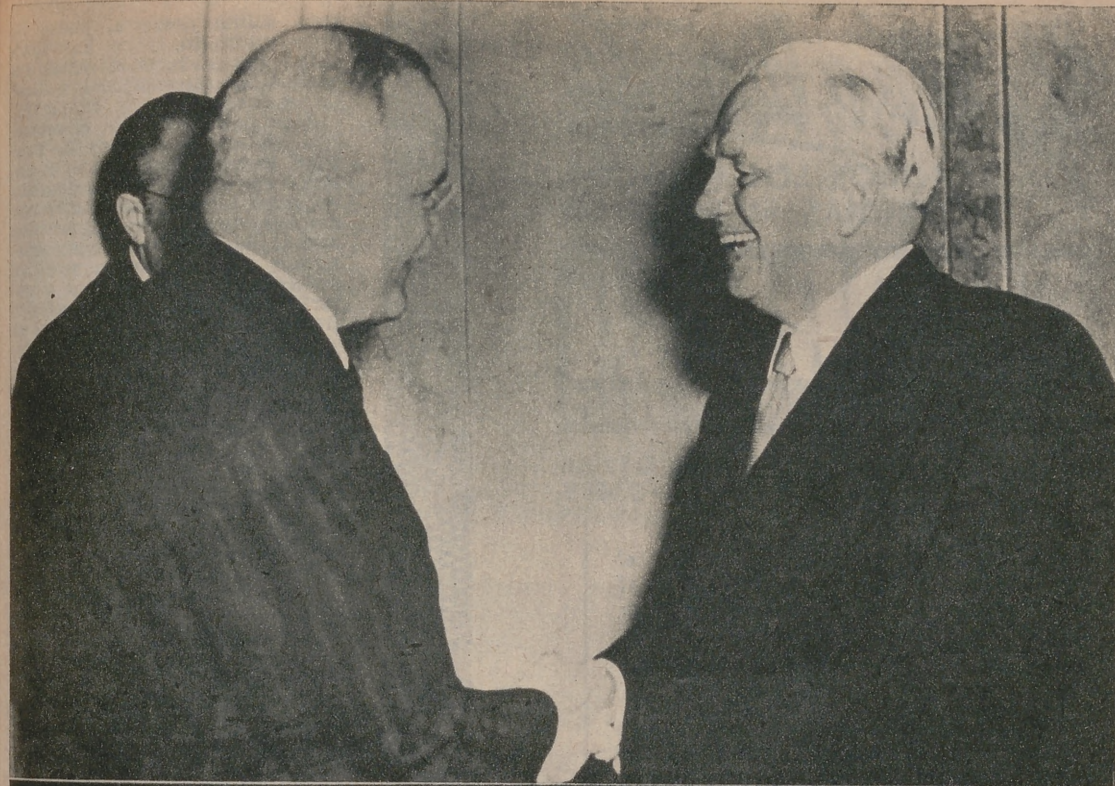
a Berlín con el resto del mundo occidental. Los berlineses, que tienen un especial ingenio para poner motes, en seguida calificaron al antiguo palacio de Justicia de «La Bella Durmiente». La aparatosa salida de Sokolovsky fué la señal para que descendiese sobre la ciudad, partiéndola por el espino, el famoso «telón de acero». A partir de aquella ya lejana fecha, Berlín Occidental y Berlín Oriente fueron dos ciudades siemprevivas separadas por alambre de espino y barricadas.

### DE LA CECA A LA MECA, CON LA PAZ A CUESTAS

Pues bien, en este edificio histórico se está celebrando la primera ronda de la tan esperada conferencia de Berlín entre los ministros de Asuntos Exteriores de los «cuatro grandes». Transcurrida la primera semana, todo el mundo agarrará sus bártulos y se irá con la música a otra parte. Concretamente, a Karlhorst, donde está instalada la Embajada soviética, con su esfinge dentro: Semionov, la eminencia gris de Molotov; un Molotov al que acogieron fríamente los berlineses del Este cuando su avión se posó en Schönefeld, mucho más viejo que cuando estuvo en Berlín, en 1939, para ultimar aquel castillo de naipes que fué el pacto germanosoviético de 1939.

La Embajada soviética, en la Unter der Linden, es un edificio grande y presuntuoso. La antigua Embajada fué destruida por los bombardeos; sobre su solar y los del hotel Bristol y del palacio

El Comandante francés en Berlín es saludado por el jefe de protocolo inglés a su llegada al Cuartel General inglés.—Derecha: El Comandante soviético, S. A. Denguino, hace su entrada en el Cuartel inglés



El Ministro ruso de Asuntos Exteriores, Molotov, a su llegada a Berlín para asistir a la conferencia, saluda al Presidente Pieck, de la República Oriental alemana

Indudablemente, el palacio de Justicia del sector occidental estaba mejor acondicionado para la celebración de la conferencia, pues, entre otras cosas, tiene 506 habitaciones, contra 350 la Embajada soviética. Pero ya saben ustedes que los rusos no transigieron en esto, por razones de prestigio. Al parecer, Semionov tenía órdenes directas de Moscú de que la sede de la conferencia fuese «móvil», y Denguino hizo

lo mejor que pudo su papel de «obstruccionista».

### MIL PERIODISTAS Y SEISCIENTOS DELEGADOS

Como nuestros lectores saben, estos días cayeron sobre Berlín cerca de 1.000 periodistas. Casi el doble de delegados, que suman 600. Estos colegas de todas las lenguas e incluso colores tienen a su disposición abundante medios para comunicarse con sus periódicos. Pero existe una notoria desproporción entre estos medios y las noticias que pueden cursarse, que son escasas y que pasan por los filtros de los portavoces-animadores de las conferencias de Prensa. El cuartel general de la Prensa, en Berlín Occidental, está instalado en la Kathreiner House, disponiendo de 500 líneas telefónicas. La oficina de Prensa del Berlín Oriente se encuentra en la Berolina House, en la Alexander-Platz.

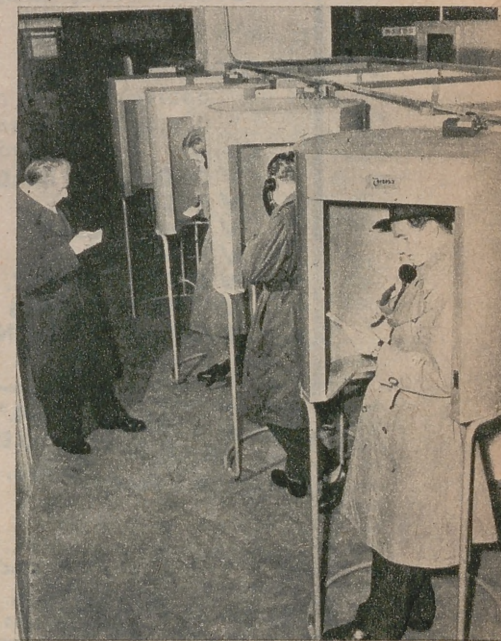
No ha sido fácil hallar acomodo para todo el mundo, pues Berlín todavía no dispone de la cantidad de hoteles que necesita. El hotel Am Zoo y el carísimo Kempinski—250 pesetas diarias sólo dormir—, en la Kurfürstendamm—la Gran Vía de Berlín—, están atiborrados.

En general, la ciudad está muy animada, sobre todo por la noche, con tanto forastero. En varios cabarets hay «strip-tease», y de Rumania ha llegado caviar en abundancia. La paz es muy dudosa, pero la alegría no falta.

### BERLIN-BINGE, O LA INCOMPATIBILIDAD DEL VODKA Y EL WHISKY

Los más escépticos en cuanto a los problemáticos resultados de la conferencia son los berlineses, que han aprendido a vivir

sin esperanza. Pero por otro lado es indudable que están satisfechos por celebrarse en su querida ciudad tan importante acontecimiento internacional. A falta de mayores cosas creen que la reunión de «los cuatro» será un buen reclamo turístico. Con esa afición a cuidar del detalle que tienen todos los alemanes, en esta ocasión no se les ha escapado uno. En los restaurantes se sirven platos americanos, rusos, franceses e ingleses, en una sín-



Los periodistas que asisten a la conferencia de «los cuatro» disponen de cabinas telefónicas a prueba de ruidos



# Ya está a la venta

EN TODOS LOS KIOSCOS  
Y LIBRERIAS EL N.º 2 DE

## EMPRESA

LA REVISTA DE LOS JEFES

QUE LE OFRECE ENTRE OTRAS  
INTERESANTES SECCIONES

● **PUBLICIDAD** - La literatura y el dibujo. *¿Divorciadas o de braceros?*  
LUIS GIL FILLOL

● **VENTAS** - La moral del vendedor ante las negativas de los clientes.  
ENRIQUE CASAS SANTASUSANA

● **CONTABILIDAD** - Otro aspecto de la valoración contable y la coyuntura.  
ANTONIO GOXENS DUCH

● **ECONOMIA** - El desorden del mundo y la Economía Proporcional.  
Mr. EUGENE SCHUELLER

● **ORGANIZACION**  
Reorganización de Oficinas.  
JAIME VICENS CARRIO

● **NOS GUSTARIA**  
que se supriman fiestas  
que se ensaye la jornada única  
que se unifiquen los seguros sociales

● **IDEAS, HUMOR, CONSEJOS**  
FOTOGRAFIAS, CRITICAS, ETC.

● **OTRAS SECCIONES**  
aparecidas en el número 1 o  
que aparecerán en el número  
3 se ocuparán de:

- ✓ PRODUCTIVIDAD
- ✓ SEGUROS
- ✓ TRIBUTACION
- ✓ HOMBRES
- ✓ IMP. & EXPORT.
- ✓ TRADUCCIONES
- ✓ COLABORACIONES
- Etc., Etc.

NUMERO  
SUELTO  
7,- Pts.

PROXIMO A AGOTARSE EL N.º 1, SUSCRIBASE  
HOY MISMO ENVIANDO ESTE RECORTE  
EMPRESA P.º M. de Zafra, 39 - MADRID

Don .....  
Profesión ..... Ciudad .....  
Domicilio .....  
se suscribe por UN AÑO 80 Pts. - 6 MESES 40 Pts.  
que pagará contra reembolso por Giro Postal.

Distribuidor exclusivo:  
**UNION DISTRIBUIDORA DE EDICIONES**  
Desengaño, 6 - Madrid

tesis difícil desde el punto de vista culinario, y no hay «barman» que no haya inventado un «cock-tail» internacional a base de vodka, whisky y champaña. A propósito de esto; el propietario de un bar de París, Le Tanguage, llamado Jean Gaste, se anticipó a los berlineses, ideando un «cock-tail» al que bautizó con nombre de «Berlín-Binge»: una mezcla de vodka ruso, vino americano, ginebra inglesa y coñac francés. Fueron invitados a catarlo los enviados especiales franceses. Pusieron la cara de quien ha bebido un purgante. No podía idearse una mezcla más repelente. El vodka y demás espirituosas occidentales son incompatibles. Como es natural, se ha visto en este fracaso una premonición de lo que va a ocurrir en la conferencia. La convivencia pacífica entre Oriente y Occidente es tan hipotética como el «Berlín-Binge».

### LA PALOMA DE PICASSO EN LA ALEXANDER PLATZ

Por el momento, la única consecuencia beneficiosa de la reunión de «los cuatro» ha sido el levantamiento temporal del «telón de acero». Los berlineses pueden alimentar por una temporada la ilusión de que su ciudad ha sido «reunificada». Doscientas cincuenta y cinco calles unen al Berlín oriental con el Berlín occidental. La mayor parte de ellas son, normadamente, «intransitables»; pero ahora los «avopos» que las custodian son más tolerantes y procuran hacer la vista gorda. Ordenes de Karlhorst, claro está.

Para recibir a los visitantes occidentales, los rusos han acicalado el Berlín-Oriente, que es infinitamente más triste que el Berlín-Occidente cuando está «abajado» el «telón de acero». Un ejército de barrenderos dió un

buen repaso a las calles, flanqueadas por montañas de escombros, y para no herir susceptibilidades, Semionov dispuso que de las paredes y escaparates desaparecieran los «slogans» propagandísticos demasiado insultantes y ofensivos para los occidentales.

En la Alexander Platz, que en tiempos fué uno de los centros nerviosos de Berlín, los rusos han colocado, en escayola, una gigantesca paloma picassiana y la seductora palabra «Paz», flanqueada por las banderas de las cuatro naciones participantes. Las dimensiones de esta paloma son idénticas a las del caballo de Troya. La paz, así representada, tiene todo el aspecto de un pajarico disecado.

Gracias a la prestidigitación soviética, las tiendas de ultramarinos del sector oriental de la ciudad han aparecido, de la noche a la mañana, llenas de comestibles. Los berlineses del otro lado del «telón de acero» hace unos años que no están habituados a estos espectáculos exuberantes y contemplan los escaparates con sorpresa, pero sin ilusiones. Saben perfectamente que en cuanto termine la conferencia se acabó esta abundancia organizada para impresionar a los periodistas occidentales. Después tendrán que esperar los paquetes Eisenhower o acercarse a la Oranienburg para comprar sus alimentos en el mercado intersectorial, «oficialmente clandestino».

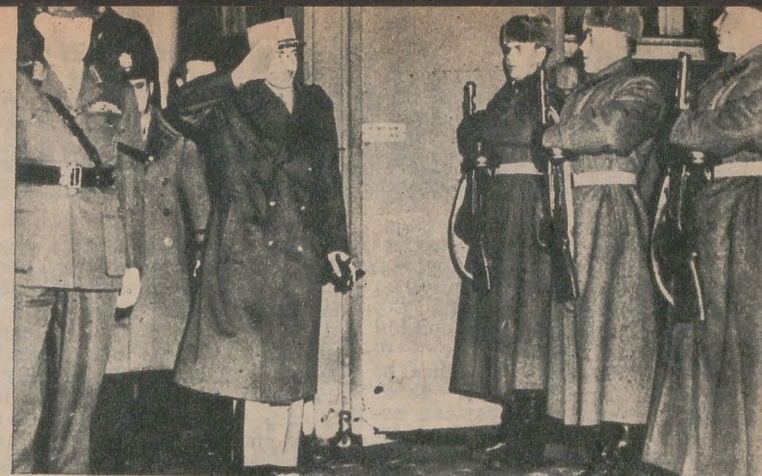
También ha circulado por el Berlín-Este la consigna de no irle con historias a los visitantes occidentales y de ser amables con ellos. Para discusiones políticas ya están «los cuatro».

### PROGRAMA DE FESTEJOS

El programa de festejos culturales es bastante atractivo. También aquí rusos y occidentales



Soldados americanos de la Policía en Berlín dan guardia a la entrada «abajada» rusa, ad: recoge est. foto donde se celebra la confere



Soldados rusos «rinden» armas a los generales Coleman y Mancau-Demiaux al salir del Cuartel General ruso en Karlshorts, después de ultimar detalles sobre la conferencia de «los cuatro»



El general Timberman, Comandante americano en Berlín, llega al Cuartel General inglés. A la derecha, la Comandancia inglesa

quieren rivalizar en esplendor y calidad. Los primeros han traído a Berlín sus famosos coros y el cuerpo de baile de la ópera de Moscú, que dará varias funciones en la Staatoper (Ópera del Estado). Los segundos pondrán en la Staetische Opera «Los Maestros Cantores», de Ricardo Wágner. Habrá representaciones de gala en los principales teatros de la ciudad, Exposiciones, conciertos y otras atracciones. En los entreactos, los señores Dulles, Eden, Biraull y Molotov sonreirán al público de butacas disimulando los dolores de cabeza que les producen las interminables discusiones y la gente se irá tan tranquila a la cama pensando que por lo menos algo marcha bien en Berlín: la garganta de los cantantes de ópera y las piernas de las bailarinas rusas.

### MOLOTOV TRAE DOS IDEAS EN LA GABEZA

Sin duda nuestros lectores tienen derecho a pedimos un comentario político como remate a esta crónica de feria. Pero lamentamos no poder descubrir algo absolutamente inédito. Como es sabido, los rusos no se avinieron a discutir sobre la falsilla de una orden del día, de forma que

puedan salir por donde les dé la gana y suscitar los temas más inesperados, desde el problema del caviar en Persia hasta la reunificación de Alemania. Sin embargo, todo parece indicar que Molotov trae metidas en la cabeza dos ideas fijas: hablar de la China comunista y coquetear con la Delegación francesa que preside el señor Bidault.

Esto último es importante. Desde hace varios meses Rusia viene mimando a Marianne. Susurrándole cosas agradables al oído, como la de que Francia debe tener un papel todavía decisivo en los negocios mundiales—es tratadema de «Pravda»—y otras no tan agradables, como la del resurgimiento del militarismo alemán a través de la «non nata» Comunidad Europea de Defensa; el viejo Viacheslav espera servirse de Francia como de palanca para abrir una vía de agua en la frágil solidaridad occidental. Ya veremos si lo consigue. Por lo menos esta situación le ha valido ya a Bidault cierta cotización como hombre clave del bando occidental. Sólo nos faltaría por ver este inesperado resultado de la conferencia de Berlín.

M. B. T.



UNO de los más altos coeficientes de acción, de emotividad, de dinamismo social o político en España, reside en las ideas Gibraltar y Marruecos. La opinión del hombre medio español, el pueblo de España, se movilliza, se pone psicológicamente en pie de guerra siempre que aparecen noticias relacionadas con esas aspiraciones nacionales. Es el Gobierno español quien debe entonces arbitrar medidas de desmovilización psicológica, quien debe ofrecer seguridades y calmar los espíritus. Ese curioso fenómeno, nos advierte que sobre las discrepancias y matices de un grupito en pugna transitoria por identidad de objetivos con otro, estamos en un momento de gran cohesión nacional.

Hablamos de coeficiente y creemos que puede ser esta palabra de la ciencia matemática, expresión y símbolo de la intensidad con que se pueden vivir determinadas creencias. Es posible participar de una aspiración colectiva, desde la neutralidad simpatizante hasta el fanatismo más exacerbado. Son diversos coeficientes del dinamismo que cada idea origina en una sociedad determinada. Advertimos que la idea Gibraltar español ocupa una de las cifras más altas de ese coeficiente. Constituye la palabra Gibraltar una auténtica fórmula infalible para el entusiasmo colectivo y para la oposición a todos los factores que impiden la realización de nuestras aspiraciones seculares. El poder evocador y dinámico de esa palabra, está fundado, desde el punto de vista de un objetivo análisis sociológico, en la repetición y en la creación de reflejos condicionales colectivos. Pero ocurre así con todas las palabras y todas las fórmulas de cualquier vocabulario, social y político. Tal observación está en la base de las modernas técnicas de difusión, que no hacen otra cosa que operar dentro de un breve espacio de tiempo, como la Historia y la conciencia nacional han venido operando a lo largo de años y acaso de siglos. Por ello podemos decir que una buena propaganda política, compatible con la más estricta moral cristiana, no hace otra cosa que avanzar y anticipar los procesos psicológicos colectivos dentro de la directriz marcada por la verdad, por la razón y la historia.

Gibraltar, empero, lo que este concepto representa para los españoles, no es un producto de la propaganda, sino de la historia pausada y lenta. La reivindicación de aquel territorio peninsular, forma parte de lo que podríamos denominar sentido común político de la nación española. Está en el sistema general de cualquier ideología política nacional y es un punto de referencia

en el que se apoyan actos y actitudes. Si ustedes quieren, aunque yo no lo creo, esta sensación de evidencia que todos tenemos alrededor de la política a seguir respecto al Peñón, estará fundada sobre la fuerza de la repetición. Pero advertimos que en todo caso, será la repetición que se inicia en el mismo día de la paz de Utrech, en que Gibraltar fué separado de España. En este sentido para un español, Gibraltar tiene la misma intensidad dentro del sistema de verdades que cada cual comparte con los demás, que la idea de la redondez de la tierra o de que la tierra da vueltas alrededor del Sol. Tenemos certeza absoluta en que la tierra es redonda, por el cúmulo de repeticiones y de autoridades que vienen diciéndolo generación tras generación, pero pocos son los que podrían demostrar científicamente la redondez de la tierra. Aunque, en el caso de Gibraltar, el hecho de que sea una parte de España arbitrariamente puesta bajo pabellón extranjero, nos lo demuestra cualquier mapa de la Península.

En el problema de Gibraltar no hay que ver por lo tanto la acción de nuestra Prensa nacional, ni una propaganda dirigida por éste o aquél Gobierno. Hay que ver, además de las razones histó-

ricas, geográficas y políticas, esos grandes líderes de la unidad española, Jovellanos, Balmes, o Donoso Cortés, o Ganivet, o Vázquez de Mella, que han simbolizado y coordinado el pensamiento de diversas generaciones españolas sobre el mismo tema. Nosotros creemos que incluso una propaganda política dirigida desde el Gobierno no podría desarraigar del corazón de los españoles esa aspiración permanente. Durante muchos años se hizo un silencio absoluto, por parte de los dirigentes de la nación española, sobre Gibraltar. Y no obstante, la realidad nacional, el hombre espa-

ñol continuó pendiente de aquel territorio. En un momento determinado unas minorías rectoras, no en el Estado nacional de Franco, podrían abandonar toda preocupación por el pequeño pueblo español en poder de Inglaterra, podrían actuar con auténtico orgullo de esa realidad, tal como se hizo en otro tiempo, pero la aspiración continuará formando parte de nuestra mentalidad pública o si se quiere, del sentido común del hombre español. Ya se ha dicho que el sentido común político pertenece al hombre medio, al hombre innominado, y que en determinadas ocasiones las clases dirigentes actúan al margen de ese sentido común.

Nos molesta y lastima haber escrito esta nota, que consideramos estrictamente objetiva, sobre Gibraltar. Porque en definitiva, nosotros como españoles, no dudamos del objetivismo ante aquella aspiración nacional; pero es que incluso la más rigurosa objetividad como señaló el Caudillo en unas declaraciones memorables, viene en apoyo de nuestros anhelos de nuestras aspiraciones a un Gibraltar español.

Claudio COLOMER MARQUES

## MAÑANA SERA OTRO DIA

POCAS veces se obtendrá una colección de casos más discrepantes y casi diría, sobre los que, recordando de la Prensa de Madrid que se dedicaron el 13 de enero al drama de Ham Greene «El cuarto de estar», estrenado en teatro María Guerrero.

De los diarios de la mañana, «Ya» fué el más energético en sus expresiones, firmadas por el Sr. Ruiz: «Aquí solemos entender, con la frecuencia, como católica una postura de que se tapa los ojos ante las cuestiones de moralidad, limitándose a calificarlas duramente. En este orden nos quiere decir la comedia que no es que afrontemos la vida como católicos, sino como menores de edad o como anclados en las bundas.»

En «Arriba», Torrente adoptaba más la postura de inhibición ante el problema planteado por el drama: «Es muy difícil, para quien tiene autoridad, definir sobre la oportunidad de la solución. Me permito simplemente recordar el suicidio como hecho que ha existido siempre en la literatura.»

Luis Calvo, desde «ABC» (su crítica, publicada desde el punto de vista del oficio y de la crítica teatral, me parece, sin duda, la mejor interpretación de la obra de Graham Greene con la que lo contrario de un melodrama: no hay personajes buenos ni personajes malos. Hay hombres, mujeres caprichosos y apasionados, creyentes, ateos. Y, por encima de ellos, la supremacía de Dios; Dios compartiendo los dolores de las criaturas libres y dándoles la muerte, el ahumbramiento, con dolores de parto.

Entre los diarios de la tarde, «El Alcázar»



# PROTECTORADO Y COLONIALISMO

CUANDO el Gobierno francés depuso violentamente al Sultán de Marruecos, España no perdió la cabeza. Su línea política, en un todo ajustada exactamente a la misión y deberes de Nación protectora, era clara y recta. Ante una acción unilateral e injusta, esta línea no tenía por qué sufrir la más mínima alteración. Contra toda legalidad, Francia atentó contra la suprema magistratura del imperio marroquí. El Gobierno español no fue ni consultado ni tan siquiera informado sobre estos propósitos. Ni las autoridades civiles ni las religiosas de la zona española reconocieron como Sultán a Ben Araja. Oficialmente acaban de proclamar ante el Alto Comisario, teniente general García Valiño, su repulsa contundente y pública ante la inaceptable conducta francesa con el Sultán Moham-et V. al mismo tiempo que reclaman la independencia jurídica de la supuesta autoridad de Ben Araja. Por otra parte condenan las condiciones y procedimientos de carácter administrativo y político a que está sujeta la población árabe en el Protectorado francés, mientras reconocen plenamente su gratitud a España. Las consecuencias de dos modos absolutamente contrapuestos de entender la tarea y los deberes de país protector están claras. Por eso, el pulso de España se mantiene sereno y firme, y Francia pierde el dominio de sí misma. España tuvo y tiene toda la razón. Francia la ha perdido, tal vez para siempre, porque, si hay errores que admiten enmiendas, otros son irremediables. El pueblo marroquí no tiene confianza en Francia, mientras la deposita enteramente en España y su Caudillo. Dentro de nuestras obligaciones figuran, por voluntad expresa de caides, bajáes y mandos políticos y religiosos de nuestra zona, la defensa y realización de las legítimas demandas que, refrendadas por la firma de todas las

personalidades musulmanas más representativas y responsables, han presentado para su estudio y decisión al Gobierno español.

Hay algo que es muy posible no se entienda jamás por ciertos países. A España no le reporta beneficio económico alguno su presencia en Marruecos, antes bien, cumplir con nuestros compromisos en aquellos territorios nos supone muchos centenares de millones. En otros casos, los hechos son precisamente los contrarios. Pero esta carga no será jamás ni siquiera pretexto para que las violencias políticas o verbales de Francia quebranten nuestra justa, verdadera y correcta actitud en el norte de África, ni para que nos inclinemos en momento alguno hacia la mixtificación o suplantación del Protectorado por el colonialismo que otros practican, o dejemos de esforzarnos en la elevación económica y cultural de nuestros protegidos y en la consolidación sucesiva de la participación efectiva de los mismos en la tarea de inspirar sus propios destinos.

Este entendimiento español del «caso marroquí» no necesita mayores explicaciones. Son otros los que deben explicar su comportamiento. La congruencia de nuestro pensamiento y nuestra manera de proceder es evidente. En aquella orilla del Estrecho, España y Franco dictan su lección de ejemplaridad, a la vez que, allí mismo, la «progresiva» Francia, y en esta otra orilla, «la Inglaterra de las libertades y el civismo», obstaculizan los mandatos de la Historia, del derecho y de la razón, tres fuerzas frente a las cuales acabarán perdiendo la batalla.

EL ESPAÑOL

## «LIVING ROOM» (1)

estar» no es obra católica; el tercero, se titula «Un drama católico», y aparece firmado por Carmen Laforet en «Informaciones» del día 21.

Carmen Laforet es quien más ha profundizado hasta ahora: «El drama de Graham Greene es tan profundamente religioso y tan específicamente católico, que muchas personas católicas, acostumbradas a oír estas cosas sólo en la iglesia y no presentadas como arte y vida, piensan, a pesar del juicio de varios teólogos católicos, que sólo es un problema moral lo que están viendo, y, con gran asombro de mi parte, discuten, precisamente, su catolicidad.»

Carmen Laforet ha dicho lo más difícil y lo más importante: que el personaje auténticamente desventurado no es la chica ardorosa y obcecada que acaba en el suicidio, sino el sacerdote, el padre Browne, que no ha sabido decir la palabra de Cristo, porque no ha sabido vivir a Cristo según la Gracia que se le había dado. El padre Browne habría podido enseñar a Rosa el camino de la salvación si él mismo hubiera sido un héroe, un santo. El sacerdote, un inválido, un «impedido», no ha querido ser ese santo: «Y demasiado tarde se da cuenta de su responsabilidad tremenda.»

Ojalá continúe la esclarecedora polémica entablada en torno a «El cuarto de estar». Ojalá llegue a aclararse para todos que la religión no es un «cuarto de vivir», una costumbre, ni en modo alguno, un odio (odio y costumbre son la religión de esa horrible mujer que en el drama se llama Elena; cuarto de estar es la religión en esa otra flácida criatura que se llama Teresa).

Dios mediante, seguiremos hablando.

Luis PONCE DE LEON

(Premio Nacional de Periodismo 1953.)

la obra de extraordinaria, sin entrar en su significación y valoración religiosa. Esto se quedaba para Fernández Asís, que en «Pueblo» aconsejaba al espectador que mirase el desarrollo de la acción viendo abstracción de sus ideas religiosas, como acerca a ver una obra de Sófocles, puesto que el catolicismo de Graham Greene y de sus personajes «no escapa a vagas sospechas de protestantismo y aun de calvinismo y de teoría de la predestinación». El reverso de la medalla (es decir, la otra medalla, sólo que vista por la otra cara) lo daba en cuenta Adolfo Prego desde «Informaciones»: «Parece como si el autor se acogiese en la obra al catolicismo no con la fe directa y evidente que proporciona un alma diáfana, sino el ánimo de un perseguido que encuentra en ella un refugio para la tempestad del siglo.» Por último, Gómez Picazo en «Madrid» niega predominantemente que pueda hablarse «de obra católica, ni de tesis católica, ni de ejemplo de teatro católico al hablarse de la obra de Greene; entre las razones, porque los consejos de la Iglesia y fuerza eficazmente salvadora de la fe fracasan cuando intentan apartar a la protagonista del suicidio. «Una semejante oposición de pareceres tuvo y tiene la obra también en los comentarios privados y públicos de quienes acuden al María Guerrero; y hay que esperar, días después, a la Prensa, con otros tres artículos: el primero es (siento no recordar fecha exacta) el del periódico «El Mundo», el dictamen del periódico favorable a la ortodoxia de Greene; el segundo, un nuevo artículo de Gómez Picazo, que aparece en «Madrid» del 19 de enero, con razones de una endeblez pasmosa, por qué «El cuarto de



# CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON ANTONIO MARCET Y JENNY

AL responder al señor Udina, cuya oratoria es digna del mecenazgo de ustedes, me anduvo entre los dientes y los labios el nombre de Mateo Morral, que no pronuncié. Y, sin embargo, el nombre y la vida de este regicida frustrado, hijo de un fabricante textil de la provincia de Barcelona, son los que nos valen como un personalísimo argumento «ad hominem» para comprobar de qué modo fecundo y ordenado se relaciona el Gremio de Fabricantes de Sabadell con el Instituto Sallarés y Pla, hijuela saya, presidido por el señor don Antonio Marcet y Jenny. Quien arrojó la bomba de la calle Mayor contra la comitiva nupcial de Don Alfonso XIII no hubiera caído dentro del cepo del terrorismo sexualmente (pues aparte de aquella vestal de la Anarquía tan cachonda, que fué Soledad Gustavo, a la manera de un cimbel cerca de Morral, todos los débiles mentales se enardecían con el ajeno de la dinamita operando bajo especie afrodisiaca), si en 1908 existe y funciona el Instituto Sallarés y Pla, que luego ha venido a poner fin a la sempiterna guerra de las promociones, a las discordias familiares entre los padres y los hijos.

Recordará usted mi cita sobre la novela de Iván Turgueniev «Los padres y los hijos», donde por primera vez el escritor ruso acuñó el neologismo de nihilismo y nihilista ordenados de la palabra latina «nihil» (nada). Los nihilistas y el nihilismo prosperaron desde entonces como la expresión en el alma y en el cerebro de un vacío moral, de un enorme hueco que habían de llenar las deflagraciones del invento del filantrópico ingeniero sueco Alfredo Nöbel. Más milenarismo que el año mil parecía el final del siglo décimonono de la era cristiana, cuando el cristianismo, a pesar de la teología y de las catedrales, de los mártires y de los santos, todavía se estaba iniciando en la conciencia pagana del hombre. Turgueniev fué el novelista de la ruptura del hijo con su padre, de la rebelión filial, del desarraigo de Mateo Morral con el honor y el prestigio de la educación recibida en su casa. El colofón de este desacuerdo era la nada, la nada integral que desintegraría los vínculos sociales para quedar tan sólo el individuo, que quiere decir lo mismo que átomo (o sea indivisible, sin poder dividirse ni repartirse por el amor), hasta que el átomo se ha convertido en fontanar de energía y destrucción, en algo que elige su camino y se polariza en una red de antipatías y afectos.

En este momento científico de la bomba de Hiroshima (¡qué lejos está la bomba de la calle Mayor, la bomba del hijo del fabricante catalán!), ustedes inventaron su Instituto Sallarés y Pla para reconciliar a la gran familia sabadellense, para unir en el trabajo y en el descanso, en el negocio y en el ocio a los padres que desde 1559 pertenecían al Gremio de Fabricantes de Sabadell y a los hijos que aun no se habían afiliado sino a alguna sociedad de cazadores (incluido el tiro al plato), a algún Club deportivo. El gremio que se fundó en el siglo XVI, cuando comenzaba el reinado de Don Felipe II, se había puesto bajo la advocación de San Sebastián, un santo guerrero y semidesnudo en su iconografía de centurión martirizado, que ofrecía su patronazgo

a un gremio que debía vestir a las gentes pacíficas. Nuestra santísima religión requiere a veces tales paradojas para que no se enmoheca demasiado el corazón humano, y así resistió el gremio de Sabadell las embestidas de los años y de las ideas (cada año nacen y mueren las falsas ideas como la grama), hasta que tampoco pudo contra su subsistencia el intiujo de la ley Chapelier, adversa a los gremios, alrededor del mundo. Iban a aparecer en Mánchester, en el Lancashire, los telares mecánicos en una expansión del industrialismo, que necesitaban carne muy barata de persona (unos de cinco años en adelante, mujeres y trabajadores libres) y una doctrina filosófica y jurídica que justificara los despojos de la economía, del capital financiero y fabril con garras y espolones. Los asesinos de la revolución francesa dieron la mano a los manchesterianos, de tal modo que hubo una factoría textil que se llamó «La Baha del Infierno». Aquellos Luzbeles, que se arovechaban del individuo aislado y segregado de su familia y de la ideología liberal, trajeron al Satán del marxismo, al propio Carlos Marx, que con su amigo el textillero Federico Engels, se puso a revisar los informes de las comisiones reales y a ajustar las cuentas a la industria de Mánchester para sacarle la teoría de la plusvalía, o sea los trapos sucios del fabricante de tejidos, Federico Engels, a sus rivales.

Señor don Antonio Marcet: la experiencia ha demostrado cuánto y cómo mentía Carlos Marx con su gigantesca facundia de rubino capaz de convencer lo blanco en negro y las rosas en el estercolero del materialismo histórico, que presumiendo de predecir toda la Historia, le fué imposible profetizar la aparición del forrelladismo, en lugar del marxismo en Sabadell, al mismo tiempo que la presencia de ustedes. El forrelladismo (caso típico de Luisa Forrellad, tan sabadellense) significa el triunfo del artesano que convive con la magna industria, tiene fe, cree en Dios y labora y crea en torno a la parroquia. Ustedes son los hijos en concordia y contacto con sus padres, son la vanguardia de sus padres que pueden desaparecer sin la zorra bra de que el esfuerzo se interrumpa. El Gremio de Fabricantes de Sabadell logró pasar el siglo XIX intacto y con su antigua bandera, para encontrarse dentro de nuestra Revolución Nacional, de nuestro Nacionalindioalismo, que reconoce y potencia a los gremios. Ahora bien: esta paz social no es desperdiciada por ustedes que no han querido transformarse en esa cosa cómoda y dilapidadora que son los hijos de papá, sin la responsabilidad de los padres y acaso contra los padres. Algún síntoma he percibido en Barcelona de preocupación de los padres ante la conducta de los hijos de papá; pero si ese temor se confirmara, Cataluña renunciaría al futuro. La existencia del Instituto Sallarés y Pla de Sabadell, que cobija a los hijos meneres de cuarenta años de los fabricantes del gremio, aleja el peligro de despido y descuido en una amplia zona. Son ustedes como el somatén con su Instituto de Estudios Técnicos, Económicos y Sociales, avizorando el horizonte en el progreso de las técnicas industriales y sociológicas. Si sus padres se durmiesen o distrajeran en el ayer, usted y ustedes, con la bandera nueva, estando tan atentos, tocarían a rebato.

ASEGURESE USTED

# EL ESPAÑOL



DAR POSADA AL PEREGRINO...

ONDE UN GRAN HOSPITAL SE CONVIERTE EN HOSPEDERIA A PASO DE CARGA



## 400 CAMAS PARA LOS ROMEROS DE SANTIAGO

QUIEN haya leído «España vista por los extranjeros», de Mercadal, sabrá que una de las lamentaciones habituales en los que de fuera nos visitaban era motivada para la escasez y pobre condición de los alojamientos. La cosa puede decirse que ha durado hasta muy recientemente; había capitales de provincias en las que no existían hoteles, buenos o malos, y en las que era imposible encontrar un par de sábanas limpias. Pero, afortunadamente, esta situación ha cambiado mucho en los últimos años; hoy tenemos en nuestro país una auténtica industria hotelera, capaz de atender a una poderosa corriente turística, cada año más numerosa. Por fin, los españoles hemos descubierto, además, eso que llaman «confort».

Cierto ciudadano norteamericano se quejaba una vez a un compatriota nuestro de que los españoles éramos muy perezosos y de que nos pasábamos el día sentados. Nuestro compatriota, que posee un cáustico sentido del humor, replicó rápido:

—Eso es imposible. No hay en toda España una silla lo suficientemente cómoda como para permanecer sentado en ella más de una hora.

Si; hemos descubierto, por fin, el «confort» y nuestros hoteles, que en Madrid, por ejemplo, crecen como hongos después de la lluvia, nos han iniciado en las delicias del agua fría y del agua caliente en cada habitación. Sin duda, por atavismo ibérico uno no deja de experimentar bastante sorpresa al descubrir que por el grifo donde se lee «agua caliente» sale, de verdad, agua caliente.

### EL GRAN HOSPITAL REAL

Este prolegómeno viene a cuento de que en Santiago de Compostela se está construyendo, a paso de carga, una de las mejores hospederías de Europa. No creemos exagerar al hacer esta afirmación, y si el lector tiene la paciencia de seguirnos sabrá por qué.

### SUPERFICIES DEL HOSPITAL REAL DE SANTIAGO

#### SUPERFICIES (Metros cuadrados)

	De nueva planta	De reforma	De ampliación
Planta de sótanos ...	1.753,00	1.301,50	2.025,00
» baja cubierta...	740,00	4.100,00	
» 1. <sup>a</sup> » ...		4.100,00	
» 2. <sup>a</sup> » ...		5.175,00	
» 3. <sup>a</sup> » ...		2.975,00	1.115,00
» de » ...		4.050,00	1.115,00
Totales ... ..	2.493,00	21.701,50	4.255,00

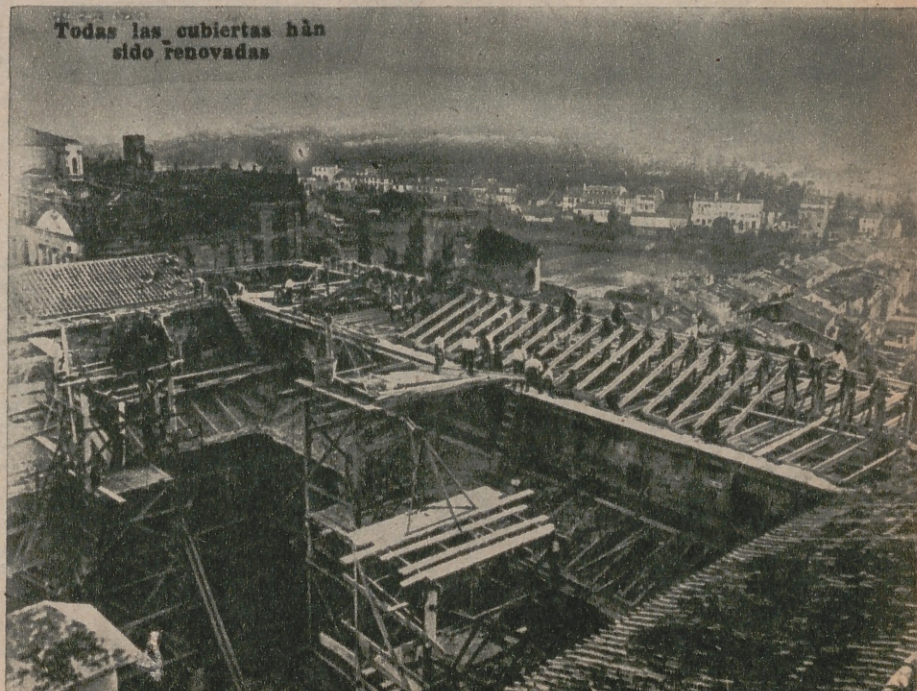
Superficie total: 28.449,50 metros cuadrados.

La hospedería y albergue a que nos referimos estará emplazada en el antiguo Hospital Real, regia fundación de los Reyes Católicos con la que quisieron cumplir con el precepto de dar posada al peregrino.

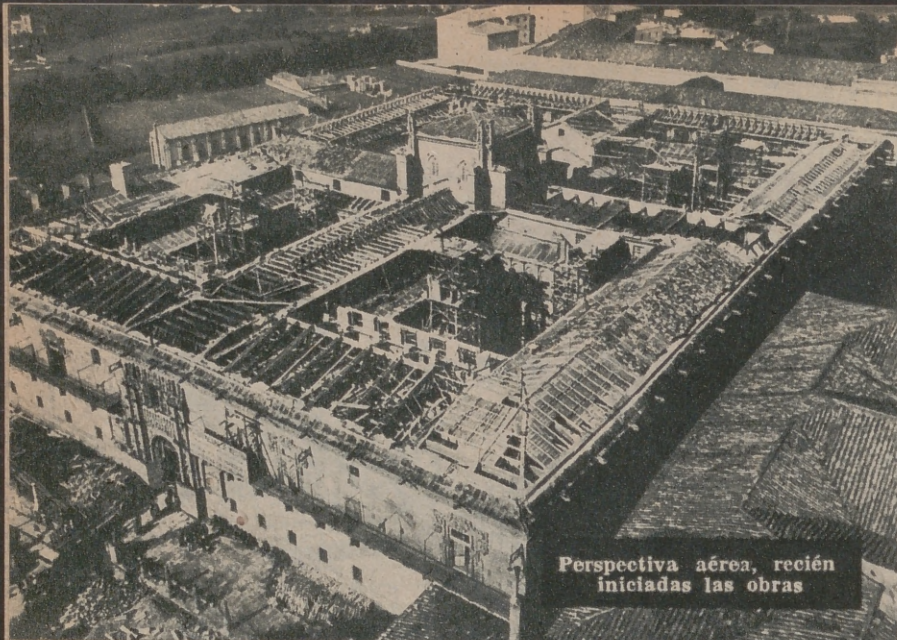
El Hospital Real tiene una de las más bellas fachadas plateres-

cas de España, donde tan magníficas muestras hay de este orden arquitectónico, que es el que más se aproxima a la orfebrería, y está emplazado —sin hipérbolo— en una de las plazas más impresionantes de Europa. Un eminente arquitecto español me dijo un día en esta misma plaza del Hos-

Todas las cubiertas han sido renovadas







pital, sobre la que se eleva la fachada del Obradoiro, Novena Sinfonía del barroco:

—Todos los alumnos de la Escuela de Arquitectura debieran venir aquí al terminar la carrera; sería la última y la mejor lección que podrían recibir y tengo la seguridad de que nuestro concepto del urbanismo saldría ganando mucho.

Pues bien: cerrando uno de los lados de esta plaza está el Hospital Real, como queda dicho. Como todos los edificios de esta clase y de esta antigüedad —en la fachada puede leerse, en latín: «El Gran Fernando y la Grande Isabel mandaron construirlo para los peregrinos de Santiago; la obra comenzó en el año de la Redención 1501; terminada en un decenio»—, ha sufrido muchas vicisitudes a lo largo de varios siglos. Queda dicho que los Reyes Católicos lo mandaron construir para atender a los peregrinos que llegaban a la ciudad casi siempre con los pies deshechos por las largas caminatas y con la salud quebrantada por el esfuerzo y las malas condiciones sanitarias de los alojamientos, donde los había. Anteriormente, en los siglos medievales de las grandes

peregrinaciones jacobeanas, los peregrinos dormían en las naves de la catedral. Se comprende que a causa del hacinamiento, de la mala ventilación y de la sucinta higiene, los clores debían ser una verdadera agresión contra las narices más angostas. Por eso fué menester disponer de un «botafumeiro» o incensario de dimensiones extraordinarias —Victor Hugo le llamó el Rey de los Incensarios— para purificar aquel ambiente mefítico. Hoy, ver volar el «botafumeiro» de nave a nave, es un espectáculo sobrecogedor. Pasa sobre las cabezas de los fieles zumbando como una bala de cañón, con su penacho de fuego y su nube de azulado incienso. Agarrarlo al vuelo es una hazaña sólo permitida a los músculos de un «forçador» portugués, de esos que sujetan a un toro por los cuernos y le obligan a doblar el cuello. Detener el «botafumeiro» de Santiago: He aquí una posible hazaña número trece de Hércules.

#### OCIOSA CONTROVERSIA

El Hospital Real vino a remediar esta situación de los peregrinos y a convertir al «botafumeiro» en una reliquia decorativa.

Las constituciones y ordenanzas que desde su fundación vienen rigiéndolo, con las modificaciones aconsejadas por el cambio de los tiempos y de las circunstancias son sustancialmente las mismas. En una de estas ordenanzas se establece que el hospitalero de los sanos debe recibir a «todos los peregrinos sanos que vinieron a dormir en el dicho nuestro hospital... y les den camas en que duerman, con que ninguno no pueda dormir en el dicho hospital más de cinco noches en invierno, en verano tres y no más y para esto les señale los bordones, y entiéndase que éstos han de ser de los peregrinos que vinieron a visitar el dicho glorioso Apóstol y no de otros que vienen a otras cosas, o se andan por la ciudad».

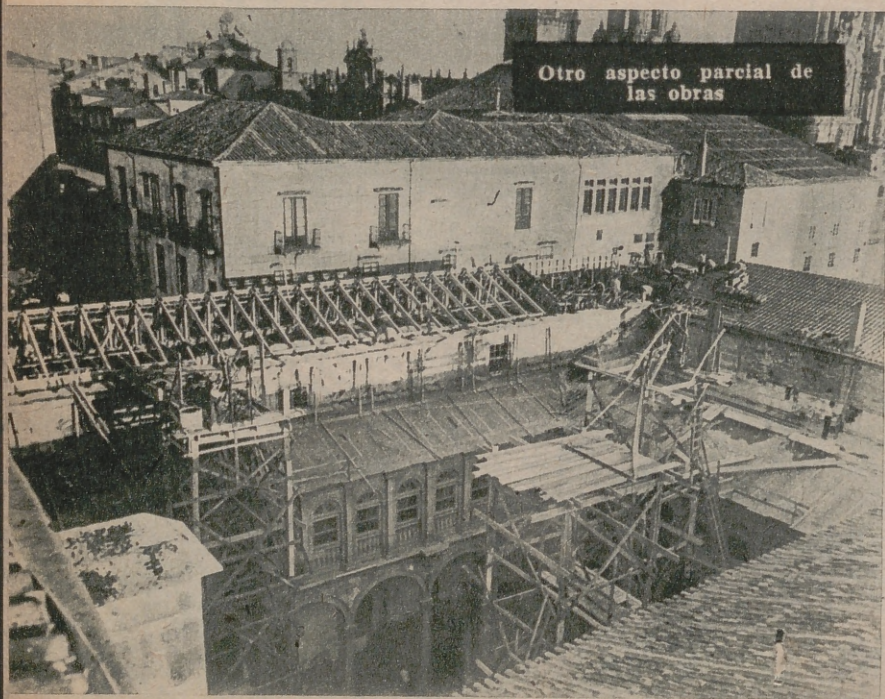
A lo largo de estas ordenanzas y constituciones, que contienen detalles muy curiosos —los peregrinos no habían de ser levantados antes de las cinco de la mañana en verano y de las seis en invierno, por ejemplo— se desprende que el Hospital Real se hizo para acoger tanto a sanos como a enfermos. Durante siglos funcionó como una hospedería, con enfermería, en una palabra. Sólo en la pasada centuria se convirtió en hospital a secas.

Esto tiene su importancia recordarlo, porque no ha faltado quien pretenda que al transformar el hospital en hospedería se pasan por alto los fines para que fué creada tan famosa fundación. No hay rigor histórico en esta afirmación. Por el contrario, podemos sostener la convicción de que en el ánimo de los Reyes Católicos y de los Reyes que les siguieron más se había reparado en la necesidad de dar posada al peregrino que en otra cosa. El Gran Hospital fué construido para el peregrino, sano o enfermo, y ahora va a recuperar su primitiva condición. Se comprende sin embargo, que en Santiago, donde tanto pesan los siglos, cualquier innovación parezca herja.

De todas maneras, como tal hospital, el edificio no reunía ya las mínimas condiciones sanitarias hoy requeridas y ni siquiera las mínimas condiciones de seguridad. La piqueta puso al descubierto unas vigas podridas que milagrosamente no se derrumbaron sobre los enfermos allí alojados. La falta de recursos explica este estado de cosas; pero justificaba también la necesidad de ponerles fin.

#### POLICIA ARQUEOLOGICA

La idea de convertir el Hospital Real en hospedería y albergue del peregrino nació en un Consejo de Ministros celebrado en Galicia en el mes de agosto del año pasado. Faltaban sólo unos meses para este Año Santo de 1954 y se pensó en la necesidad de habilitar alojamiento a los millares de peregrinos que llegarían de todas las partes del mundo. Ya dijimos en un anterior reportaje que se espera en Santiago este año por lo menos a un millón de peregrinos. Fué, en verdad, y según nuestro parecer, una idea muy atinada la de devolver a su pri-





A paso de carga se llevaron a cabo las reparaciones

manzan  
vienen  
ciones  
de los  
ancias  
nismas  
zas se  
ero de  
(todos  
nieron  
ro hos  
en que  
no no  
hospit  
en in  
o más  
bordo  
os han  
e vi  
lorios  
vienen  
por la

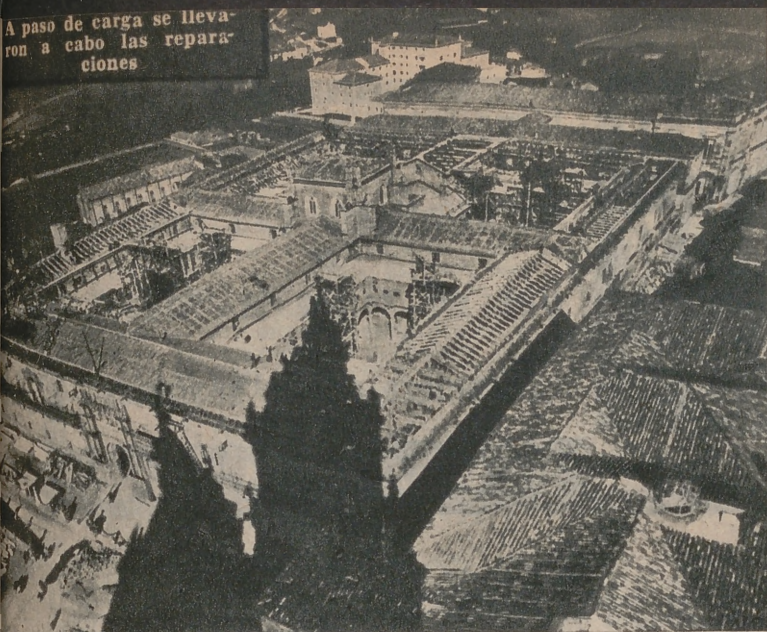
manzas  
tienen  
pere  
vanta  
la me  
sels n  
de sal  
real se  
sanos  
siglos  
ederia  
alabra  
ria se  
cas.

da re  
altado  
ansfor  
ria se  
ra que  
nación  
esta  
o, po  
ón de  
es Co  
les si  
parado  
ada al  
sa. El  
do pi  
termo,  
u pri  
rende  
antiago  
siglos  
ca he

o tal  
nía ya  
manita  
quiera  
seguí  
descu  
s que  
umbra  
í alo  
expli  
pero  
esidad

GICA

ospital  
de del  
ejo de  
cia en  
asado  
para  
per  
ilitar  
le pe  
todas  
jimos  
ue se  
o por  
regri  
según  
muy  
u pri

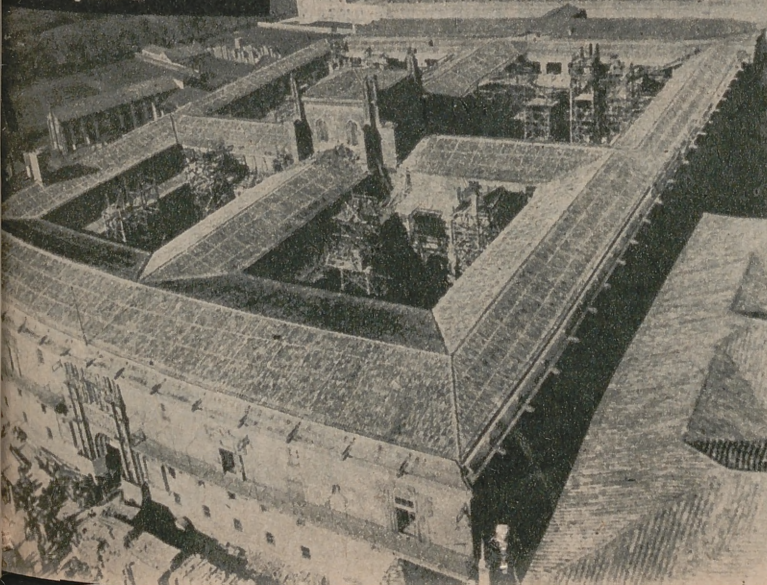


mitiva condición de hospedería la fundación de Fernando e Isabel.

Atinada y también atrevida. ¿Cómo dar cima a tan ingente obra en el breve plazo de unos meses, pues habría de estar terminada para el 25 de julio próximo, día del Apóstol, en que llegarán a Santiago varias importantes peregrinaciones extranjeras?

De esta tarea de casi prestidigitación se encargó el Instituto Nacional de Industria, el cual desde hacía más de dos años venía estudiando un proyecto para construir en Santiago una gran Hospedería y Albergue. Así, la Empresa Nacional de Turismo, del I. N. I., inició un velocísimo marathon arquitectónico contra el reloj, el 1 de septiembre de 1953. El Hospital Real se convirtió en una colmena, en la que día y noche trabajaban 700 obreros a un ritmo frenético. Si el lector piensa que la cubierta del edificio tiene 5.000 metros cuadrados y que en menos de un mes se demolió el tejado y se hizo una cubierta enteramente nueva tendrá una idea del tiberio en que se ha metido el I. N. I.

El Hospital Real de Santiago, convertido en hospedería



Además, la piqueta de los albañiles es severamente vigilada por la Comisaría del Patrimonio Artístico Nacional, a fin de que las prisas no se lleven por delante cualquier reliquia histórica o artística de las muchas que hay en el edificio. Esta labor de policía arqueológica se hace tan minuciosamente, que al rehacerse el tejado se ha aprovechado la teja vieja, entremezclándola con la nueva, de forma que al verse desde el aire conserve su aspecto antiguo; el aspecto de un tejado sobre el que ha llovido abundantemente desde el siglo XVI, que ya es llover, tratándose de Santiago.

#### LENTO. «MA' NON TROPPO»

En el Albergue podrán instalarse, cuando el edificio esté terminado, unos 300 peregrinos. Habrá, además, un parador de lujo para el que quiera y pueda permitírselo. En total, 400 camas. Tenemos entendido que los peregrinos disfrutarán de muchas comodidades por poco dinero, que es lo que nos importa desde nuestro punto de vista de aspirantes a peregrino. Habrá varios comedores y restaurantes. Inclu-

so un restaurante rápido, como esos que los alemanes llaman «Schnellimbiss», donde todo el mundo pide a gritos salchichas y devora bocadillos con la cartera de trabajo apretada entre las rodillas.

Si se nos permite una discrepancia, diremos que no estamos muy conformes con esto de poner un restaurante rápido en la Hospedería del Peregrino. Desentona con el ritmo de vida de Santiago. En una ciudad donde la gente necesita media hora de tranquila conversación para echarse al coleto un «chiquito» de Rivero, un «Schnellimbiss» fracasará, créanme ustedes, señores del I. N. I. ¿Para qué tanta prisa?

#### MARISCO EN MESES SIN «ERRE»

En cambio, tenemos que depurar nuestros mejores elogios a otra instalación de la Hospedería: la de congelación y conservación del marisco para que los peregrinos puedan degustarlo incluso en los meses que no llevan «erre», pues ya saben ustedes que no se sabe por qué capricho de la Naturaleza el sabroso centollo y la suculenta nécora no están presentables ni comestibles en los meses sin «erre». Gracias a esas instalaciones de que hablamos, uno podrá saltarse a la torera esa veleidatopográfica del marisco, que siempre nos ha contrariado mucho.

#### EL CARRO DELANTE DEL CABALLO

Cuatrocientas camas son muchas camas. ¿Qué se hará con ellas cuando termine el Año Santo y la afluencia de peregrinos disminuya sensiblemente como es natural? Todos ustedes se harán esa pregunta. Nosotros también la hicimos. La respuesta fué elocuente:

—Esta vez se trata de poner el carro delante del caballo. Al hacerse la Hospedería del Peregrino, no se ha pensado en satisfacer eventualmente las necesidades del Año Santo, sino en poner un medio poderoso que permita atraer a Santiago una corriente turística constante. De otra manera, esto no se podría lograr nunca.

La respuesta es convincente. El prestigio de Santiago en el mundo, tanto en Europa como en Hispanoamérica, es enorme. Radio Nacional de España ha divulgado por el éter el majestuoso tañer de la campana de la torre del reloj de la catedral, que hace tabletear todos los cristales de la ciudad, y hay millones de gallegos en el Nuevo Mundo que no se van a la cama mientras no la oyen. Santiago puede ofrecer al turismo internacional uno de los conjuntos urbanísticos más nobles del mundo, y si se hace una propaganda adecuada e inteligente se conseguirá atraer a muchos turistas a los que, por otro lado, no les vendrá mal acercarse a la tumba del Apóstol.

(De nuestro enviado especial M. Blanco Tobío.)



# YO HE SIDO BUSCADOR DE ORO

Por Ignacio RIVED

El machete que sirve para todo

Un aventurero con fantasía

Que no venga la "viuda"

La frontera de los "zombies"

LA VIDA EN LA SELVA

### III

La «zafra» que habíamos descubierto era muy importante y se decidió establecer en ella el campamento principal.

A aquel «9 de enero de 1940» siguieron días de intenso trabajo, antes de comenzar la explotación en firme. Primero se trataba de hacer un calvero despejado sobre la loma, limpiando la vegetación a golpe de machete, para librarnos en lo posible de la vecindad de insectos peligrosos. Sobre este calvero levantamos las chozas que habían de servirnos de vivienda. En aquel clima tórrido no se necesitaba mucha mano de obra: cuatro troncos principales, a modo de pies maestros, en las esquinas, y un techo de «cana» (hoja de palma) bien trenzada. Al «dormitorio» le pusimos tres «paredes» del mismo material, dejando completamente libre la parte de la entrada. En el «comedor» bastó con el techo y los pies maestros; nos gustaba tener buena ventilación. Otro tingladillo más servía de almacén para los aparatos, las herramientas y los peones. Milo, por su categoría de capataz, dormía con nosotros en el «dormitorio» principal, sobre uno de los catres de tijera que se fabricaron allí mismo, sobre el terreno, con palos y lona. En el «comedor» instalamos una mesa larga, de tablas, salida del mismo taller. No eran muebles «de estilo», precisamente, pero, a diferencia de lo que ocurre en muchos lugares de nuestra civilización, entonaban perfectamente con el contorno.

Las chozas se agrupaban en torno a un gigantesco cactus de la especie llamada de «candelabro», por la multitud de brazos que tiene. Frente a nosotros, el río, y a nuestra espalda la maraña tropical, espesa y difícil. La loma sobre la que estábamos asentados era llamada comúnmente por los nativos la loma Botoncillo, y en vista de eso bautizamos nuestra minúscula agrupación de chozas con el nombre de «Botoncillo City». El día de la inauguración fué solemne; el doctor hizo preparar, ¡cómo no!, una comida extraordinaria a base de cochinito asado, tortas de yuca y cerveza traída con sumas precauciones desde Mención a lomos de una de las bestias. Después destapamos una botella de ron, que fué vaciándose de vaso en vaso, mientras brindábamos por el futuro éxito de «Botoncillo City». El doctor brindó posiblemente más que nadie (para algo era el jefe), y por la noche sus ronquidos sobre el catre de tijera dominaban todos los otros ruidos de la selva en más de un kilómetro a la redonda.

### LOS LAVADEROS DEL ORO

Rápidamente comenzaron los trabajos. Conviene que os diga primero cuáles son los distintos procedimientos que se utilizan en la selva para lavar el oro. Los nativos emplean solamente el más primitivo de «la batea», que ya os expliqué el otro día; por dos razones: porque su pereza no da para más esfuerzo y porque es el más sencillo y barato de fabricar. Además, es sumamente transportable; se lo cueiga uno a la espalda y se lleva la instalación donde mejor le convenga. Sin embargo, es el que da menos rendimiento, como es natural.

Otro sistema es el de la «cuna», un poco más perfeccionado que el de la batea, aunque se basa en el mismo principio de centrifugación; como su nombre lo indica, es una especie de «cuna» triangular, de unos doce pies de largo por término me-



Rived y «Anacaona» en un alto del camino. Esos caminos que muchas veces hay que abrir a machete en la maraña de la selva

dió, y cortada en ángulo muy abierto, para que el agua pueda ser despedida fácilmente. Esta cuna se coloca como un rollizo, se echa en ella la arena aurífera y el agua y se acciona, por medio de dos hombres, imprimiéndola un rítmico movimiento de balanceo. El agua, al ser proyectada fuera, arrastra consigo la tierra, que es menos densa, y el oro, por su mayor peso, queda depositado en el fondo. Semejante al de la cuna, aunque un poco más rápido y de mayor rendimiento, es el sistema del «craddle» o «rockera», que también significa «abalancha», y que debe su nombre inglés a que son en su mayor parte lavadores americanos los que lo han utilizado en estas montañas. Consiste en una especie de cajonera instalada sobre dos troncos, con un orificio de salida para la tierra y otro de entrada para el agua. Su fondo está inclinado y provisto de unos travesaños o «rifles» (según los llaman los nativos, Dios sabrá por qué), en los que se va depositando el oro por su mayor densidad. En los gráficos lo entenderéis mejor.

Pero, sin duda alguna, el procedimiento más eficaz para la explotación en gran escala, es de los canales. La diferencia de rendimiento viene a ser de uno a tres por hombre que lavase la misma cantidad de tierra de aluvión. Y de uno a doscientos,



aproximadamente, en el rendimiento total de la jornada, empleando un equipo de ocho o diez hombres.

Era este procedimiento, desde luego, el que nosotros nos proponíamos adoptar. Vino primero el trabajo de tala de árboles, para construir los canales o «cajoneras». Yo me acordaba de la destreza de aquellos hombres con herramientas tan rudimentarias. A ellos que no les hablaban de sierras y limas: el instrumento omnívoco en la selva es el «colina», un machete grande, de hoja pesada con empuñadura de cuerno, que lo mismo sirve para arrancar la mala hierba que para cortar madera, arrear el caballo o decapitar a un hombre de un solo tajo, si no tiene el mismo punto de vista que nosotros sobre determinados asuntos... Esto, lejos de todo camino civilizado, y a 40 millas o más de selva del puesto de autoridad más próximo, no tiene allí demasiada importancia.

### MILO Y SU GRAMÁTICA PARDA

Milo mismo me contó en una ocasión con la mayor naturalidad del mundo que él había dejado tumbado a uno por cosas de mujeres y a otro, años más adelante, porque quiso robarle unas gallinas.

—¡Ay, amo Ignacio, y cómo nos «fajamos»! («fajarse» aquí es «plearse»). El hombre era «bregao», ¿cómo no!, y se defendía duro...; pero yo le entré derecho, y allí quedó como un pajarito. Tuve que irme a las montañas hasta que la Guardia se olvidase de mí...

De esto, al parecer, hacía ya más de ocho años, y Milo, desde entonces, había tenido otras muchas aventuras. Por la noche, al amor de la hoguera del campamento, solía írmelas contando con su suave acento criollo y sus pausas características para liar un pitillo de anillo de cuando en cuando.

—¡Ay, amo Ignacio, menudas «cumbanchas» («cumbanchas» son juergas) me he corrido yo entonces en Santiago con aquella «prietita» («prietita» quiere decir lo mismo que «morana»). Acababa yo de trabajar una buena «zafra» aquel año y tenía la bolsa llena de plata... Hasta que un día me di cuenta que aquella mujer...

Y siguieron las aventuras. Milo ha sido siempre un «guapo» (un hombre «echao p' delante», que dirían los castizos). Buen jinete, buen bebedor, buen pendenciero y buen rastreador de «zafras» y de «prietitas» santiagueras. Lo que pasa es que uno no ha tenido suerte.

—Y ahora ya se va uno haciendo viejo...

Milo tenía entonces treinta y siete años. Y sabía además que iba a morir pronto. Es curioso y casi escalofriante esa especie de sexto sentido que tienen los indios para presentir su muerte. Milo era mestizo de indio y criolla, pero la sangre aborigen pasaba en él con más fuerza. Podía verse claramente en todo: en su sobriedad, en sus silencios incomprensibles para el que no le conociese, en su mirada siempre alerta, siempre al acecho, aunque aparentase estar distraído... ¡Cuidado con el que cometiese con él una injusticia o tratase de rebajar su dignidad! Con razón podía castigarse hasta el máximo, que no diría una sola palabra. Sin ella, la menor palabra más alta que otra le haría revolverse con los dientes al aire... o guardarla para la primera ocasión, que aún era más peligroso. Esta curiosa psicología del indio es una de las primeras cosas que tuve que aprender para entendérmelas con aquel equipo de hombres silenciosos que lavaba el oro para nosotros, y del que, a pesar de ser novato en aquellas lides, tenía que hacerme respetar si quería que me obedeciesen.

Milo era ya como un perro fiel a mi lado.

El fué quien me puso al corriente de mil deta-

lles importantes para la buena marcha y funcionamiento de «Botoncillo City». Entre otras cosas, por ejemplo, de que al peón, aparte de su jornal, ya fijado de antemano, hay que «dejarle llevarse lo suyo». Este «lo suyo» significa las pequeñas pepitas de oro que él procura clavarse entre las uñas y la carne mientras realiza la operación del lavado. Es un descuento de producción con el que hay que contar y no enfiadarse por ello. A cada hombre le corresponde «lo suyo», y hay que dejárselo llevar si uno quiere que estén contentos y que trabajen bien. De lo contrario, las cosas pueden ir por mal camino... Pero no hay que dejárselo llevar así como así, sino dando a entender que uno «sabe» lo que pasa para que no le tomen por tonto y le pierdan el respeto.

El sistema de balancín no sirve sólo para lavar el oro, sino que es el mejor para manejar a esta gente, indios la mayoría, ya que el negro rara vez ha pasado de las zonas costeras ni se ha mezclado con los del interior. En el macizo del Cibao, la raza aborigen se conserva casi pura, sin intromisiones de otras sangres. Y conocer su extraña psicología es aquí la primera condición para poder manejar un equipo.

### DIA TRAS DIA

Pronto estuvieron terminados los canales y los instalamos sobre el meandro, desviando un poco la corriente por medio de una pequeña presa para obtener un embalse, del que arrancaba, separado por una primitiva compuerta, manejable a voluntad, el principio de la «cajonera».

Este sistema de canales consiste en una sucesión de cajones colocados en ligera pendiente, unos a continuación de otros, de modo que el agua pueda circular por ellos. En el fondo se han previsto una especie de travesaños o «rifles», escalonados de mayor a menor, es decir, de más gruesos a más finos. La tierra aurífera que se quiere lavar se echa en la parte alta de la cajonera y se abre la compuerta; el agua va arrastrando la arena, y el oro, por su mayor densidad, va quedando depositado en el tope de los travesaños. Naturalmente que algo se pierde por este procedimiento; pero, si se quiere perfeccionar, puede instalarse un saco a manera de filtro en el extremo del desagüe y lavar de nuevo estos residuos en un «cradle» o en una batea. Aunque lavando muchos metros cúbicos de tierra al día, el desperdicio de este «pivillo» que arrastra el agua cuenta poco realmente.

Para sujetar las cajoneras y que no las arrastre la fuerza del río se les colocan grandes piedras encima, a manera de pisapapeles.

Poco a poco perfeccionamos también el sistema de carga, y con unas cuantas maderas construimos una especie de tolva por la que los peones que estaban trabajando en el desmonte echaban la tierra que iba a caer directamente sobre la primera cajonera. Un hombre vigilaba las compuertas que separaban cada canal, con objeto de que no se hiciesen atrancos, y también de regular la velocidad del lavado; y otro quedaba en la compuerta de la presa, para dar paso a mayor o menor cantidad de agua, según conviniese.

La «zafra» era bastante buena, y el trabajo comenzó a funcionar de una manera regular. La aventura se había estabilizado y llegó a convertirse en el diario vivir.

De cuando en cuando el doctor o yo bajamos hasta Monción para hacer provisiones y vender los saquitos llenos de mineral en la «pulperia» de Moncito, que era al mismo tiempo taberna, tienda de comestibles, droguería y banco.

Una vez al mes solíamos llegar hasta Valverde, y, por cierto, que un día, regresando de allí, de recoger el correo que pudiese haber para nosotros

La calle principal de Mao, donde había de quedar instalado nuestro cuartel general de operaciones

Los peones del equipo, picando la tierra aurífera que ha de ser luego pasada por los lavaderos







La expedición en camino pasa junto a un poblado. En cabeza, sobre su caballito, va Milo, el capataz



Las mesetas aluviales son siempre los mejores terrenos. Allí se hacían tanteos para buscar una «zafra»

y repostar nuestra provisión de quinina, trabé conocimiento con un tipo la mar de curioso, que merece capítulo aparte.

#### LAS EXTRANAS ANDANZAS DE MR. WEELLY

Mister Weelly estaba tomándose un vasito de ron en el comedor de la «fonda» de Mr. Kulkeens cuando yo entré en ella. No puedo decir el vasito número cuántos; pero el caso es que su rostro, que debía ser ya bastante sanguíneo por naturaleza, había tomado casi el tono de la púrpura.

Mister Kulkeens, que siempre me recibía con suma amabilidad para compensar, sin dudá, el alza de precio que iba experimentando la cama a cada nuevo viaje, nos presentó. Al fin y al cabo íbamos a compartir la misma mesa porque las otras estaban ocupadas. Y después de darnos a ambos unas palmaditas amistosas en la espalda se alejó para atender a otros menesteres, dejándonos solos a Mr. Weelly y a mí frente a la botella mediada de ron. Pero Mr. Weelly no necesitaba mucho tiempo para trabar lo que se llama «una íntima amistad».

En una de las hojas de mi cuaderno de apuntes de aquella época (ya por entonces yo iba jugando a escribir además de lavar oro) veo unas líneas que dicen textualmente:

«Mister Weelly.—Fuerte como un toro. Compleción sanguínea, hasta tal punto que muchas veces se teme que va a estallar como un globo demasiado inflado. Buena persona cuando está sereno. Aficionado al ron y a contar historias increíbles... Fantasía más que ilimitada. Inteligente, sin embargo. Y sentimental en el fondo, a pesar de su fama de sinvergüenza y de su vida de hombre sin escrúpulos. Por la mujer, un trapo. Lleva en la isla unos diez años... ¿Sueco, danés, finlandés...? Las tres cosas me ha dicho que era en menos de dos horas...»

Así era Mr. Weelly. Me sirvió inmediatamente una copa de ron, a manera de aperitivo, y comenzó a hablar con la lengua un poco estropeada:

—¡Ah, yo era como tú cuando joven...! Bien plantado, sereno... ¡Cómo me querían las mujeres! Ahora estoy hecho un cerdo, ya lo sé... Si, sí, no me contradigas. Pero no te preocupes: mister Weelly quiere bien a sus amigos... Y tú me has caído simpático. Tú serás mi amigo... Tú eres como yo cuando tenía tu edad... ¿Cuántos años dices que tienes? Ah, amiguito, yo empecé antes que tú. Yo a los catorce años me había escapado ya de casa para enrolarme como grumete en un barco finlandés... Pero toma otra copa. Como te decía...

Ha comenzado el relato de unas aventuras fantásticas que no acaban nunca. De creerle, Salgari

no hubiese necesitado más que trabar conocimiento con él para escribir al dictado todos sus libros. Sin embargo, ha debido rodar bastante y dar bastante quehacer al mundo.

A la hora de la cena se ha bebido casi otra botella más, y sin apenas probar bocado sube tambaleándose hasta su cuarto. Tabique por medio, le oigo roncar toda la noche, intercalando de cuando en cuando a los ronquidos extrañas voces y exclamaciones.

Y mi sorpresa es a la mañana siguiente, al montar a caballo para subir de nuevo a «Batocillo City», cuando le veo venir, fresco y sonrosado (perdón, fresco y colorado...), calle principal adelante, a horcajadas de su yegua. Por lo visto, sube también hacia Monción. Se le ha acabado el dinero que tenía «y no queda más remedio que lavar un poco de oro otra vez».

Así vive Mr. Weelly. Se pasa una temporada solo, lavando en la montaña, y cuando ha conseguido reunir unos cuantos saquitos paga sus deudas de ron en el poblado más próximo y se viene a gastar el resto a Mao o a Santiago hasta que no le queda ni una perra, y los acreedores empiezan de nuevo a poner mala cara. Entonces, ¡a la montaña! Me lo dice con la más amplia de sus sonrisas. En el fondo es buena persona este Mr. Weelly.

Bien, haremos el camino juntos hasta Monción, y luego él piensa seguir hacia las lomas de Guayajayuco, casi en la linde de la frontera haitiana.

Mientras serpeábamos por aquellos caminos polvorientos, estribo con estribo, el aventurero viejo y el que apenas acababa de dejar el cascarón, me pareció estar de nuevo viéndome a mí mismo en la pantalla de una novela del Oeste.

Mister Weelly iba, sin embargo, bastante silencioso esta vez. Le faltaba el ron. Casi el final del recorrido se dedicó a contarme algunas cosas de aquellas montañas, que me fueron muy útiles más adelante, y estaba empezando a caer la noche cuando entrábamos por las primeras casas de Monción.

#### UNA PAREJA FELIZ

Después de la cena decidí ser yo esta vez el que invitase a Mr. Weelly. Había fiesta en la pulpería de Moncito y varias parejas daban vueltas en el corral a los acordes del bolero y el son, que los virtuosos del poblado interpretaban en una esquina con el «tres», las «maracas» y el «bongó». Yo, que era considerado ya como una especie de dioscello menor del contorno (una deidad un tanto extraña, con mi «selac» y mis botas de montar), no tuve más remedio que hacerles los honores a las bellezas locales durante un rato. La cosa, como comprenderéis, no me desagradaba en absoluto, aunque debo confesar, en honor a la





«Botoncillo City» llegó a ser una «ciudad» importante. El centro del mundo, para nosotros

verdad, que mis habilidades como bailarín del «merengue» eran bastante pobres frente a aquellas muchachas de piel morena y dientes blanquitos, que parecían tener los huesos descoyuntados y el ritmo en la sangre.

Al final, sin embargo, dejé «la pista» y acabé sentándome con Mr. Weelly. Tenía ganas de escucharle y pedí la primera botella de ron para que fuese «haciendo boca»...

Aquella noche tuve oportunidad de escuchar cosas deliciosas de cuando era contrabandista en el Pacífico, a bordo de una goleta noruega. («Aquello, en tiempos de la vela, sí que era navegar. Hoy, con tanta máquina, ¡puf...!»); de cuando comerciaba en estupeficientes en Marruecos y una vez le asaltaron dos moros y tuvo con ellos una pelea verdaderamente heroica, a navajazos...

—Allí quedó uno desangrándose. El otro, al verlo, echó a correr, y...

De pronto se recorta en el umbral, bailando, una curiosa figura. Es una india, una muchacha joven, a la que todos tienen por loca. Es fea de facciones, pero tiene, en cambio, una figura maravillosa; que la luna, a contraluz, siluetea, ahora por debajo de su vestido flotante. Si es que puede llamarse vestido a los andrajos estampados de vivos colores que la cubren a medias. Sobre los cabellos, despeinados e hirsutos, lleva trenzada una corona de orquídeas silvestres... Nadie sabe dónde ni cómo vive esta ninfa de la selva. Dicen que por las montañas, alimentándose de frutos y huevos. De cuando en cuando, los días que sabe que va a haber música, se deja ver por los poblados y baila por las calles a la luz de la luna, mientras las bucnas comadres se ríen de ella, las muchachas la miran con recelo mal disimulado y los mozos le dicen procacidades. Pero ella no hace caso y baila siempre...

Mister Weelly, borracho ya como una cuba, interrumpe su relato de los moros y se la queda mirando. Luego se levanta. Por lo visto, le pide el cuerpo jarana. Ni yo mismo entiendo cómo este corpachón tan gordo puede seguirle en sus giros a la loca. Pero el caso es que allá van bailando los dos, calle adelante, a la luz de la luna, entre las risas de todos.

Cuando yo me voy a la cama, en el piso alto

de la pulpería de Monoito, aún sigue la fiesta. Por la mañana me cuentan que Mr. Weelly acabó montándola en su caballo y juntos desaparecieron, la loca y él, senda adelante, en dirección a las montañas.

Nunca más volví a ver a Mr. Weelly. Y creedme que lo he sentido a veces.

### OBLIGACIONES Y DEPORTES

Entre mis muchos cometidos en el campamento (ya os dije en otra ocasión que yo era una especie de «secretario para todo»), uno de los más importantes consistía en clasificar las arenas y las pepitas auríferas atendiendo a su grosor y calidad. Casi a bulto un nativo sabe dictaminar su valor en seguida, con sólo cogerlas en la palma de la mano; y yo tuve que aprenderlo también y llevar lo que podríamos llamar «la contabilidad». Los nombres que les dan los lavadores en la jerga local son curiosísimos: hasta 5 centavos, «mimitos» (casi polvo); hasta 50 centavos, «aradores»; hasta un dólar, «aradores»; hasta 10 dólares, «niguas». De aquí en adelante, «pedazos»... Pero, ¡qué pocas veces se encuentra siquiera una «nigua»! De todas formas, no podíamos quejarnos.

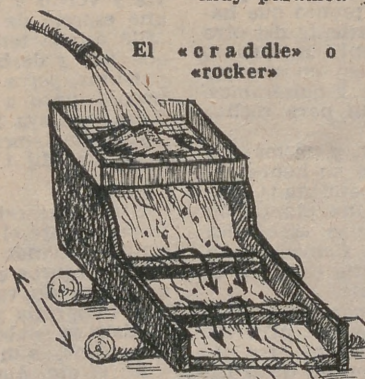
Otra de mis obligaciones importantes era distribuir por la noche la quinina a los peones. Y no creáis que era fácil la cosa. Todos los nativos sienten una profunda aversión a las medicinas bajo cualquier forma. Piensan que son «cosas de brujas» (y quizá tengan razón); pero el caso es que no hay forma de hacerles tragar voluntariamente una píldora. Yo tenía que ponerles la cápsula de atebina materialmente debajo de la lengua, y aun así estar atento a que no la escupiesen en cuanto volviera la espalda. De modo que acabé por formarlos todas las noches en fila, delante de la chiza-almacén, y les iba dando la pastilla uno a uno, vigilando cómo se la tragaban antes de pasar al siguiente. Creo que me lo toleraban sin rencores porque era yo, y todos habían acabado por quererme mucho. Aquella era una zana muy palúdica y no podíamos exponernos a complicaciones innecesarias.

También tenía que vigilar que me tuviesen bien limpio el calvero. La «cacata» y la «viuda», dos clases de arañas gigantes y venenosas, cuya picadura puede ser mortífera si no se coge a tiempo, viven sobre todo entre la vegetación podrida y acuden también donde hay bofiga de caballería. Por eso dejábamos siempre nuestros animales fuera del calvero, atados a una pequeña cerca que se plantó con este fin.

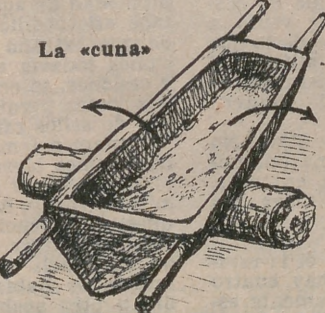
Iban pasando los días, uno igual a otro. Llevábamos ya muchos meses de selva; pero todo aquel calor, todos aquellos fantasmas de paludismo, ¡todo aquel «sancocho»! y toda aquella torta de caza tenían también sus compensaciones. Y no sólo económicas, que sólo serían para el futuro, ya que, por el momento, no podíamos disfrutarlas. Para mí eran suficientes aquel vivir en plena naturaleza exuberante, aquel bañarse en el río a cualquier hora del día o de la noche, aquel andar solo con pantalones y salacot la mayor parte del tiempo... Y muchas veces sin ellos siquiera. Nuestros peones trabajaban en los canales con el traje de Adán, generalmente. Y las indias también se bañaban así en los remansos. De la novela de aventuras yo había saltado aún más atrás; había vuelto al paraíso. No echaba de menos la ciudad en absoluto.

Muchas noches, cuando había luna, me gustaba ensillar mi yegua e irme a dar una galopada por los montes.

De día, a veces, tentamos un deporte muy divertido: correr los puercos salvajes a caballo, saltando por entre «guazabas» y maraña, hasta arriarlos contra alguna barranca. Los animales entones, al verse acorralados y sin escape, se revientan con los colmillos al aire buscando salida. La



El «cradle» o «rocker»



La «cuna»

Esquemas de los dos sistemas elementales de lavado de que se habla en el artículo



pericia estaba en apartar el caballo a tiempo, una vez completada la «caza», para que no le hiriese el jabalí en su frenético deseo de escapar. Algunas veces los rematabamos con el revólver, casi a quemarropa (o «quemapelo», sería más exacto decir), pero las más de las ocasiones los dejábamos ir de nuevo en paz.

#### LA FRONTERA DE LOS «ZOOMBIES»

Recuerdo que una noche, una de esas noches en que el encanto de la selva era demasiado grande para dejarnos dormir, salté del catre, ensillé a «Anacaona» (mi yegua, por si no os acordáis) y me fui a dar un largo paseo. Hacía tiempo que tenía grandes ganas de echarle un vistazo a Haití, cuya frontera nordeste quedaba escasamente a unas pocas millas de nuestro campamento. Me fui sin decir nada. Si hubiese comunicado mis intenciones a Milo me hubiese tachado de loco y me hubiese vuelto a empujones a la choza. Ningún «cibaño» se atreve a asomarse a la frontera por nada del mundo. La gente de aquellas montañas siente un verdadero terror por los haitianos. Un terror que no se fundamenta sólo en las frecuentes incursiones que a veces hacen los del otro lado para robar gallinas y hasta incendiar alguna choza si sus moradores protestan. La cosa ocurre a menudo. Pero, no; no es un terror humano el que les hace mirar con respeto hacia el Noroeste. Porque los «cibaños» son también gente muy «aguapa», a la que no le cuesta demasiado esfuerzo desenterrar el «colín»... Es más bien un terror supersticioso en el que se entremezclan leyendas de «zombies» y otros seres igualmente terroríficos.

Toda esta havo embrujado añadía aún más encanto a la aventura para mí. No es que creyese realmente que me iba a encontrar con el Doctor Frankenstein ni con ningún otro «zombie» de menor cuantía. Pero tenía ganas de echar una ojeada.

Era fácil llegar. Cogi el valle del Joca adelante y examiné a «Anacaona» hacia las montañas que se divisaban a lo lejos. Había una luna espléndida, y la selva, a las orillas del sendero, tenía un aire fantasmal y encantado.

Un trozo de selva es igual a otro, porque la vegetación no entiende de geografías políticas; pero la divisoria de aguas me indicó de pronto que habíamos llegado a la frontera. La vertiente del otro lado era ya Haití. Confieso que sentí un curioso escalofrío. Las supersticiones influyen en nuestro subconsciente más de lo que nosotros quiséramos. Pero, ¡qué demonios! Yo estaba allí para «echar una ojeada».

Para allá fuimos. Llevaba revólver, y además un blanco siempre impone respeto. Pero no había nadie. Era una plantación desierta, abandonada probablemente hacía mucho tiempo. «Una plantación «zombie», pensé sonriendo. Lo único «zombie» que encontré en todo mi recorrido. Comenzaba a aclarar el cielo y decidí volver. Quería estar en el campamento antes de que amaneciese.

Era ya día claro cuando conseguimos por fin alcanzar la divisoria de aguas. Todavía dentro de territorio haitiano salió a mi encuentro otro jinete; apareció de pronto tras unas matas de «aguazaba», los ojos un poco más dilatados que de costumbre... Era Milo. Mi buen Milo, que venía a buscarme. Por su expresión me di cuenta de lo que significaba para él haber llegado hasta allí. Aquel día supe el mucho cariño que debía tenerme para aventurarse a llegar hasta la frontera (la frontera embrujada) en mi busca.

No me hizo ni un reproche. Solamente dijo: «No lo vuelva a hacer, amo Ignacio», con una entonación que yo no le conocí nunca hasta entonces.

Regresamos en silencio a «Botoncillo City». Un silencio que yo no me atrevía a romper.

#### VINIERON LAS LLUVIAS

Estaba llegando mayo de nuevo, y con él la estación de las lluvias. En el trópico no hay cuatro estaciones como en nuestros climas; solamente estación seca y estación de las lluvias, distribuidas en dos épocas del año: Mayo-abril y octubre-noviembre.

Lluvias torrenciales, avasalladoras, que lo convierten todo en un lodazal, que convierten los más insignificantes arroyos en verdaderas cataratas.

El agua baja color chocolate, y las larvas del anofelax, el mosquito transmisor del paludismo, se multiplican por millares...

Mala estación para los trabajos. La primera crecida se nos llevó más de la mitad de los canales...

Copio un trozo de mi cuaderno de notas de aquella época:

«Llueve, llueve... Continuamente, sin descanso. Repiquetea el agua contra el techo de «cana» de

la choza, y el ruído monótono se extiende y se agranda en nuestros oídos hasta producirnos deseos de gritar. Así una hora, dos. Así toda la noche y todas las noches... El río truena como un caballo desbocado en la barranca. La choza se ha llenado de insectos que han venido a refugiarse aquí huyendo del temporal. Tic, tac...; tic, tac... El suelo de la choza es ya un verdadero charco de agua que se filtra por todas partes...»

Esta es la estación de las lluvias. Todo rezuma humedad y tristeza. Los días son interminables, porque no se puede hacer nada, sino esperar... Se experimenta entonces una sensación extraña, mezcla de nostalgia y de nerviosismo. Una sensación que nos tenía a todos malhumorados y que dimos en llamar «el Cafard del trópico».

#### ¡ADIÓS, MILO...!

Un día Milo se puso enfermo. Al principio no dijo nada. Pero le vimos más pálido, los pómulos más pronunciados que nunca. Tiritaba... Le hicimos acostarse en el catre chorreante, porque no había otro sitio donde pudiera hacerlo. Una hora después se había presentado la fiebre... Una fiebre avasalladora. Tenía la lengua del color del estropajo.

Por lo visto, días atrás, durante una exploración que hicimos hacia Restauración para ver si localizábamos otra «cafra» donde poder trabajar, por ser más alta, mientras durasen las lluvias, había bebido agua infectada en uno de aquellos barrizales malditos. Había orden de no beber más que aquella que guardábamos en las latas o en las campimpltras después de haberla filtrado con un trozo de saco y haberle echado una pequeña dosis de no me acuerdo qué desinfectante que llevaba el doctor.

Milo, claro está, no hacía caso de estas cosas. La infección intestinal se mezcló al paludismo, que llevan casi todos los nativos en estado latente, y a otra enfermedad suya de la sangre... El resultado de todo aquello se lo llevó en dos días. Era espantoso ver tiritar debajo de las mantas a aquel hombrón como un castillo a casi 30° de temperatura ambiente. Durante unas horas cesó la lluvia y volvió a salir el sol, convirtiendo el aire en una especie de baño turoco. No se podía respirar. Milo estaba terreo, del mismo color que el barro que nos rodeaba por todas partes... Recordé sus palabras, pocas meses antes, cuando me decía una noche, junto a la hoguera, recordando sus aventuras, que «ya le quedaba poco...»

Le enterramos junto a una esbía.

¡Adiós, Milo! Mi recuerdo desde aquí para tí.

#### SE ACABÓ

Con todas estas cosas, un fantasma de tristeza flotaba sobre el campamento. Llevábamos allí casi un año, cuando un día llegó el finel.

Tan seguros estábamos, al verlo aproximarse, en la figura de varios jinetes, que yo tomé incluso una fotografía y escribí en mi cuaderno de notas: «Esto se acabó. Del truco que se van a valer no lo sabemos aún, pero se acabó.»

En efecto. Aquellos jinetes venían a reclamar la propiedad de aquel trozo de terreno donde se asentaba «Botoncillo City» en nombre de no me acuerdo qué extraño personaje, que por unas combinaciones todavía más extrañas de herencias, ventas y cesiones, se consideraba dueño absoluto de aquellas lomas perdidas. Presentaban unos papeles llenos de sellos oficiales.

Veníamos temiéndolo ya desde hacía tiempo. Si hubiésemos lavado sólo unos cuantos «aradocritos» al mes, para ir comiendo, como los indios o como mister Weelly, nadie se hubiese acordado nunca de nuestra presencia en aquellas montañas perdidas. Pero encontrar una «cafra» importante y tratar de explotarla en gran escala era otra cosa. La noticia se había corrido y ya sabíamos que un día u otro acabarían presentándose algún «importante personaje» reclamando sus derechos, falsos o verdaderos. El resultado era el mismo. En estas regiones existen dos clases de argumentos: los papeles o los «cachorrillos» que aquellos jinetes lucían ostentosamente en su cinto. Nadie iba luego a pedir cuentas de cómo habían resultado el asunto. Había que irse.

Un par de días más tarde, después de recoger todo lo que era susceptible de transportar, emprendimos lentamente el camino de Valverde. Allí me despedí yo de «Anacaona», que volvió a comprar (más barata, desde luego) el astuto mister Fulkens. Luego volvimos a Ciudad Trujillo, donde yo aún hice otras muchas cosas antes de embarcar rumbo a Cuba.



# COSTA DEL SOL



## DE FUENGIROLA A MARBELLA

### UN ITINERARIO DE LUZ Y COLOR ENTRE LOS PINOS MEDITERRANEOS

HOJEANDO uno de los libros que trae en su equipaje Paulina Ferrand he visto subrayado algún párrafo que a continuación reproduzco. Es de los «Cuentos de la Alhambra», de Washington Irving, y de aquel capítulo preliminar donde el autor refiere sus viajes por Andalucía: «Quédese para otros el criticar la falta de buenos caminos y de suntuosos hoteles, y de las esmeradas comodidades de esos países adelantados y corrientes. Deseme, en cambio, la áspera y escarpada serranía, la vagabunda y azarosa vida del caminante y las francas, hospitalarias y primitivas costumbres, que prestan exquisito sabor a la romántica España...»

«... Viajábamos del mismo modo que los contrabandistas, tomando cada cosa, lisa y llanamente, como era, y confundiéndonos con personas de todas clases y condiciones, como unos meros despreocupados vagabundos: el mejor y único modo de viajar por España...»

—Creo que es esta originalidad misteriosa la que ha atraído siempre a los viajeros de otros climas a nuestro país—ha explicado Paulina—: el encanto de hallarse con la Historia y con el pasado en forma de ambiente y de vida.

—Hoy existen excelentes caminos, carreteras y aeropuertos en España, e incluso en la propia Andalucía—aseguro a mi compañera—; pero todavía el pasado, que da a las vidas, a los caracteres y a las costumbres esa originalidad remota, sigue flotando en nuestro país sobre todo lo moderno... Mas hay que regalarle al turismo anodino los chirimbolos que apeetece, lo que hace



Rincones típicos de Marbella. A la izquierda, la calle de los Dolores, y a la derecha, la de San Juan de Dios

más exclusivamente nuestros esos filones hondos que hay intactos en buena parte de la tierra española.

Las ventajas que aporta a esta clase de expediciones mi juvenil compañera son además las de sus ágiles piernas. Y tampoco es floja virtud su ofriza por los vehículos motorizados y los vertiginosos medios que nos trasladan de un punto a otro, escamoteando el camino con todas sus nobles empresas.

Con arreglo a esto hemos decidido hacer a pie el camino entre Fuengirola y las Chapas de Marbella.

—Hay 26 kilómetros de bellísima ruta sobre el mar. A la mitad se halla una antigua venta, donde se reunían en otro tiempo los cazadores del chaparral y hacían alto los coches que iban a Gibraltar y Algeciras. Allí podemos comer y descansar apaciblemente hasta reanudar la segunda etapa del camino.

Nos ponemos en marcha. Pasado el promontorio de Calaburras se abre la hermosa ensenada de la Cala del Moral, que remata en la punta de Torre Nueva. El mar teje sus blancos rizos alrededor de los peñascos y pequeños arrecifes, y las gaviotas



navegan en numerosos grupos pescadores, dejando oír sus roncacos graznidos. Antes de llegar a Torre Nueva o Torre Pesetas dibuja la Calahonda su pequeño cabo, y en la línea de la playa, rodeada de chumberas, se eleva una torre prismática, restos de antigua fortaleza. El paso matinal sobre el camino de cornisa, sin otro eco que la tranquila voz del mar, se acomoda con dulce ritmo a la indole de nuestros pensamientos y de nuestros sueños.

#### LA VENTA DE LA BUTIBAMBA.—DE LA CANTINA AL PARADOR

A la hora y media de sosegada marcha nos hallamos junto a la venta, fin de la primera etapa. Aún quedan ventas en España. A la orilla del camino la venta tiene una plenitud de significados que apenas si puede explicarse desde la vida moderna. Es la meta del esfuerzo con que se ha ganado el camino en la lentitud de las horas, en el disfrute del espacio y del tiempo. La que ahora nos aguarda fué uno de aquellos paradores donde se detenían no hace mucho tiempo las diligencias y correos camino de Gibraltar, Algeciras y Cádiz, pues, si bien la antigua carretera no se deslizaba siempre cifiendo el mar como la moderna, sino que ascendía, al salir de Málaga, por Puente del Rey y Alhaurín de la Torre, pronto un ramal condujo hasta aquel lugar y dió la pauta de la nueva ruta costera. Al trazarse el camino fué una modesta cantina; después, un parador en regla, al que su dueño, empleado hace cien años en una fábrica de aguardientes del marqués de Larios, llamó «La Butibamba». La venta es un gran barracón de tres dependencias, cuyo huerto, a la espalda, linda con el mar. La dependencia central, de guijos y ladrillos, señalando el paso de la caballería y los carruajes hasta el huerto, que debió ser cuadra y cochera, ostenta un gran mostrador ante una alhacena abarrotada de embutidos y latas de conserva. Hay en alhacenas laterales los más diversos utensilios, dándole ese aire mixto de taberna, cortijo y factoría que tuvieron siempre las ventas andaluzas a lo largo de los caminos. La techumbre es de viejas vigas entramadas de cañino, y refulgen las paredes enjalbegadas. Diversas jaulas de pájaros cuelgan de ellas con gorriónes, colorines y tórtolas. Pasamos a una de las dos habitaciones laterales, con sus zócalos alicatados, sus sillars de anea pintadas de alegres colores y sus mecedoras. Es la estancia destinada a los huéspedes de nota... A través de su reja corre el camino y se alza la montaña. Y no falta un ciego que ameniza la comida templando a la sonata una bulería. Paulina advierte la dicha que ilumina hasta el mas apartado chiscón de la baja Andalucía y se refleja en impalpables sustancias e irisaciones misteriosas.

#### LOS PINOS DE MARBELLA.—LA VERTIENTE POR DONDE ENTRO EL NOMBRE DE ESPAÑA

Renudado el camino nos hallamos, al caer de la tarde, en las Chapas de Marbella. Chapas, como anteriormente dijimos, son

monte bajo. Las faldas de las altas montañas se despliegan pomposamente en el mar, formando oteros y collados en el azul con sus numerosos pliegues. Las Chapas, que fueron siempre cotos de caza, han venido repoblándose de extensísimos y tupidos pinars, pinos mediterráneos de ágiles fustes y redonda copa, con toda la gama del verde, desde el verde pálido y translúcido de aguamarina hasta el verde cromo y esmeralda... Los pinos escalan las cimas columpiándose voluptuosamente en el mar, se derraman en los valles y rodean las quintas de recreo dentro de sus vallados. Allí conviven, con el ciprés, la araucaria, el mirto y el árbol de la pimienta. A estos grandes parajes de abundante caza menor debe acaso España su propio nombre, el que ha prevalecido entre los de Iberia. Hesperia, etc., pues los fenicios designaron el país a cuyas costas arribaban por vez primera empleando la raíz «Span», que formaría el término alusivo a país de conejos. Es una de las muchas adquisiciones a las que se han entregado historiadores y filólogos, de acuerdo, sin embargo, en que el nombre de España, la primera palabra escrita y el primer hábito de pensamiento y de cultura entraron por estas costas (por las que hoy llamamos del Sol), estacionándose allí, entre el mar y la montaña, durante largo tiempo.

#### EL Suntuoso HOTEL ALHAMAR.—AMBIENTE Y JARDINES

Rodeado de pinos se halla el hotel Alhamar, uno de los más bellos y suntuosos de Andalucía. Visitar un gran hotel después de haber almorzado en una venta es una de las habituales peripecias del turismo mejor llevado. Respecto al llamado gran turismo, por fin la remolona atención de esta importante actividad moderna se ha detenido a calcular las excelencias de esta comarca privilegiada y ha comenzado a asentar en ella sus reales. Pero la actividad de Málaga para atraerlo ha sido más remisa todavía.

—Puedo asegurar a usted que el mayor y más eficaz esfuerzo lo ha hecho el Estado y las autoridades de la provincia. Málaga se ha limitado a dejarse amar y admirar, como esas bellezas que nacieron para seducir con sus naturales gracias y nunca se preocuparon del propio aliño. Pero no podía esta costa pasar inadvertida al forastero y al extranjero. Con los estribos a la espalda de la mole rondeña, protegida del Norte por los grandes baluartes de la Sierra Blanca y el eterno temple del mar como permanente clima, era una Niza más templada en invierno y menos calurosa en verano, sin los violentos «mistrales» ni el soplo frío de los Alpes marítimos. Mas si en aquella Costa Azul, tan hermosa, todo fueron sacrificios de los naturales por conquistar el favor de los de fuera, Málaga ha mirado éste con indiferencia y ha sabido ser feliz recreándose en las ventajas de no esforzarse para serlo.

Visitamos el hotel, su avenida de las Mimosas, su avenida de los Ruiseñores, la gran pista de baile, las canchas de tenis a la

orilla del embarcadero... Desde allí traza su dibujo la línea de la playa, y una vieja torre sobre una lengua de tierra anuncia a los navegantes un cordón de bajios.

El edificio, parigual del Cristina de Algeciras, consta de dos plantas, fino balconaje de hierro forjado y puertas con cuarterolas de cristal embutidas en arcos de medio punto... En el interior hay bellos dormitorios isabelinos y victorianos con lindas consolas, y escritorios de marquetería, y delicadas lámparas, y apliques de cristal. Los pinares y el mar son la vista de esas alegres camareras tan lujosas y sencillas. Con su zócalo de nogal y sus cuadros italianos, también el amplio comedor es una noble pieza, y no menos el salón-escritorio, que luce su chimenea florentina, su espejo renacentista y su flamenco tapiz mural, o la galería alhajada con finos estrados. Una vez en el hotel resolvemos esperar el coche que nos llevará a Marbella, pasando por los gratos hotelitos del Rodeo, otro de los lugares privilegiados de la Costa...

#### MARBELLA O LA FAVORITA DE LA COSTA DEL SOL

Desde el torreón del Real de Zaragoza, seguido del de San Luis, se abre la rada de Marbella hasta los de Alarcón y el Duque, donde desagua río Verde, en San Pedro de Alcántara. Al fondo de su ensenada está Marbella, con la que algunos quisieron identificar a Salduba, la salinosa o salinera, recstada en la Sierra Blanca, con su río de la Teneria surcando la ciudad, su antigua fortaleza, sus ruinas romanas al Oeste, en río Verde, y su historia tres veces milenaria.

La ciudad de Marbella, señoreando las villas de su partido, Benahavis, Benalmádena, Fuenigirola, Istán, Mijas y Ojén, es la más ilustre y hermosa de cuantas baña el mar malacitano. Desde ella, lanzando a poniente la mirada, se vislumbra el Peñón de Gibraltar sobre las aguas, desprendido del cabo sutil que lo tiene atracado a Sierra Carbonera, y esa roca flotante, casi nube caída del cielo, parece navegar a la deriva. Ninguna campiña fué más amada y fértil, con sus quintas y lagares, sus pozos y sus arroyos, cuya obra hidráulica perfeccionaron los edrisitas de Málaga. La vega se recuesta en la falda de Sierra Blanca como un tapiz de verdor, donde las araucarias, las yucas y las palmeras festejan su eterna dicha. Sobre ese telón se dibuja, al norte de la ciudad, el viejo convento de San Francisco, fundado por fray Felipe de Hurtado a comienzos del siglo XVI. Cerca hay un bastión de la fortaleza de Marbella, cuyas murallas rodearon un tiempo la ciudad, y que corresponde al fuerte que se asoma al mar desde un promontorio.

Pese a las nuevas construcciones, a los chalets, quintas y hoteles que alzan sus árboles ornamentales por los alrededores de Marbella, el núcleo de la villa conserva su vieja estructura y es fácil distinguir las tres puertas de la muralla que la rodeaba: la de Málaga, la del Mar y la de Ronda. Ambulamos por las





calles de la pequeña ciudad, por la plaza con el edificio consistorial, por los deslumbrantes corredores de muros enjalbegados que a veces se abren a aquellos rincones pintorescos y rincones como el de la Virgen de los Doctores, con su florido balconaje, o el de San Juan de Dios (el hospital) con su campanario y su espadaña.

—Siempre esa eterna fiesta— dice Paulina—hasta en el edificio de un hospital municipal.

**EL ARCIPRESTE Y EL CRONISTA.—ALMAS ENTUSIASTAS Y CREADORAS**

Entre las amables personas con que nos hallamos en Marbella, una es el vicario arcipreste de la ciudad, don Diego Bccanegra; otro, el cronista e historiador de la villa, don Antonio Maíz Viñals. De éste es un valioso manuscrito con la historia de Marbella y del convento de San Francisco. Tales españoles, consagrados con desinterés y entusiasmo, por pura vocación, al estudio amoroso de la ciudad en que viven, constituyen el propio tejido de España, que no se elabora precisamente en Madrid, en las vanidosas «peñas» de los poetas presumidos, sino en los lugares apartados de todo reclamo, allí donde verdaderamente nos acercamos a nuestras propias fuentes, al venero de nuestra propia originalidad.

El vicario de Marbella es una de las personalidades más entusiastas, activas y emprendedoras del país. Este hombre joven ha dado aliento a multitud de empresas que apenas se formularon en otro tiempo y se consideraron muy difíciles.

—Había que combatir el paro —nos dice—; nos queríamos pobres ni desocupados en nuestra ciudad. Estudiamos esa industria, y aunque el esparto está lejos de aquí y los portes son, por lo tanto, costosos, nos hemos contentado hasta ahora con que esta empresa pague sus gastos, ya que el primero de sus fines es allegar un jornal al que lo necesite... Mañana, Dios dirá...

Son muchos los obreros y obreras que hay empleados en esos talleres. Y en la carretera, frente a la ciudad, hay un quiosco-exposición de esas industrias del esparto: alfombras, sombreros de varias clases, costureros, vaseras, bolsos, tapetes... Y no es el menor atractivo de tal exposición la graciosa muchacha que muestra y vende esas labores. Pero la actividad del vicario no se resigna a una sola empresa: solicita maquinaria para sacar agua de los pozos y regular los riegos de las huertas, piezas y maquinarias de todas clases, hace croquis de la nueva capilla del colegio de niñas, estudia y resuelve nuevos pabellones, orienta y ayuda a los pescadores y a los campesinos. En el despacho de su modesta vivienda hay retratos cariñosamente dedicados al vicario de Marbella, del Caudillo, del Ministro de Trabajo y otras personalidades del Estado...

**EL CONVENTO DE SAN FRANCISCO, EN LABIOS DE SU HISTORIADOR**

Ahora charlamos con don Antonio Maíz Viñals, médico foren-

se, historiador de Marbella, a quien Paulina ha consultado algunos puntos relativos a la historia de Marbella.

Pasamos junto al lugar donde se halla la Cruz del Humilladero.

—Aquí se firmaron—dice Maíz Viñals—las capitulaciones de Marbella. El Rey Fernando recibió de Mustafá las llaves de la ciudad y de otros pueblos vecinos... Para conmemorar esa fecha se celebra todos los años una procesión cívico-religiosa.

—El convento de San Francisco es, sin duda, el mejor edificio de Marbella.

—Es el testigo de toda su historia desde que lo fundaron los franciscanos, siendo regente de España el cardenal Cisneros. Durante el reinado de Felipe II funciona la inquisición en sus sótanos, y hay una tradición que asegura haberlo visitado Cervantes en 1594. Muerta su madre en noviembre de 1593, vuelve a Sevilla a estrenar su triste oficio de cobrador de alcabalas, y es entonces cuando trata de percibir los atrasos de Ronda, Marbella, Motril y Salcebría. Se dice que en un molino próximo al convento, propiedad también de los frailes, se queda a descansar unos días y a acabar cierta novela que comenzó a escribir en Sevilla, en la posada de Tomás Gutiérrez...

—Claro que son tradiciones, aunque muy honrosas para Marbella.

—Por espacio de dos siglos estuvo habitado por los frailes de la Orden de San Francisco—continúa don Antonio Maíz—, que hacían sus enterramientos dentro del recinto del convento, habiéndose encontrado diferentes lápidas conmemorativas. Las tropas napoleónicas desalojaron a los frailes del edificio y se ins-

talaron en él después de saquearlo. Esta ocupación se realiza en 1810, y algunos frailes huyen por la galería subterránea que conduce al castillo, donde hay inscripciones que atestiguan esos lances. Dos años y medio dura la ocupación francesa, hasta la batalla de Chiclana, en 25 de agosto de 1812; entonces abandonan Marbella los ejércitos de Napoleón, después de volar el mismo día el fuerte de San Luis, que contaba cuatro piezas de artillería y era ocupado inmediatamente por las fuerzas del coronel Ballesteros. Los frailes no volvieron a ocupar aquel edificio, que había quedado en situación ruinoso.

Después nos habla el cronista de las empresas de Heredia, el gran financiero creador de la Málaga moderna, relacionadas con la ciudad y el convento.

—En 1840 se instalan dos grandes fundiciones de hierro a la margen derecha de río Verde. Son propiedad de los señores Heredia y Compañía y de don Juan Ejiró y Compañía, importantes firmas comerciales de Málaga. Se ponen en explotación las minas de anglesita o sulfato de plomo que hay al norte de Marbella, y obtienen permiso estos señores de los frailes de la Orden para instalar en los sótanos del arruinado convento un tostadero de mineral para la fundición de plomo, construyendo una chimenea que aún persiste en la actualidad. Al sobrevenir la desamortización de los bienes eclesiásticos se encargan varios colonos del cultivo de esas tierras. A partir de entonces tuvo el convento numerosos propietarios, perteneciendo antes de la guerra civil al Obispo de Badajoz, que realizó en él una gran restauración y lo adquirió para Seminario de verano.

**El faro de Calaburras y Cala del Moral**





—¿Cuál fué la suerte del convento durante el dominio rojo?

—Fué saqueado, quemándose todos los muebles y enseres que contenía, así como la biblioteca. El Obispado de Badajoz acabó por vender el edificio, que, con sus tierras, sirvió de granja agrícola, hasta que en 1949 fué adquirido por el Frente de Juventudes de Málaga, firmándose la escritura de venta por don Manuel García del Olmo, Gobernador Civil e infatigable propulsor de la reconstrucción y mejoramiento de los pueblos de la provincia. Desde esa fecha se han venido celebrando en el convento de San Francisco (hoy Escuela Regional «San Francisco») series de cursillos de veinte días de duración, en los que han obtenido el diploma de Jefes de Centurias, Falange y Escuelas camaradas del Frente de Juventudes de diferentes provincias de España, y han acudido a él alberguistas universitarios del Sindicato Español Universitario. También se han celebrado cursillos de Fitopatología (enfermedades de las plantas), con asistencia de jóvenes labradores e hijos de colonos. La Escuela Regional Agrícola «San Francisco» promete ser muy en breve una obra modelo en su género.

Acompañados del arcipreste y del cronista hemos visitado los colegios de niñas, a cargo de las monjas, que patrocina y dirige don Diego Bocanegra. Con sus imágenes rodeadas de frescas flores, las clases repandecientes de blancura, las tocas purísimas de las religiosas y las blusas y delanteros no menos blancos de las niñas, el colegio infantil, que parece atesorar en sus ámbitos toda la claridad de la clarísima Marbella, se ofrece a nuestros ojos como un pequeño paraíso de la niñez. Embelesan a Paulina los vivaces rostros de estas muchachitas, sus graciosos peinados con el adorno de una flor o de una diadema, sus ojos traviosos y expresivos y el lindo ceceo andalucésimo de sus labios, y le admiran el lujo y el bienestar de aquel ambiente pulquérrimo, donde viven y palpitan esas pequeñas mujercitas, delectando los primeros misterios escritos de la cultura.

#### EL VIVERO FORESTAL. LA PLAYA.—COMO EN LA INFANCIA DE LA HUMANIDAD

A orillas del mar, en un apacible paseo de cornisa, está el vivero forestal con sus tropicales plantaciones y el chalet de los ingenieros... Junto al alegre parque de Marbella, el vivero forestal es testimonio del culto al árbol y al jardín, a la flor y a la planta que ha llegado a imponerse en tan venturosos tierra y clima. Desde el chalet de los ingenieros, una escalinata da acceso a la playa. Al Norte, Sierra Blanca cierra el panorama, y a Levante, la playa de pescadores, cerca del pequeño faro, nos asoma a las pacientes labores del marengo, al zurcido de las redes y al aparejo de la traíña y de la jábega.

—Y esto—hago reparar a Paulina—como en la infancia de la Humanidad.

Ramón LEDESMA MIRANDA

EL ESPAÑOL.—Pág. 20

# LA ESPERANZA

QUEREMOS para nuestra amada España la mejor juventud del mundo, valiente, perfectamente educada, sana de alma y de cuerpo. La juventud es la esperanza de la Patria. La más segura y necesaria base del cuidado de los jóvenes en todos los aspectos de la vida es la religión. Si en la familia no es la reina del hogar la religión, no esperéis grandes bienes ni para el cielo, ni para la Patria. Para el joven es decisiva la influencia de la religión.

En el camino de la vida, al joven se le cruzan dos morales muy distintas y contrapuestas; la moral mundana y la moral religiosa; de la elección de la una o de la otra depende su porvenir, el éxito de su juventud llamada por Dios a realizar grandes empresas.

La moral mundana es tan poco precisa y amplia, permite o tolera tantas cosas, excusa tantos defalcamientos, perdona tantísimas faltas, empuja con tanta frecuencia a los placeres groseros, que únicamente las naturalezas de primer orden son capaces de despojar la verdad de los sofismas con que la adornan y resistir victoriosamente a los goces ilícitos que sugiere.

La moral mundana se desvía más de la religiosa, desde el punto de vista de las costumbres sobre todo, entendiendo la palabra en su significación restringida.

En efecto, mientras la religiosa censura todo pensamiento, palabra, aspiración o actos impuros, la otra solamente censura las faltas de inmediatas y visibles consecuencias.

Si los placeres de los sentidos han comprometido la salud, si el honor sale manchado de sucias aventuras, si la satisfacción ilegítima de la pasión impura ha quebrado ante los ojos de todo el mundo la vida de una desgraciada u obligado a matrimonio desigual, el mundo se eleva como censor inflexible y ferozmente cruel de la mala conducta.

Tras algunas sonrisas indulgentes lleva su virtud hasta indignarse si la pasión de un joven... cuesta muy cara a la cartera paterna.

Y luego, nada más. Fuera de estas estrechas restricciones se acepta la libertad absoluta de pensamiento, palabras, actos y deseos.

Se admite con la mayor naturalidad que precisa la juventud... con relativa decencia y se sonríe. Veullot diría «se gruñe de gusto» ante el relato de las calaveradas lúcidas e inofensivas (1) de la juventud.

Para éstos, el único remedio es *huir*, pues, si no, tendrán tantas derrotas cuantas ocasiones. La inmoralidad apaga la fe; fe e inmoralidad son dos irreconciliables enemigos que se declararon perpetua guerra, sin cuartel; la primera victoria de una de ellas es la primera derrota de la otra. La fe, víctima de la impureza, es el árbol corpulento derribado por el gusano traidor.

El gusano, poco a poco, comienza a comerse el árbol; penetra en él insensiblemente, hasta que termina por echarlo en tierra.

Lo mismo parece la fe, víctima de la impureza. Al comienzo, tras los primeros deslices, los sentimientos religiosos parece guardar todavía la vivacidad de su ardor; el remordimiento producido por la falta corroe el corazón y las aspiraciones del alma agitada hacia Dios puro parecen más inflamadas.

Desgraciadamente, ese ardor no pasa de ser fiebre pasajera. Pronto quedará mitigada, y entonces el alma languidece en una especie de postración moral.

Entonces el alma está herida, herida de gravedad, y si el remedio no es genérico y rápido, la herida va agravándose, con la amenaza de llegar a ser incurable.

El corazón se endurece, el remordimiento se debilita, la voz de la conciencia, al no hallar eco, se intimida y avaga paulatinamente... acabando todo: los sentimientos religiosos han cedido su sitio a una religiosidad vaga e inconsistente.

Ya no será la fe entonces la que inspirará los grandes ánimos, la que iluminará los caminos, la



# DE LA PATRIA

que proyectará su luz sobre el fin proporcionando armas para la lucha.

El alma languidece en estado mórbido: no niega aun las verdades religiosas, pero, la creencia es latente, si se permite expresarme de este modo: la convicción no penetra ya en el corazón, no impregna ya la voluntad: la fe se convierte en fe muerta, sin efecto sobre la conducta.

Lejos de que el amor de Dios pueda retener todavía en el camino recto al corazón carcomido por los deseos impuros, la inteligencia no discierne ya la más terrible de las amenazas, que se ciernen inminentemente sobre los pecadores.

Entonces llega la hora de los fáciles y cobardes acomodados: el alma busca la manera de engañarse a sí misma, conciliando por medio de sofismas de refinada astucia la satisfacción de la pasión con enfermizo sentimentalismo religioso.

Pero es peligroso empeñarse en utilizar con la pasión. Las armas son desiguales y la victoria no queda jamás en equilibrio.

Entonces se presenta la influencia de la amplia moral mundana: «precisa que la juventud haga de las suyas»; «no es posible vivir como un cartujo»; «todos los jóvenes pasaron por eso», etc.; llega un mal amigo o un mal libro, que se burla con el mismo espíritu callejero de las verdades religiosas y de los principios morales, y, entonces, el naufragio de la fe es casi seguro.

El joven se revuelve, sin embargo: quisiera continuar siendo cristiano... pero la pasión quiere. ¡Si Dios quisiese revisar sus leyes y suprimir ese sexto mandamiento, cuya transgresión ha causado todo el mal!

Pero la ley es formal e ineluctable... ¿Qué hacemos?

Siguen las objeciones contra la fe... y el naufragio.

Lo que hay que *atornillar* en el alma de los jóvenes es la fe, si queremos sean puros en el cuerpo y en el alma.

«El cristianismo es doctrina que, infundiéndose en la vida del cristiano, para llegar a formar parte integrante de ella, pone en circulación una savia especial en su ser y en todas sus acciones, savia que tiene su manantial en el Credo. Esta fe debe hacer latir el corazón y circular la sangre, ser el regulador de la vida, el principio director de toda existencia. El cristiano es el hombre enérgico y fuerte que, nacido de la sangre de la flagelación, penetrado de la grandiosidad del Calvario, deja en segundo término de su vida el interés personal, para sacrificarlo todo al deber y a la abnegación.»

Espíritu de fe no contemplativo, sino de franca alegría, risas sonoras, placeres sin remordimiento. Un santo triste es un triste santo.

La mejor edad para grabar los principios es la del joven... cuando en la primavera está nueva el alma; y para eso... lo de antes: atmósfera en casa de fe, de religiosidad, considerar a Dios como el miembro principal de la casa... y un poco más tarde, la oración, penitencia y Eucaristía. Todo esfuerzo generoso es semilla de victoria, y la desesperación es el vergonzoso refugio de los cobardes. Ningún alma, por cadavérica que sea, puede resistir a la acción bienhechora de las comuniones bien recibidas.

Oigamos a Taine, poco sospechoso de parcialidad en favor del cristianismo:

«Bajo su envoltura griega, católica o protestante, el cristianismo es hoy, para 400 millones de seres humanos, el orgullo espiritual, el inmenso par de alas indispensables para elevar al hombre por encima de sí mismo, por encima de su vida rastrea y de sus limitados horizontes; para conducirle a través de la paciencia, la resignación y la esperanza, hasta la serenidad; para conducirle por medio de la templanza, la pureza y la bondad, hasta la abnegación y el sacrificio. Siempre y en todo lugar, desde hace mil ochocientos años, tan pronto se debilitan esas alas, tan pronto se quiebran, las costumbres públicas y privadas se degradan... la crueldad y la sensualidad se extiende, LA SOCIE-

DAD SE CONVIERTE EN LADRONERA Y PARAJE PELIGROSO. Cuando se ha presenciado tal espectáculo, y de cerca, podemos evaluar lo aportado por el cristianismo a las sociedades modernas... Ni la razón filosófica, ni la cultura artística y literaria... ningún Gobierno basta para reemplazarlo en este servicio...; él únicamente puede detenernos en nuestra pendiente fatal, para encarrilar el insostenible deslizamiento con que incesantemente y con todo su peso original, retrocede nuestra raza hacia sus bajos fondos; y el antiguo Evangelio, sea cual fuere su envoltura actual, es hoy todavía el mejor auxilio para el instinto social.»

## A LOS JOVENES: EL GRAN CONSEJO: ¡HUID!

Vais a sorprenderos, sin duda, por que mi primer consejo os parecerá paradoja sujeta a cautela.

Helo aquí:

En la lucha contra la impureza, la táctica más animosa y eficaz es la huida, la fuga ante el peligro.

¡Huir del peligro! Muy bien sé que en vuestro ardor entusiasta, en vuestro juvenil amor por la lucha leal a cara descubierta, vuestra admiración se dirige siempre hacia el que no parpadea ante el peligro, lo espera, lo pondera, desafía y afronta.

Para vosotros, la fuga equivale a la derrota vergonzosa, a la descalificación sin gracia.

He previsto vuestros desdenes, vuestra indignación vehemente contra quien huye y, no obstante, es lo repetito: ¡esperad!

Huid de todo aquello que, ya de cerca, ya de lejos, pueda excitar la pasión: huid hasta ante la sospecha de peligro posible.

Huid de las lecturas perversas o frívolas, huid ante los libros extraños que, aunque no ataquen a la moral, no despierten algún noble sentimiento; huid de todas esas novelitas almibaradas de escritores prolíficos, cuyo talento consiste en ennegrecer innumerables hojas para narrar trabajosamente, para uso de la juventud, sosas historias inofensivas, al parecer, pero que no tienen el menor valor literario ni moral.

Huid de las compañías cuya conversación sea más sociamente ingeniosa que ingeniosamente sucia; huid de las reuniones mundanas, en las que no presida la estricta honradez de lenguaje, modos, placeres, sino que violen las reglas de la decencia; huid de esas fiestas, bailes, veladas, fiestas, cuyo fin inconfesable, pero cierto, es aguzar los apetitos sensuales de la juventud; huid del teatro, en que la pasión se pinta siempre con riqueza de colores tal, que deslumbra y ciega el alma con sus resplandores.

Huid, huid: la salvación es aleatoria sin la huida.

¿Qué es una vida grande sino un pensamiento de juventud llevado a cabo por la edad madura? exclamaba Alfredo de Vigny.

Conservad vuestros entusiasmos e ilusiones: el entusiasmo es lo que solea vuestros veinte años, y vuestras ilusiones serán buenas si os impulsan hacia lo elevado.

Tened presente al joven del que os hablaba Víctor Hugo:

«Su ironía, infecunda y taciturna siempre, gruñía a los pies de alguna cosa grande.

Sin duda era de la raza de los silenciados, de los desengañados, y siempre miserables.

Antes del crepúsculo desconfiaba del siguiente día.»

Sea mi último pensamiento el que resuma las ideas de este artículo.

Sin juventud casta y fuerte no es posible aspirar a pueblos libres y prósperos.

Cuando las sociedades debilitadas yacen en el marasmio de la abyección y del vicio; o se dejan arrastrar por la pendiente de la venalidad y de la injusticia, irremisiblemente vuelven los ojos a la juventud.

Padeclase en Atenas una grave descomposición social, y cuando tenía lugar un Consejo de ministros muy agitado y tumultuoso, desde la tribuna del público, un sabio filósofo lanza hasta el hemicycle una manzana podrida, pero con la semilla sana. ¡Magnífica ironía! Quiso el audaz hombre de letras dar a entender que la solución había que buscarla, no entre aquellos que, estando corrompidos y en edad adulta, tanto contendían violentamente, sino, más bien, en la juventud, aun incontaminada.

Pablo, obispo de Sigüenza



# CARMEN DE ICAZA

## FRENTE A SI MISMA



Busto de Carmen de Icaza, por Astrid Szavostz

A los tres años dictaba versos a Juan Ramón Jiménez, que su padre leía en las tertulias

Su primera novela, "La boda del duque de Kurt", la escribió cuando tenía diecisiete años

"El periodismo es la mejor preparación para la novela", dice la autora de "Las horas contadas"

MIENTRAS me anunciaba la doncella, he dejado correr la mirada por las paredes, por el techo, por el suelo. No quería verlo todo. Había sentido que el clima del salón se concentraba en un punto, y era precisamente ese punto el que quería descubrir.

Y claro, para conseguirlo, no debía mirar detenidamente cada uno de los cuadros, cada uno de los grabados, cada uno de los muebles. Debía dejar que la vista resbalara sobre todo, que los ojos escogieran por sí mismos, que el instinto, sin esperar órdenes de la cabeza, me advirtiera de pronto: «Aquí está».

En un rincón, rematando el esbelto justo estriado de una columna, hay un busto suyo animado por el resplandor discreto de una lámpara próxima. «Aquí está».

Sí. Es el busto el centro de gravedad en torno al que gira, inmóvil, toda la habitación. El que la preside, en silencio. Por eso, porque me distraje intentando descifrar su secreto—todos los bustos tienen algo de esfinges—cuando ha entrado no la he sentido, y me ha sorprendido de espaldas. De espaldas y en actitud de curiosar. Menos mal que ella, como periodista, conoce la obligación de curiosidad que impone el oficio. Menos mal que, como mujer, lo comprende y encuentra, sin esfuerzo, las palabras justas para salvar el bache del saludo.

—Le gusta, ¿no? Lo hizo Astrid Szavostz, la extraordinaria escultora húngara.

Y así, ya desde el principio de la entrevista, Carmen de Icaza se ha enfrentado consigo misma.

luyas. Pero mi padre se sentía muy orgulloso de mí y recitaba mis versos en las tertulias de los amigos. Como yo no sabía escribir, me servía de amanuense Juan Ramón Jiménez, íntimo de mi casa.

Ríe. Con risa fácil, contagiosa. Lanza una mirada a un cuadro de su padre, colocado sobre una pequeña biblioteca. Parece invitarle, con el gesto, a que se sume a la charla. Como si le dijera: «Papá, vamos a recordar otra vez aquellos días».

—Juan Ramón, venía, se sentaba a mi lado y me decía: «Hagamos versos. Tú dictas y yo los escribo»...

Comprenderá ahora que con mis antecedentes familiares, y criada en tal ambiente, tarde o temprano tenía que empezar. A los diecisiete años escribí mi primera novela, «La boda del duque Kurt». Quise leerle el manuscrito a mi padre, pero, cosas de los padres, a los que siempre asustan los escritos de los hijos, me paró: «No me leas nada. Basta con un Icaza escritor en la familia. Y si ya hay uno bueno, ¿por qué quieres que haya también uno malo?» Desde entonces le llamé para mis adentros «Icaza el Bueno». Sí, como al Guzmán del sitio de Tarija. Pero no me desalentó su frase. Al contrario, creo que espoleó con ella mi deseo de superación. La recuerdo con alegría y con cariño. ¡Ah! Y cuando estoy contenta por algún éxito literario miro el cuadro, y bromeando a solas con él le pregunto: «¿Qué dice ahora Icaza el Bueno de Icaza el Malo?»

### SE ESCRIBE CON LO IMPONDERABLE

Durante ese espacio en blanco, esa laguna de silencio que hay siempre en todas las evocaciones, lanza una mirada pensativa a las manipulaciones con que el fotógrafo prepara sus instrumentos. Y sigue:

—Después, ya sabe: «Cristina Guzmán», «Soñar la vida», «Vestida de tul», «El tiempo vuelve», «La fuente enterrada», «Yo, la Reina». Y ahora esta última: «Las horas contadas».

Las mujeres muy femeninas, si no son hipócritas tienen estos arranques. A mí, no en el sentido chistoso, me hacen gracia. Quiero decir que les encuentro gracia natural, encanto. Y tú, amigo, reo de tanta pequeña vanidad disimulada como cualquier hombre, no tienes razón para considerarlos de otro modo. Por ello no te ocultó que Carmen de Icaza, al ver el ojo de la máquina posado sobre ella a punto de quedarse con su imagen, en un rápido parpadeo luminoso, ha protestado, medio en serio, medio en broma:

—No. No. Eso no. A mí no me saque fotos sin que yo me dé cuenta.

Nos hemos echado a reír los tres. Ella, la primera. Pero todavía ando preguntándome, por lo que luego diré, hasta qué punto ha dicho esto con verdadera preocupación personal y hasta qué punto para crear en nosotros, de pronto la sensación de la confianza que nos permita considerarnos como amigos de siempre, no sólo como simples visitas circunstanciales.



Carmen de Icaza de Montojo, baronesa de Claret, con su hija Paloma

### EL NACIMIENTO DE LA VOCACION

Pasamos a una habitación contigua y nos sentamos junto a una mesa baja invadida por un centro de flores, ciclámenes y azaleas.

—Soy hija de Francisco de Icaza, diplomático, escritor, cervantista. Me crié, por lo tanto, en un ambiente profundamente literario. ¡Imagínese, a los tres años ya hacía versos! Puede suponer qué clase de versos serían: ale-



—He hecho mucho periodismo. Creo que es la mejor preparación para la novela. Hoy toda buena novela es un buen reportaje. Un gran reportaje. Lo esencial es saber contar, saber narrar con concisión y sencillez.

Esto se aprende haciendo reportajes. Luego viene algo muy importante: la sinceridad. Pero la sinceridad íntima: el escribir entregándose por completo, el escribir con la sangre y con el corazón. Sólo en este sentido admito que toda la literatura es autobiográfica. Significando que nuestras obras son un reflejo directo de nuestro propio temperamento, de nuestras evoluciones íntimas. Pero nada más. Sin extender el axioma a la pura anécdota personal.

Hace una pausa y explica su sistema, su método.

Parto de una frase, a veces de sólo unas palabras o de una situación. De unas palabras que para mí aparecen llenas de sentido... Por ejemplo. «Vestida de tul», «De mala casta». Esta última imaginada ya; pero sin escribir aún. Y quizá, nunca. ¿Se lo imagina?... Otras veces es una situación, como ahora en «Las horas contadas». Una mujer condenada por una enfermedad incurable a una muerte prematura. Un caso lleno de sugerencias, porque es muy distinto del caso clásico del condenado a muerte por un Tribunal. Este, cogido ya entre cuatro paredes, puede pensar. Pero ahí para todo. La otra tiene todavía que vivir. Además, ni la ciencia humana es infalible ni yo la condeno sin remisión... Empiezo la novela y muy pronto los personajes se independizan, adquieren, con arreglo a su carácter, una vida propia. Y ¡qué cosas imaginan! ¡Qué acciones planean! Es entonces cuando ya entregada por completo al asunto de la novela digo que no se escribe pensando, que se escribe sintiendo, que se escribe con «lo imponderable».

### LAS GRANDES CONCILIADORAS

He dicho que iba a explicar por qué dudaba sobre si su repulsa hacia las fotos (por sorpresa) era simple coquetería, lógica por otra parte en una mujer, o una feliz ocurrencia para meternos de una zambullida en el mundo afectuoso de su amistad. Mi duda nace de que no creo que a

Carmen de Icaza le coja desprevenida nada, ni un hecho, ni una persona. Es ella la que ha puesto en boca de uno de sus personajes estas palabras dirigidas a una mujer: «Tiene usted su misma expresión de haberlo superado todo». Y es ella, como su busto desde el rincón, la que preside con exquisito tacto femenino toda su vida. La que ha sabido conciliar

—las mujeres son las grandes conciliadoras, las gentiles reconciliadoras de la humanidad— los tres centros de su actividad: su hogar, su labor matriarcal más que simplemente humanitaria, en Auxilio Social, y su tarea literaria. La que sin descuidar su casa se aísla para descansar y escribir en un «refugio» que tiene muy cerca de Madrid, donde planta rosales. Donde me imagino que rodeada de sus flores cualquier medio le asalta de vocación y deja las tijeras jardineras, toma la pluma y empieza a llenar cuartillas con la eficaz colaboración de su «imponderable». Porque Carmen de Icaza, que escribe a veces dictando, a veces a máquina, vota también por la pluma, por el contacto directo de la mano y el papel.

—No podría decir si me resulta más fácil o más difícil hacer los tipos femeninos que trazar los tipos masculinos de mis novelas. Es distinto. Una escritora ve a las mujeres «de dentro a fuera». Se sienten más íntimamente, se expresan con mayor realidad. En cambio, todas las mujeres vemos a los hombres desde el exterior y siempre queda algo dentro de



Al pie del retrato de su padre, Carmen de Icaza muestra a nuestro colaborador la edición alemana de «La fuente enterrada»

ellos que, seguramente, nos resulta inasequible. Y conste que yo reconozco a la imaginación la importancia que realmente tiene en la creación literaria. Pero no más.

Pienso que ella ha aprendido mallorquín y ha estudiado a fondo la vida de Raimundo Lullio, y conocía ya muy bien la gente y los paisajes de las Baleares antes de escribir *Las horas contadas*.

### EL CINE Y LA RADIO, LOS MEJORES ALIADOS DE LA LITERATURA

Cualquiera puede haberlo oído. Es otro de tantos tópicos que se escuchan, se aceptan sin pensar y se propagan. «Hoy la gente lee menos, porque el cine y la radio están matando la literatura.» Pero esta circulación de moneda falsa se detiene ante las manos de algunas personas. Ante las de Carmen de Icaza, por ejemplo.

—En contra de lo que dicen, el cine y la radio son en nuestros días los mejores aliados de los novelistas. Mire los escaparates de las librerías. Ofrecen todas las novelas en las que se ha inspirado un guión cinematográfico. Las películas, y también las versiones radiofónicas, provocan en la gente el deseo de leer las obras originales, de conocer todos sus matices, todas sus incidencias. Perjudica más a los nove-



Carmen de Icaza con Dule María Loynaz y Elena Quiroga



listas el alto precio de los libros. Sobre esto deberían pensar. Esto sí que disminuye el número de lectores.

Le pregunto si es por este motivo por el que ella, haciendo una hermosa guerra por su cuenta, cede todas sus obras, recién publicadas, a la Editorial «Nove-las y Cuentos», que las publica a cinco pesetas. Me contesta con laconismo espartano: «Sí.» Y pasa a otro tema.

#### LA SUERTE Y LA JUVENTUD

Fluye sin tropiezo la conversación. Ella sabe mantener el interés de cualquier tema. Sabe contar. Y cortar las frases. Y empalmarlas sin brusquedades. Y sugerir un ambiente con tres palabras. Aunque nos levantemos a ver un libro—una versión alemana de *La fuente enterrada*, que le ha mandado Ortega y Gasset en uno de sus viajes y que ella no quiere que yo cuente y que yo (¡perdón!) tengo que contar—, nada se interrumpe. Nada se quiebra. No se trunca ni se rompe la continuidad natural de la entrevista. Es inútil que la dispare a bocajarro si ha fracasado en algo o alguna vez. Responde, sonriendo:

—He tenido siempre, gracias a Dios, mucha suerte en la vida. Tengo una je rotunda. Creo firmemente en lo bueno que encierra todo. Y si me preguntara por mi momento de mayor alegría podría contestarle que este mismo, que ahora, que siempre. Yo creo que para que la vida nos sonría debemos nosotros sonreír a la vida. Hay que aprender a disfrutar con las pequeñas cosas...

Irradia armonía, alegría de vivir. Hoy sienta a su mesa a un grupo de muchachas jóvenes, amigas de su hija Paloma y amigas de ella. Dicen que la juventud se contagia. Este puede ser uno de los grandes secretos de Carmen de Icaza. Porque la creo capaz de contagiar de juventud a los jóvenes.

#### CUANDO LA TRENZA FORMA UNA CORONA

Existen dos clases de optimismo. El de aquellos que nunca se han enfrentado cara a cara con las desgracias y sólo conocen el dolor por referencias. Este no es el verdadero optimismo. Es un limbo terreno. El optimismo que merece este nombre es el de aquellos que conocen la cara y la cruz de la vida, las penas, las lágrimas y encuentran, conscientemente, en su propia alma recursos para saber en cualquier momento sonreír. No con ironía, que aquí no cabe el escepticismo, sino alegre conformidad, con ternura.

A esta categoría pertenece Carmen de Icaza. A la estupenda categoría de los que saben sonreír con optimismo verdadero. Porque conoce el dolor, como todos los humanos, y vive en más íntimo y continuo contacto con él que casi todos los demás en su despacho de Auxilio Social. Lleva una trenza de su pelo negro coronándole la cabeza. Y las mujeres que llevan una trenza así saben llorar. Y enfrentarse, sonriendo, con ellas mismas.

Diego JALON



## EL «MANA» DEL ALGODÓN EN RAMA

Bastaron cinco años para que el nuevo cultivo se hiciese en Levante tan importante como el cáñamo, el esparto y la seda

LA ruta española del algodón es ya tan extensa que, más que un documental de toda ella, debemos ofrecer un «trailer» de las más dinámicas situaciones y los primeros planos más emocionantes. Por eso, como un justo contraste, pasamos de las grandes extensiones algodoneras de Andalucía al pequeño cultivo de regadío, intensivo y cuidado, de las huertas de Levante, sobre cuyo fértil colorido caemos de la misma manera que lo hacen los paracaidistas de la Escuela de Alcanarilla, con la ayuda tensa de la seda.

Y, ahora que en este reportaje textil salió el nombre de la tela más fina, bueno será que digamos que si hubiese que señalar en el mapa una especie de Covadonga para gusanos de seda, en la vega del Segura habría que buscarla, porque allí parecen haberse refugiado esos simpáticos gusanos blancos, que visten al hombre del más noble tejido, en un proceder bien distinto al de la negra gusanería necrófaga que, con la última vestimenta, nos devora la piel y las entrañas.

#### DE LA SEDA AL ALGODÓN

Por causas diversas, la mayoría de ellas de índole económica, la producción de seda natural decayó bastante en nuestro país, y las hiliaturas que trabajan esta especialidad hubieran carecido de su materia prima de no haberse mantenido en la vega del Segura, contra viento y marea de seda artificial y peligros epidémicos, el gusano de la seda.

El Instituto de Fomento de la Producción de Fibras Textiles estableció en la capital murciana el Servicio de Sericicultura, que, entre otras cosas, cuida de que

no se tale ninguno de los casi sesenta mil árboles de morera que existen en la provincia y aseguran una producción anual de unas doce mil toneladas de hoja; una verdadera montaña hojarasca verde que permite dos los años una cosecha de trescientos cincuenta mil kilos rados de capullo.

Pero, además del Servicio Sericicultura, en Murcia resalta también el Servicio del Algodón para toda la zona de Levante y Baleares, esas tierras en las que la gran aptitud del labrador y el algodón, completamente desconocido hace cinco años, arraigase y sea ahora casi un cultivo tradicional, tanto como puede ser el pimentón, el cáñamo, la seda o el esparto.

#### TIERRA DE LUZ Y LORES

Bajo ese sol, que en otras tierras es pesadilla del labrador, aquí es sólo luz que se desparpaya, fértil, en un estallido de colores, quizá fuese el blanco único que no tenía su muestra entre todos los frutos de la vega. Había naranjos, limoneros, olivos granados...; estaban toda clase de hortalizas y casi todos los cultivos en esa gran paleta del regadío, en la que parecen pintar las altas palmeras de sus largos penachos. Casi todos estaban allí, pero faltaba el resumen de todo de la gama, y que se muestra abundante en el ludo de los pañolitos de fibra sobre el ramaje de algodón.

Nos recreamos así en el paisaje porque se está en Levante, aquí el regusto táctil se hace rica y es más virtud que el cáñamo de la vega, son los dos sentidos y ven ese color de



## ON EN RAMA

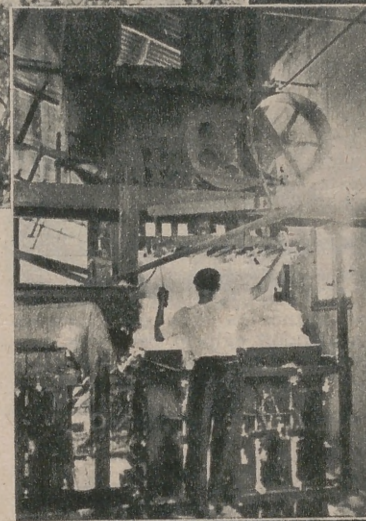
EN LA VEGA DEL SEGURA ES YA EL ALGODONERO «LA ALEGRIA DE LA HUERTA»

huertas con aquellos ojos acariciantes que tienen de amor las cosas y las hacen vibrar con una complacencia sensual que es desbordada en Miró y en Azorín, aunque con más recato, también es punzante y complacida en el detalle. Porque la tierra de Levante, obsesionada por la luz, de la que hay que cubrirse como con velo de mujer mora, es propicia a dar coloristas de la pluma y el pincel, y hasta que, como Salzillo, la modelen en forma escultórica.

#### LA BANDERA, EN EL SECADERO

En la Vega llaman a esas tarantas techadas de rojo «galeras», nombre que se hace amable y alegre con sus cascabeles entre el perfume de flores y frutos hasta el punto de que a nadie le pesaría mucho ser condenado a galeras en el millar largo de kilómetros cuadrados que comprende toda la huerta de Murcia, y que continúa por los campos de Orihuela, en buena parte de esa provincia alicantina que pasa por ser «la millor terra del món».

El rojo intenso del pimentón secado al sol en la falda de un monte tiene a veces una gran franja amarilla de corteza de limones en la gran bandera del secadero, mientras el águila caudal planea sobre la hosca magnificencia de los acantilados, sobre las montañas desnudas, de las que baja casi a plomo la impresionante torrencera de roca erosionada. Por esos y otros muchos lugares es por donde se hace tan peligrosa la avenida en la cuenca del Segura cuando todas las montañas se escurren a un mismo tiempo y el agua pasa, de ser el bien económico que los regantes disputan ante el Consejo



Ilustramos estas páginas con fotografías de la recogida del algodón en la Vega del Segura: una desmotadora en pleno funcionamiento y una prensa gitatoria para embalar en la factoría algodonera de Tabladilla

de Hombres Buenos, a convertirse en el terror y la muerte de la superabundancia en la incontenible riada.

#### PANTANOS COMO BARRERA DEL REGADÍO

Todo el sistema de pantanos de regulación del Segura y sus afluentes se halla situado en la parte montañosa, y gracias a ellos no falta el agua en las épocas de escasez en sesenta y cinco mil hectáreas de la vega del Segura y otras doce mil en las huertas del Guadalentín, a las que proveen los dos pantanos más antiguos del sistema, el de Valdeinfierno, construido en tiempos de Carlos III, y el de Puente, que también tiene en sus anchas espaldas muchos años de aguantar la presión del agua como una gigantesca carriáide.

Pero los pantanos reguladores, además de ser la reserva para el tiempo de las vacas escuálidas, se construyeron para que fuesen defensa en los casos en que las vacas están tan extraordinariamente gordas que revientan por todos lados con una fuerza incontenible y el célebre Reguerón atraviesa la huerta murciana con energía desbordada y ambiciones amazónicas.

Sigamos con los pantanos, porque el riego de esta tierra es la base del cultivo del algodón. Sobre el cauce principal del río Segura existe en explotación el pantano de la Fuensanta, y aguas

abajo, sobre el mismo cauce, se construye el gran pantano de Genajo, que va a ser el mayor de todo el sistema.

En la cuenca alta y sobre el río Mundo se encuentra en explotación el pantano de Talave, y más abajo, también en el río Mundo, el de Camarillas, que no tiene aun terminadas las obras de su presa.

#### RESISTENCIA DEL ALGODONERO A LA INUNDACION

El embalse de Quipar se encuentra sobre el río de su nombre, afluente del Segura, y sobre el río Mula, de la misma cuenca, se halla en pleno rendimiento el pantano de Corcovado.

Pantanos antiguos, modernos, en construcción y en proyecto, algunos de los cuales, más que para un aprovechamiento hidroeléctrico, tuvieron su origen en la lucha contra las inundaciones. Este es el caso de los embalses de Talave y el de «Alfonso XIII». En la lucha contra las inundaciones, recientemente se reforzó el célebre Reguerón, cubierto de cemento en todo su recorrido huertano, y fué construída una compuerta para que en los días de avenida pudiera desviarse el agua por el canal de Totana, que ha sido construído con el fin de hacerle servir de aliviadero y desviación al mar.

Pero la verdadera resistencia al arrastre de la inundación es la que ofrece el algodón, que es un arbusto de tan largas raíces que sirve muy bien para la defensa de márgenes y parcelas, ya que además de sujetar la tierra, evitando desprendimientos y arrastres, no puede ser llevado







Un almacén de algodón en bruto en la zona levantina

fácilmente por la fuerza de la corriente. La riada pasa y el algodón permanece, más o menos inclinado y maltrecho, pero capaz de sobrevivir y florecer al sol y al aire con fibra inmaculadamente blanca sobre el lodo en el que se perdieron las hortelizas.

#### UN CULTIVO DE MODA

La recogida del algodón se ha puesto hasta de moda en la vega murciana, quizá porque es todavía una labor nueva en el campo, y, como toda cosa nueva, se puede tomar como «snobismo» y hasta elegancia, igual que lo es en Holanda la recogida de los tulipanes. En el campo del Esparragal vimos a un grupo de muchachas elegantes y más que agradecidas que trabajaban en la recogida de la fibra con la misma gracia con que las bellezas de esa huerta toman parte en las batallas de flores de la capital. La mujer gana en la recogida de la fibra un jornal de veinte pesetas trabajando desde las nueve de la mañana hasta las seis y media de la tarde, con un descanso de más de una hora para comer en el mismo campo.

Además de El Esparragal fuimos al pueblo de Santomera para hablar con don Manuel Campillo la Orden, un agricultor que recientemente ha sido nombrado Jefe Nacional de los cultivadores de algodón, a quien encontramos en plena faena en las parcelas. Y allí, entre las filas de algodón en flor, al lado de los sacos de la fibra recogida, preguntamos al representante nacional de los cultivadores, quien nos contesta de esta manera:

—Fui elegido el 23 de noviembre de 1953, en Madrid, durante una reunión de los grupos provinciales de cultivadores de algodón celebrada por las Hermanidades del Campo.

—¿Cuáles son los problemas principales con que hoy se enfrentan los cultivadores del algodón?

—Por lo que respecta a Levante, nos preocupa mucho el rumor de que habrá una disminución en el precio de la fibra. Consideramos que deben mantenerse los precios actuales por encima de

las quince pesetas el kilogramo de algodón egipcio peninsular de primera clase. Si por superproducción u otra causa disminuyen los precios, lo hará también rápidamente la superficie sembrada.

#### EL PRECIO, MUY REMUNERADOR

Como pueden ver nuestros lectores, el precio a que se paga el algodón es muy remunerador, y lo producido, tan abundante que se teme un envilecimiento en los precios de ese algodón tipo egipcio, en el que se ha llegado a cubrir completamente las necesidades nacionales.

Y seguimos preguntando:

—Pese a lo reciente del nombramiento, ¿existen ya algunos proyectos de realización más o menos inmediata?

—Uno de mis proyectos es el de constituir, si es posible, cooperativas de cultivadores de algodón para negociar conjuntamente la cantidad de fibra que las concesionarias entregan a los cultivadores como de libre disposición. Sería muy bueno para nosotros que pudiéramos formar cooperativas de producción que elaborasen en hilados, y hasta en tejidos, la cantidad de fibra que como cultivadores se nos concede. También queremos que nuestro grupo nacional logre tener una cierta autonomía económica, siempre que ésta no se oponga al interés común de los otros labradores, refuerce su naciente organización y lo permita el deseado sistema cooperativo.

Nos despedimos del representante de los cultivadores, quien nos insiste en que los almacenes de Levante están tan llenos que no pueden dar abasto a la cosecha, y han tenido que ser habilitados más locales para que sirvan de almacén provisional hasta que se encuentren soluciones definitivas a la superproducción algononera. El representante de los cultivadores es un auténtico labrador, con gran sentido social y con todos los recursos polémicos que le da su licenciatura en Filosofía y Letras, con la que ha armonizado la cultura con la agricultura. El mismo nos lo dijo en

una frase definitiva: «El campo me necesitaba, y aquí estoy.»

#### LOS MOROS HICIERON LAS ACEQUIAS

Hasta en el nombre de las cosas se nota en la huerta murciana la presencia árabe. Se construyen azudes, se arreglan acequias y azarbes, se moltura la aceituna en la almazara, y el aceite es colocado en la alcuza, gracias al almirez se pican las especias y la medida de la tierra es la tahulla, que equivale a mil ciento dieciocho metros cuadrados.

Quando las trahillas de los moros aparejaron tierras y suprimieron desniveles, construyeron acequias y azarbes, emplearon norias en lugares que aun perduran y llevaron el agua hasta la misma falda de los montes, nació la vega del Segura. Ellos fueron los delineantes de esa ingeniosa red de acequias, que no ha sido modificada y que enlaza la acequia mayor de Ajufia, cuya voz árabe quiere decir «del Norte», con la acequia mayor denominada hoy de Barreiros, pero que ellos conocieron como Alquibla, que quiere decir «del mediodía». De esos dos ejes radiales parten las acequias, azarbes, azarbetas, escurridores, landronas y meranchos, que son las distintas denominaciones que toman según sus medidas, servicio y características especiales.

Las primeras Ordenanzas y Costumbres, esa especie de leyes de aguas que aun hoy son precepto para la comunidad regante de la huerta murciana, fueron dadas por los musulmanes, y poco le falta para que se invoque a Alá en la reunión semanal del Consejo de Hombres Buenos que tiene lugar los jueves, de nueve a doce, en las Salas Consistoriales de Murcia.

#### LLEGO LA PLAGA DEL GUSANO ROSA

El cultivo del algodón se ha respetado las tradiciones regantes y no creó ningún problema nuevo, a no ser esa preocupación actual y recentísima de la plaga del gusano rosado, que empezó a declararse por aquellas tierras. Este parece el reportaje de los tres gusanos; empezamos por el blanco gusano de la seda, al que vimos muy simpático porque viste al hombre, mientras que hace todo lo contrario la gusanería que le despelleja en la muerte. Metámonos ahora de lleno con otro gusano, el rosado, que ha empezado a ser el terror del algodón nacional, por lo menos en la zona de Levante.

La voz de alarma ha sido dada, junto con la orden de quemar sobre el mismo campo todos los tallos de algodón, una vez recogida la cosecha. Que no se aproveche la leña del arbusto ni se la transporte de un lado para otro. Toda debe ser quemada en el mismo campo que luego se anegará después de que las cenizas hayan sido enterradas. El combate contra el gusano rosado es bastante difícil, ya que este parásito vive dentro de la cápsula del algodón y no se ha encontrado para combatirle la específica contraarma, sobre la cual están ahora los técnicos del Ser-





vicio del Algodón. El gusano rosado se enquistaba en la cápsula, y muy difícilmente puede ser destruido sin poner en peligro la buena marcha del ciclo vegetativo de la planta.

Es un verdadero misterio la forma como ese gusano rosado pudo llegar recientemente hasta los cultivos algodonereros de nuestro país, ya que toda la semilla que se entrega al cultivador es cuidadosamente revisada y escogida. Se sospecha de que alguien, llevado por un excesivo entusiasmo, lograse introducir privadamente alguna cantidad de semilla egipcia que estuviese contaminada por el gusano.

#### YA SE INCLINA LA BALANZA

Aunque la situación no es como para dar gritos de alarma, bien está que consignemos aquí la preocupación que en los medios comoentes existe por el cultivo algodonerero en Levante, que en algunas zonas sufre la amenaza del gusano rosado. Pero la aparición súbita de esta plaga no puede disminuir el gran triunfo que supone el rapidísimo arraigo del algodonerero en las tierras levantinas. Porque raras veces se da el caso en agricultura de que un cultivo nuevo en una zona y desconocido de la masa de agricultores que en ella trabajan tome una importancia tan grande que en el transcurso de menos de un quinquenio llegue a pesar decisivamente en la balanza comercial. Tanto es así que la revista financiera del Banco de Vizcaya ha colocado ya el cultivo del algodonerero en un primer plano entre los que se dan en la vega del Segura, la cuenca del Guadalentín y el campo de Cartagena, donde en los últimos años se nota cierto retroceso en el cultivo del cáñamo en beneficio del nuevo y remunerador cultivo.

En las provincias de Murcia, Alicante, Valencia, Castellón de la Plana y Baleares cuida del fomento y explotación algodonerera la concesionaria A. L. E. S. A. (Algodonera de Levante, Sociedad Anónima), que cuenta con dos factorías desmotadoras: la número 1, que es la de San Antón, en los alrededores de Cartagena, y la número 2, situada

La huerta de Murcia bajo el amparo del santuario de la Fuensanta

en Cullera (Valencia). La ciudad de Murcia es la capital de la llamada zona séptima concesionaria del algodón español.

#### COLAS EN LA VENTANILLA BANCARIA

El cultivo algodonerero en Levante tiene características distintas al que hasta ahora hemos visto en las grandes extensiones andaluzas, ya que en tierras levantinas es cultivado en las «tahullas» de regadío y todos los cosecheros son minifundistas, hasta el punto de que ha surgido un tipo de negociante que sirve de intermediario entre el pequeño cultivador y la compañía concesionaria y que evita de una manera natural y espontánea el problema que resultaría de tener que atender a un mismo tiempo a muchos millares de cosecheros, cada uno de los cuales ha recogido una pequeña cosecha de algodón en bruto.

Una muestra del gran número de cultivadores minifundistas la hemos tenido en las oficinas centrales de la compañía concesionaria y ante las ventanillas de los Bancos, en la capital murciana, con las apretujadas colas para el trámite administrativo que convierte en dinero el producto que se entregó en factoría.

Ya en las plantaciones extensivas de Andalucía, y en aquellos centros de almacenaje y transformación, nos hablaron con un poquito de envidia, de las grandes posibilidades que tiene el nuevo cultivo en los bien cuidados regadíos de Levante, tan a salvo de si lloverá o no en suficiente medida a la cosecha de cada año. Pero hemos tenido que llegar sobre el terreno para darnos cuenta de la extraordinaria importancia que en la vega del Segura, la huerta del Guadalentín y el campo de Cartagena tiene el cultivo de ese arbusto fibroso, cada año más extendido, que avanza sobre el cáñamo, el pimentón y la seda, cultivos bien tradicionales en estas tierras. Y si no lo hace sobre el esparto es porque éste es un cultivo de secano, y el algodonerero se planta

en tierras levantinas casi exclusivamente en regadío.

#### «LA MILLOR TERRA DEL MON»

Hemos recorrido la Vega de punta a punta, y hasta nos adelantamos por la provincia de Alicante, «la millor terra del mon», para ver la riqueza algodonerera de la vega baja, de la que puede considerarse a Orihuela como su capital.

Orihuela es un rico pueblo agrícola que, por obra y gracia de su dignidad catedralicia, por eso de que es sede episcopal, adquiere maneras y garbo de vieja ciudad histórica. No es que no tenga Orihuela un gran pasado, su fundación alcanza a tiempos remotísimos, pero la Historia habría muerto en ella a no ser porque la mantiene la presencia prelatia, igual que ocurre en Coria o en Burgo de Osma, entre otros lugares de nuestro país en los que la mitra del obispo parece ser el soporte y el rango de toda la población.

Vimos a Orihuela abrazada fuerte a la roca maciza de su castillo milenar, una gran montaña de piedra a cuya falda se hizo un rellano para el impresionante Seminario Conciliar que parece tallado en roca viva y que planea por toda la ciudad sobre las coronas blasonadas, sobre los jardines, sobre el rumor de molinos y de río, y ese aire levítico que refuerzan las largas hileras de seminaristas con sotanilla y beca de tafetán Campanas, toques de oración o de hora santa, confiterías, azoteas blancas en alguna de las cuales apuntan casi un minarete... Pero por mucho que pesase lo histórico y lo espiritual también estuvimos en las parcelas de algodonerero, en donde grupos de mujeres recogían la fibra ayudadas por un capataz. Las mujeres llevaban grandes bolsas sobre la falda, que iban llenando de algodón hasta colmarlas y parecer embarazadas y listas para un parto que sería suave, blanco y sin dolor.

#### CULTIVO NUEVO EN ESTA PLAZA

Nos dicen en la «tahulla» que hace tres años se empezó a plan-



tar el algodón en Orihuela y que esta es la cosecha de la tierra que más aguanta, que resiste mucho al pedrisco y que difícilmente muere en la inundación. Como unas cápsulas se abren antes que otras la recogida de la fibra debe hacerse en diversas pasadas, que suelen tener lugar cada quince días, hasta recogerse totalmente la cosecha de un cultivo. Las mujeres que trabajan en las parcelas ganan veinte pesetas como jornal, los hombres algo más, pero como es difícil para el personal masculino emplearse en estas faenas, algunos se conforman en trabajar en calidad de mujeres. Uno de los hombres que trabajan de esta manera nos dice: «Esto no lo pagan bien, maestro. Es el cultivo que más produce y podrían pagar más que veinte pesetas diarias». También nos cuentan que el Gobierno ha avisado que no siembren tanto algodón porque ya hay bastante y también hace falta el cáñamo.

Por la vega se extienden las variedades algodonerías: «Jumel», «Giza-7», «Giza-12» y «Pima», con una predilección marcada por este tipo de fibra larga, que es el algodón egipcio, a diferencia de lo que ocurre en los cultivos andaluces, en los que prepondera el tipo de fibra corta o americano.

Y otra vez atravesamos la huerta con su paisaje de casitas y barracas blancas entre naranjos, limoneros, palmeras..., porque la palmera no es exclusiva de Elche, aunque sea en la ciudad de la «Dama» donde con más profusión se nos manifiesta la influencia árabe hasta en el paisaje, porque hasta en la vegetación de esa zona han influido los moros. De África trajeron la higuera chumba, la pita, la palmera de dátiles, el plátano y el naranjo, que apenas eran cultivados en España.

#### EL ALGODÓN VIERTE AL MAR

Los productos de la huerta que se destinan a la exportación suelen embarcar en Cartagena y hacia aquel campo nos dirigimos en otra travesía de la huerta murciana.

Y ahora podemos decir como Cervantes cuando en su «Viaje al Parnaso» hizo arribar a esta costa su bajel cargado de poesía:

«Con esto, poco a poco, llegué al [puerto,  
a quien los de Carthago dieron [nombre,

Este es el célebre Reguerón después de las obras que han asegurado su paso por la huerta



cerrado a todos vientos y cubierto. A cuyo claro y singular renombre se postran cuantos puertos el mar [baña,  
descubre el sol y ha navegado el [hombre.]

A Cartagena vierte el algodón, con otros muchos productos de la huerta, y aunque la fibra nacional no sea destinada a la exportación, sí lo es al embarque con destino a la industria textil catalana.

La factoría número 1 desmotadora de A. L. E. S. A. es el gran centro colector del algodón de la Vega del Segura, la huerta del Guadalentín y el campo de Cartagena. Está situada esa factoría en un alto casi como uno más en el cerco de castillos cartageneros.

En 1950 comenzó a funcionar aneja a esa factoría, en Cartagena, una fábrica de extracción de aceite de las semillas de algodón, con una capacidad de más de cuatro mil kilogramos de semilla al día. Visitamos esa fábrica y toda la instalación cartagenera de A. L. E. S. A. (Algodonera de Levante, Sociedad Anónima). En una sala vemos dos trenes de seis máquinas desmotadoras, a las que sirven muchachas. Más adelante nos muestras una nave en la que trabajan veinte modernísimas desmotadoras «Oldham», de fabricación inglesa. Y seis desmotadoras alemanas «Monforts», que completan el potente utillaje de desbarradoras y desmotadoras con que cuenta esta factoría, en la que laboran doscientos cincuenta obreros, además de esos técnicos del laboratorio de comprobación, que tiene las paredes de azul intenso para que los investigadores puedan descansar la vista de tanto paisaje blanco como tienen que contemplar en sus continuos análisis de fibra.

Algodón por todas partes. Por Andalucía, Levante, Extremadura y hasta en algunas zonas de Castilla, Aragón y Cataluña. Y mucho más que va a haber, ya que si ahora andamos con una producción nacional que cubre la quinta parte del consumo, queda aún bastante margen y mucha salida para este producto del campo que tanto reclama la industria.

Después del trigo, después del olivar, quizá pueda colocarse el algodón como tercer cultivo apremiante del hombre, para el cual Dios hizo el algodón como hizo la espiga, para un «maná» de riqueza ganado con el sudor de la frente.

F. COSTA TORRO,  
(Enviado especial.)

# BEJAR

## CAPITAL INDUSTRIAL del OESTE de ESPAÑA

### La gran transformación se inició el año 1900

3.500 obreros textiles y 3.500.000 metros de tela de capacidad de producción

De nuestro enviado especial F. FERRARI BILLOCH

ATRAS queda Baños de Montemayor, umbría de densa arboleda en apretado cerco de crestas serranas, y la carretera de Salamanca serpentea, pina, por las laderas montuosas en busca del puerto de Béjar. Paisaje agreste, con extensos y oscuros manchones de castañares, algunos tímidos pinos y, ya más pródigos, olivos y encinas. Frondosos alamos negros bordean la carretera, que trepa dando de lado la calzada romana, la ruta que conducía de Salamanca a Mérida. Jadedo el coche, penoso el esfuerzo. A veces sólo los ampulosos zarzales, cuajados de moras, separan el asfalto del grueso empedrado bilmilenario, lamido morosamente por el tiempo. Es hoy, este vestigio de los 4.500 kilómetros que en España formaron las treinta y una vías, como un recto y reseco cauce pedregoso, anchas piedras que un día temblaron al ricio pisar de las legiones de Roma. Hace dos mil años andarían acaso este mismo camino y porfirian la mirada en este mismo paisaje, seguro que por densos bosques más frondosos, aquella Elio Virino, que aquí cumplió el voto que hizo por la salud de Comodo. O Tito Valerio Cosmo, reconocido de las Niufas de Cáparra; o Privata, en ofrenda a la diosa Salud..., cuyas eran las aras votivas que acabo de ver allá abajo, en el balneario, difíciles inscripciones en piedra que tradujo el padre Fita, sabio inolvidable que presidió la Academia de la Historia.

¿Qué vidas—pienso, con lamento de no poder respirar el goso silencio y la soledad sugerente de estas alturas, atronador el motor—, qué vidas serían las de estos personajes, hace tantas centurias perdidos en polvo? Un exvoto religioso, en piedra esculpido, los ha inmortalizado. ¿Qué inquietudes, afanes y pasiones, alegrías o amarguras, hicieron plácida o atormentada su existencia? ¿Eran patricios o plebeyos,





## De una industria casi artesana se pasó al actual florecimiento fabril.-Ya no quedan viejos telares de aquel buen paño

ciudadanos romanos o esclavos? Algunos se declaran nacidos en Mérida. Firmo se dice siervo de Ammío...

Pero EL ESPAÑOL no me ha enviado para un coloquio con la arqueología ni mis andanzas han de ser por tierras cacereñas. Además, un blanco mojón triangular me advierte que traspasamos la frontera salmantina. Hemos entrado en Castilla. Otro esfuerzo más y el coche, con estrépito de herrajes, corona triunfal el puerto de Béjar.

### UN ALTO EN EL CAMINO

Unos viajeros se empeñan en hacer alto, y paramos. La venta

«El Chusco» tiene cierta fama. El ventero, de corpachón enorme y desabrido gesto, me recuerda el físico de Rubén Darío. Doy de lado a las princesas pálidas y los pavos reales para enfrentarme con el soberbio jamón y un chorizo inolvidable que nos pone delante el hombre de palabra escueta y aspera como ese vinillo de fuego que nos sirve en jarra talavera-

El coche avanza de nuevo, raudo, carretera adelante. Paisaje de transición, entre castellano y extremeño. Estribaciones montuosas. Quebras de valles y barrancos. Llanos... Castañares tupidos desparraman por las vertientes manchones de un verde denso, bajo el suave azul del cielo. El horizonte se corta en los confines por la dilatada sierra de Gata, de un violeta translúcido, luminoso. Cruzamos una Castilla jugosa y verde, cuajada de arboleda y sin tierras pardas.

A los diecisiete kilómetros de recorrido, Béjar.

### UN RIO INDUSTRIAL EN CASTILLA

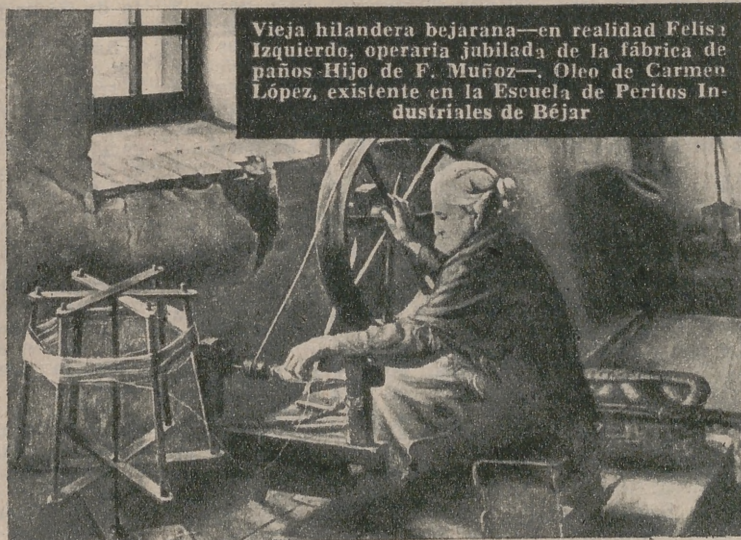
La ciudad de nombre ibérico surge sobre un fondo granítico de cerros. Las cumbres se precipitan, ondulantes, bajo un cielo de

raso azul con apelonadas vedijas, como pasadas por los lavaderos bejaranos. En las vertientes, algunas motas verdes. Pero Béjar emerge entre frondas, con gracia femenina, de ciudad jardín. En gradería se elevan las edificaciones, y quizá sea la peculiar construcción de las fachadas de las casas, penetradas por múltiples ventanas simétricas —más vanos que macizos—, lo que da al conjunto un aire grácil y alado. Es riente la campiña, por la que se desparraman los castañares entre robles y la prodigalidad del álamo negro. Hay algo de amable, de simpático, en este paisaje. Una línea de verdor serpentea por llanos y ondulacio-

manufactura diferentes productos. Béjar, capital de esta comarca, es pujante en industria y densa en población productora.

### CIUDAD OBRERISTA

En esta parte de la ciudad se suceden las fábricas. Grandes, flamantes, espléndidas edificaciones de naves vastísimas y rumorosas. Chimeneas, entrecruce de líneas de fuerza motriz, masas obreras... Diríase que uno se halla, en esta parte baja de la población, ante el emporio de una moderna y populosa ciudad industrial, aglomeración humana surgida al impulso del gran capitalismo creador de los poderosos trusts industriales. Pero ninguna ciudad de Castilla puede ostentar el título de industrialista como Béjar. Las fábricas se extienden hasta la parte alta. Siempre fué Béjar obrerista, desde que el obrerismo surgió de la revolución industrial del siglo pasado. Hasta el 18 de Julio, fué feudo socialista. Una masa obrera inquieta, bronca, fácil a la huelga y pronta a la barricada. El conflicto social fué allí azote endémico,



Vieja hilandería bejarana—en realidad Felis Izquierdo, operaria jubilada de la fábrica de paños Hijo de F. Muñoz—. Oleo de Carmen López, existente en la Escuela de Peritos Industriales de Béjar

consecuente con la lucha de clases mantenida por un proletariado tenaz. Huelga, calderillo, pan y bota de vino parecían marchar al unísono:

Béjar, ciudad bravia más de doscientas tabernas y una sola librería.

Béjar, ciudad bravia más de doscientas tabernas y una sola librería.

Ya no es eso, ni de mucho. Todo cambió. Al discurrir por sus calles pinas y tortuosas, cuajadas de prósperos comercios, las librerías, bien provistas, nos salen al paso con frecuencia. Su Escuela de Peritos Industriales puede ser orgullo de cualquier capital. La Escuela Graduada y los salesianos mantienen un fuerte censo escolar, y no creo que puedan contarse muchas sociedades en España como el Casino Obrero, con mil quinientos socios. Cen-





He aquí, en la sierra de Béjar, las cumbres de la montaña Hoya Moros, cuyas nieves perpetuas son origen de la formación del río Cuerpo de Hombre, de aguas purísimas en su lecho granítico, secreto, al parecer, de los excelentes tintes que la industriosa ciudad da a sus paños

tro instructivo de verdad, vivo y eficiente, frecuentado por los productores hasta llenar, después de la jornada de trabajo, su vasta biblioteca, tan nutrida de obras que basta decir que en su Sección de Periódicos y Revistas se reciben más de veinte diarios. De las notas tomadas transcribo:

«En asuntos sociales, en la actual legislación española, en los derechos y obligaciones que imponen las Reglamentaciones, el obrero textil de Béjar está bien impuesto de todo. De todo está enterado. En este aspecto, Béjar es considerada como Barcelona.»

«Ha dicho el obrero textil, ¿es que es distinta de los demás su formación?»

«Hay una diferencia enorme entre el textil y los trabajadores de otros gremios.»

«Y no crea usted—replica otro—que nos vamos con tapujos cuando hay que cantar claro. En el Sindicato se dice lo que hay que decir.»

#### LOS REYES CATOLICOS REGLAMENTAN LA INDUSTRIA DE PAÑOS

Tampoco es lo mismo llegar a Béjar desde las piedras doradas de Salamanca que desde Cáceres. Por los caminos de Castilla todavía encontramos batanes y telares, esos largos caminos «apenas suavizados por un río profundo y por unos álamos dóciles a la diantidad». Béjar no es la Castilla del maestro «Azorin», de Francisco de Cossio, mística, labradora y heroica. Béjar ofrece la enorme actividad de una ciudad industrial y moderna. Vi al llegar, aun allá arriba, en el barrio de Santa María, unos lienzos de vieja muralla. La recia mole del castillo de los duques de Béjar sigue presidiendo la plaza Mayor—escalinatas y soportales—. Pero ya no existen viejos telares de aquella industria artesana de paños, telar en el que se vinculaba la familia del tejedor y pasaba de padres a hijos a través de generaciones.

—El último telar de la antigua industria fué el de Eloy, el de las casas de Comadrán. Hace poco que murió. El telar mecánico ha arrumbado todos aquellos cachivaches, inútiles ya—se ufana de su espíritu progresivo un moderno industrial.

Yo hubiera querido sentir la poesía de ver funcionar un viejo telar en su típico ambiente. Mi primer encuentro con un poderoso fabricante no fué muy afortunado. Reservado, hermético a mis preguntas—desenvolvimiento de la actual industria y volumen económico—, parecía sentir pánico del periodista. Todo cordialidad y efusión fué, en cambio, don Juan Muñoz, cronista de Béjar, académico correspondiente de la Real de la Historia, escritor tan brillante como erudito, autor de interesantes obras. Me habló con nostalgia de los viejos telares y mostróme una antigua lanzadera, y sobre ella me regaló con una curiosa disertación, para pasar a la «Pragmática» de los paños promulgada en Granada por los Reyes Católicos en 1500, probablemente la más completa que se ha publicado en España sobre fabricación de pañería, documento industrial inédito hasta hace pocos años. A mis preguntas, respondió amablemente:

—La fabricación de paños finos empezó en Béjar en el siglo XIII. Por privilegio de Fernando III los ganados de Béjar pudieron pacer libremente en las tierras de Trujillo, con lo que la lana de los ganados bejaranos, que ya era fina, mejoró su calidad al trashumar las ovejas, y el paño elaborado con ella fué de mejor clase que la generalidad de los que entonces se labraban en Castilla. La situación geográfica de Béjar resultaba, pues, privilegiada para esta cuestión, entre Castilla y Extremadura. Las clases eran de tejido liso de tafetán, que es el que presenta superficie más unida y adecuada para el ulterior trabajo de los perales, esto es, de los oficiales que batanaban, perchaban, tundían y prensaban los paños. A este gremio pertenecían los segovianos que mantearon a Sancho Panza.

—Tengo entendido que los antiguos paños castellanos se podían equiparar con los mejores de otros países, ¿no?

—Cuando Fernando III tomó Córdoba y Sevilla bajaron los ganados del Norte a invernar en los territorios del Sur, hasta las líneas del Guadalquivir, como hoy siguen haciendo, con lo que ganaron mucho en finura las lanas merinas de sus reinos, y a mediados del siglo XIV la industria castellana elaboraba paños semejantes a los de Flandes, pues se hacían al estilo de Malinas, de Iprés y de otras poblaciones de la época actual. En el siglo XV

se manufacturaba la pañería lo mismo que hoy, haciéndose los paños quincenos, veintenos o de cualquiera otra cuenta, nominándolos siempre según los cientos de hilos que tenía la tela.

—Al hilar a mano, ¿se producía una manufactura uniforme?

—Con su «Pragmática de los Paños» quizá los Reyes Católicos tendían a unificar la fabricación. En ella se dan normas sobre el modo de hacer todas las operaciones, desde la clasificación de la lana al acabado de los géneros, lo mismo buenos que corrientes, pues aquellos austeros monarcas no quisieron que decayera la manufactura de artículos de uso común, y hasta limitaron la de paños finos a ciertas poblaciones, una de ellas Béjar, que a partir de entonces rigió las suyas por las normas fabriles de la pragmática real.

—¿Fué importante la protección que ejercieron los duques de Béjar?

—Tenían derecho a teñir las lanas de toda la jurisdicción bejarana, y esta circunstancia favoreció al desenvolvimiento de la industria, pues debido a ella hubo desde antiguo buena tintorería al servicio de los fabricantes. Los duques pusieron fábrica, y por la influencia política de los mismos se hicieron desde hace siglos importantes contratas para el suministro de paños al Ejército, y se abrió en Madrid una lonja de Béjar para la venta al público de su selecta pañería.

Bastante más debiera transcribir aquí de cuanto de sustancioso y erudito me dijo don Juan Muñoz, al que encontré atareado en ultimar el número de su publicación *Béjar en Madrid*, periódico del que me mostró no sé cuántos tomos, muchos.

#### TRANSFORMACION DE LAS FABRICAS

Gómez Rodulfo, uno de los más importantes fabricantes, me habló de la industria moderna. Un tatarabuelo suyo, don Diego López, fundó la fábrica hace doscientos años.

—Béjar se hallaba en un estado de agotamiento ante las convulsiones sociales anteriores al 18 de Julio del 36—me informa el señor Gómez Rodulfo—. A partir de esta fecha Béjar se consagró al servicio de la Patria y durante tres años se dedicó con afán a fabricar paños para los Ejércitos nacionales, venciendo toda clase de dificultades. Al igual que hizo con los tejedores flamencos que llegaron con Felipe el Hermoso y aquí se establecieron, Béjar acogió con los brazos abiertos a los industriales catalanes que vinieron a refugiarse en esta ciudad. Encontraron medios de trabajar y contribuyeron al desarrollo industrial. A partir de este momento empezó la verdadera transformación de Béjar, y de una industria casi artesana se pasó a una gran industria, de un ritmo de producción acelerado. Las fábricas se transformaron totalmente con importación de maquinaria abundante, nueva, moderna, dotada con los últimos adelantos. Llegaron técnicos y se asimilaron sus enseñanzas, se capacitó al elemento obrero, no sólo en cuanto a su aptitud para los trabajos textiles, sino en su preparación



social; se triplicaron el ya considerable número de telares y la población pasó de ocho mil habitantes a los veinte mil.

—¿Son buenas las relaciones con los industriales catalanes?

—¡Excelentes! No hay oposición, sino una perfecta cooperación con el gremio de industriales de Sabadell y Tarrasa.

—¿Se han logrado mercados extranjeros?

—Y muy importantes. Se exportan telas a América, al norte de Europa y al Oriente Medio.

—En estos últimos años muchas fábricas de aquí trabajaban permanentemente de día y de noche, mediante tres turnos de obreros, así que los mil telares de Béjar vinieron a ser prácticamente tres mil.

—¿Acepta el obrero las horas extraordinarias?

—Sí, porque no le alcanzaría el jornal, y, por tanto, no habría mejorado su nivel de vida. No sólo lo acepta, sino que lo busca. Había obreros que después de trabajar la jornada de ocho horas en su fábrica se incorporaban a un turno de otras, deseosos de trabajar otro tanto.

### UNA INDUSTRIA MODERNA

Existen también en Béjar fábricas de boinas, boata, algodón hidrófilo, cordón plano, tejidos de algodón, de botones y emblemas; militares para el Ejército... Durante nuestra guerra Béjar fabricó en sus telares 3.356.760 metros de paño para los soldados nacionales. Hay ahora una contrata con el Estado de cerca de medio millón de metros. Paños para los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire; Policía Armada... Del paño resistente, suave, duradero y bien trabajado, de los batanes y telares de Béjar, se vistió de bellísimos colores nuestro Ejército desde la época de Carlos III. Aquellos uniformes de los regimientos—el azul clarísimo de los húsares y los dragones, el rojo y azul oscuro de la infantería...—eran un poema de luz y color en los marciales desfiles.

Se atribuye la brillantez y permanencia de los colores que se obtienen en las tintorias bejarranas a las virtudes específicas de las aguas del río Cuerpo de Hombre. Pero un técnico me ha declarado, rotundo:

—Eso podía ser antes, pero la química de hoy supera aquellas posibles propiedades.

El hecho es que la industria de Béjar no se ha quedado estancada, ensimismada en sus viejas glorias, sino que se encuentra a la altura de las más modernas, en un progresivo avance, en el que tanto influye, con sus enseñanzas técnicas y su excelente labor de formación, la Escuela de Peritos Industriales. Si a fines del siglo pasado perdió el mercado civil por desuso de la afamada capa castellana—«¡Buena capa! ¡Paño de Béjar!», se dijo siempre como elogio de la prenda—, la crisis se superó al dedicarse los fabricantes principalmente a abastecer de vestimenta apropiada a su fiel cliente: el Ejército español. Pero hoy las miras están puestas también en el elemento civil, en el ciudadano, hombre o mujer, y así han surgido en las

márgenes del Cuerpo de Hombre, en la ciudad y entre la vercosa fronda, fábricas que dedican su pujante actividad a las especialidades masculinas y femeninas: lana, estambres, gabanes, «cheviots», lanillas, vicuñas, etc.

### CAPITAL Y PRODUCCION

De mi visita a la importantísima entidad Agrupación de Fabricantes e Industriales de Béjar-Hervás, y entrevistas con destacadas figuras de la localidad, entre ellas el secretario de la Cámara Oficial de Comercio e Industria de Béjar, señor Muñoz González—todo gentileza—, apunto datos de interés estadístico. Censo obrero: en 1950, los trabajadores totales eran 4.823—3.339 masculinos y 1.484 femeninos—, de los que 3.050 pertenecían a las industrias textiles. Hoy éstos llegan a 3.500, con una nómina semanal de unas 400.000 pesetas. A estos obreros siguen los del gremio de la construcción, con 775, y las Hermanidades de Labradores, con 330. Ninguna de las otras profesiones alcanza el centenar de productores. En la Oficina de Colocación Obrera hubo en dicho año 592 demandas de trabajo. Todos los demandantes quedaron colocados. Pagos verificados en 1950 por distintos seguros sociales: Subsidio Familiar, 180.118 pesetas; Seguro de Enfermedad, 113.341; Subsidio de Vejez, 566.461.

Al terminar nuestra guerra funcionaban en Béjar 12.000 husos y 300 telares, y en la actualidad pasan de los 20.000 los husos de carda y de 11.000 los de estambre. El número de telares se acerca hoy al millar, y se están preparando nuevas instalaciones para hilatura de estambre.

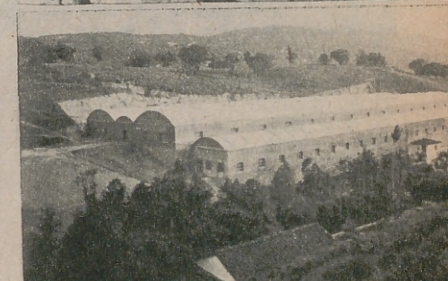
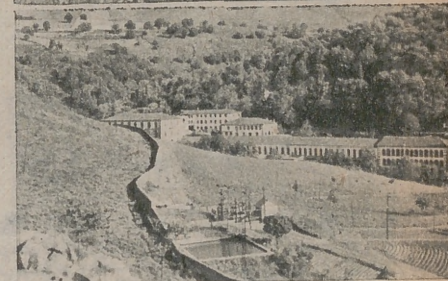
Se elevan a ochenta las empresas textiles, comprendidos lavaderos de lana, tintes, hilatura de carda y estambre regenerados, tejidos y aprestos y acabados.

—¿Cuál es la producción de cada telar?—inquiero de un amable interlocutor.

—Varía mucho. En género de alta calidad, hechos con hilos finísimos se pueden tejer de seis a once metros en ocho horas, y en artículos gruesos de hilos de carda se consigue llegar a los veinticuatro. En paños para uniformes militares de tropa, sujetos a las características reglamentarias, se tejen de doce a catorce metros, y en artículos caqui para oficiales y jefes, de ocho a doce metros. Los géneros de señora tienen otra disposición, en la que generalmente se tejen más metros.

El obrero hábil, con buena formación profesional, activo, puede superar los números normales de metros, y entonces recibe un plus por su productividad, según ahora se ha dado en decir.

.....  
Cuando, al final de mi jornada de visitas y entrevistas, me siento en el café La Terraza, en la plaza de la Corredera, viendo la animación de la ciudad, la gente que baja por la calle Mayor, las tiendas concurridas, los grupos de obreros, los muchos coches aparcados o que pasan..., creo encontrarme en un capital. Ya se adensan en penumbra las frondas del hermoso parque que se abre en la plaza, y al resumir



Aquella vieja industria, del telar doméstico que producía el buen paño de Béjar, hoy está servida por grandes fábricas de moderna maquinaria y técnica al día, que producen las últimas novedades textiles. Béjar se ha transformado en una ciudad de pujante industria.

mis impresiones se reavivan las palabras de don Juan Muñoz, el cronista oficial de Béjar: «Los pueblos industriales han sido y son los más progresivos y adelantados, porque antes y ahora la industria fomenta la labor y dota a los pueblos de mejores medios de trabajo y más centros de instrucción generales y especiales, y merced a unos y otros en ellos se eleva más rápidamente el nivel de vida material e industrial».



# EN VIANA DE NAVARRA SE DA SEPULTURA A LOS

## Había sido un famoso guerrero y hábil político que luchó con las tropas que andaban forjando la unidad



Restos del castillo del príncipe de Viana, tal como se veían a principios de siglo.—Derecha: Puerta de Murallas de Solana, donde resbaló el caballo de César Borgia la noche que salió a su cita con la muerte

ERA César un vástago del tronco valenciano de los Borja, cuyo apellido se italianizó. Tronco que dió a la Iglesia dos Papas, Calixto III y Alejandro VI, depurador de la liturgia. Un santo-duque de Gandía—San Francisco de Borja—, sobrino de César. Era señor de Piombino, conde de Die, duque de Romaña de Urbino, de Colonia y de Valentinis; príncipe. Cuñado del Rey de Navarra Don Juan de Albret el Piadoso, y condestable del reino. Había sido generalísimo de la Armada y tropas pontificias. Obispo de Pamplona a los quince años. Arzobispo de Valencia y cardenal romano, aun cuando hay que dejar bien sentado que jamás fué ordenado sacerdote.

Existe actualmente la opinión, cada vez más extendida, de que el lugar de su nacimiento fué Valencia. En donde habría nacido este ilustre personaje del Renacimiento seguramente el año 1475.

Ni mejor ni peor que la gran mayoría de las figuras de su época, fué un gran caudillo casi siempre vencedor. Y un hábil político—mejor que Maquiavelo que le tomó de modelo de gobernantes en «El Príncipe»—, que quiso hacer una Italia grande.

### «CESAR O NADA»

Buen mozo, de linda silueta y blondos cabellos. y que, según se

aprecia en el grabado de «Elogia Virorum illustrium», de Paolo Giovio, así como en el retrato que de él existe en Italia, en la Pinacoteca Municipal de Forli, de rostro cortante y facciones correctas y enérgicas. Era frecuente verle pasear por las calles de Roma vestido a la española y montado en fogosos caballos. Su espada portaba la divisa: «César o nada». Muchas veces, siguiendo la costumbre de la época, cubierto con antifaz. En el campo perseguía los toros salvajes. A veces, echaba pie a tierra y con sus valencianos los toreaba. Desafiaba a los soldados de su escolta a be-tirse y realizaba gran número de supuestos tácticos desde su juventud más extrema. Todo ello le ayudó a formarse en gran soldado. Dejó el estado religioso.

Vivió para la lucha y para la política. Formó un potente ejército, cuyo ingeniero era Leonardo de Vinci y del que formaba parte una gran caballería. (Pero, años después, la lúes (sífilis), que azotaba toda Europa, según los historiadores, hizo presa en él:

«Fué una pestilencia no vista jamás, [compás],

muy mala y perversa y cruel sin v que para algunos llegó a infectar más de la mitad de la población europea, no respetando cla-

## APARECIO EN NAVARRA COMO EL DIABLO, DESPUES

### Una vida singular

ses ni condición. Dice Paul Rival que fué contagiado en Capua por cortesanas venidas de Nápoles. Entre ello y el paludismo, que en más de una ocasión le debió recidivar, consiguieron enfermarle gravemente y durante largo tiempo. Su naturaleza agotada, y en lucha con Julio II y los Orsini, hicieron que poco a poco fueran disminuyendo sus estados. Se le caía el pelo y vello. La frente se le cubrió de pústulas, impidiendo, le prescindir del antifaz a pesar del calor. El cuerpo se le llenó de escamas. Pasó largos períodos de fiebre.)

### APARECE EN NAVARRA COMO EL DIABLO

La Historia—la gran integradora de todos los sucesos y violencias de la vida—tenía dispuesto que viniera a morir en Navarra, en el lugar conocido por la Barranca Salada, en el sitio donde es cruzada por el camino de Viana a Mendavia, en jurisdicción de Viana entonces, y hoy de Barga. Donde le alancearon y apuñalaron los soldados que mandaba el conde de Lerín, que luchaba junto a Castilla, contra su Rey.

La lucha es enconada en Navarra, que se había dividido en dos bandos. De un lado, las tropas reales, mandadas por César Borgia, y de otro las beamontesas, con su jefe, el conde de Lerín, que ocupaban, con gran parte de soldados de Castilla, las plazas fortificadas de Larraga, Carriz, Mendavia y el castillo de Viana. Apoyadas por otras fuerzas de Fernando el Católico, situadas al otro lado del Ebro, y que acudían a su adelantado duque de Nájera, y que estaban forjando la unidad de España.

¿De dónde venía, dice Saint Simón, cuando apareció en Navarra como el diablo? César ha cesado de agitar a Italia. Prendido por el Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, en 1504, se le embarca, junto con su paje Juanito Grasiaca, en el puerto de Nápoles, en una galera que mandaba Próspero Colonna. Al llegar a Valencia, nos dice Rival, un grupo de jinetes le esperaba. El oficial subió a bordo y mostró un pergamino con el sello real. Le fueron en-



# LOS TOS DE CESAR BORGIA

cayó en  
de España

## NAVARRA COMO EL PUE ABANDONAR ITALIA

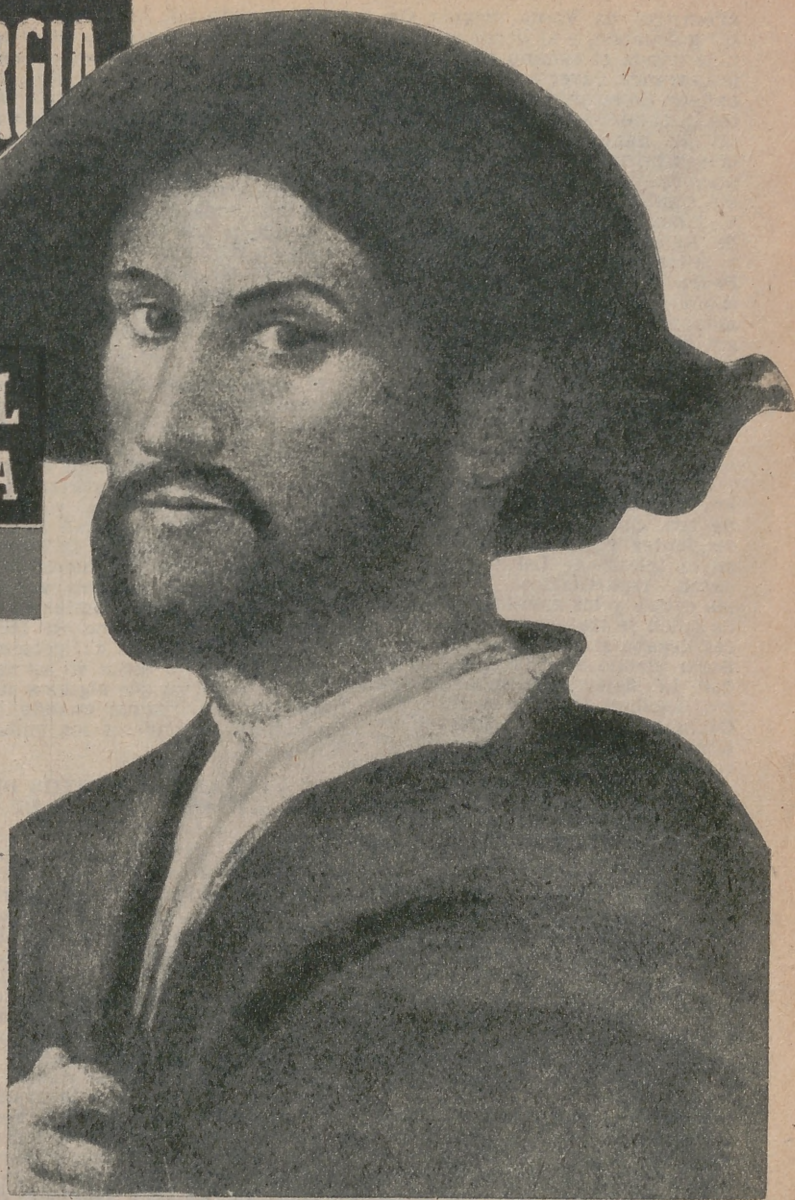
arorde de la leyenda

tregados César y su paje. Era el mes de septiembre, Isabel la Católica agonizaba en el castillo de la Mota, en Medina, donde murió el 25 de noviembre. A caballo fueron conducidos al castillo de Chinchilla, pero en junio siguiente, temiendo que aquel lugar fuera poco seguro, Fernando el Católico mandó llevar al preso al castillo de la Mota. Le alojaron en un torreón rojizo que Isabel había habitado.

### LA FUGA EN UNA NOCHE SIN LUNA

Hay luchas intestinas en Castilla y la facción del conde de Benavente le ayuda a escapar dos años después. Aprovechan para ello una noche sin luna y se desuelga, mediante la ayuda de su capellán, Mosén San Martín—que luego, como su paje, fué recogido por Lucrecia—, por una cuerda enganchada en una almema del adarve. Y antes de que tocara el suelo, Pedro de Tapia, temeroso de que se hubiera advertido la huída, cortó dicha cuerda, cayendo al suelo el príncipe, según Zurita, y quedando herido. Le montan de través en un caballo y a marchas forzadas llegan al castillo de Benavente, en Villalón, donde convalece.

Dos vascos de Pasajes, Martín de la Borda y Miguel de la Torre, se le ofrecen como guías. Partió a fines de noviembre de 1506. Iban envueltos, dice Paul Rivar, en amplias capas castellanas y vestidos de burdo paño. César montaba un caballo alazán con una mancha blanca en la frente. Llegaron a Santander, la tempestad rugía, ofrecieron oro a unos pescadores, imposible hacerse a la mar. Fueron detenidos como sospechosos de espías, herejes o bandidos, pero consiguieron la libertad haciéndose pasar por comerciantes en granos. Por fin, embarcaron al amanecer, y la tempestad los llevó a Castro Urdiales; los marineros invocaban a Santiago. Desde allí cabalgaron sin tregua hasta Durango. Se les vio, ya en Navarra, en el puerto de Lizárraga y en Echarri-Aranaz. Poco después llegó a Pamplona, donde el Rey, su cuñado, pues estaba casado con Juana de Albret,



Retrato de César Borgia, que se conserva en la Pinacoteca Municipal de Forlì (Italia)

le nombró condestable de Navarra, dándole el mando de todas sus tropas.

Organiza rápidamente un ejército de doce mil hombres y lo lleva a Viana, cuyo castillo estaba en poder del hijo del conde. César Borgia habita en la ciudad, según parece, en la casa-palacio de Cereceda, situada en la rúa de Tidón, que, aunque modificada, todavía existe, ostentando las paredes pináculos cuadrangulares. Pone sitio al castillo.

### UN PRESAGIO QUE SE CUMPLE

Y aquí la Historia cobra un tono patético y escribe la última página biográfica de César. El asedio era largo, los víveres escaseaban en el castillo. Es la noche del 12 de marzo de 1507. El conde de Lerín, a favor de una noche tempestuosa, mandó a sus tropas acercarse, y por una puerta secreta del castillo, que desde entonces se llamó del Socorro, introdujo 60 caballos cargados de harina, a pesar de la vigilancia que se ejercía. Informado el Bor-

gia demasiado tarde, al dar sus centinelas la voz de alarma, mandó que salieran mil lanzas en persecución del enemigo, y mientras daba voces diciendo: «¿Este condezuolo, dónde es?, que hoy le tengo de matar o prender.» Se armó con toda rapidez de punta en blanco, montó a caballo y marchó a ponerse al frente de sus tropas. Al salir por la puerta de murallas de la Solana, su caballo resbaló en las piedras del piso, mojadas por la lluvia. César exclamó: «¡Mal presagio!» Bajó el montículo donde se asienta la ciudad, y en la llanada galopó intensamente. Todavía pudo alcanzar a tres soldados de la retaguardia enemiga, a los que mató.

Sus tropas cada vez iban quedando más rezagadas. La tempestad arremetía, y la retaguardia enemiga, al darse cuenta de que un solo caballero avanzaba hacia ellos, le tendieron una celada en ambos lados del camino de Viana a Mendavia, dentro de la Barranca Salada, así llamada porque el agua tiene ese sabor, a unos seis



kilómetros de Viana. Seguía César galopando, y al llegar a la bajada donde el camino se mete en la barranca, cayeron caballo y caballero. Se levantó y buscó a tientas la salida, recordando el terreno que había visto cuando llegó la vez primera. En ese momento, un relámpago iluminó la escena y vió cómo le cercaba un grupo de soldados al mando del caballero de Agreda, Garcés de los Faycs, y entre los que se encontraban Pedro de Allo y Jimeno Garcés, siendo acuchillado por éstos y alanceado por el primero, el que, sin saber de quién se trataba, le dió una lanzada que le penetró por la parte anterior de la hendidura de la armadura, correspondiente a la axila derecha, y que le atravesó de parte a parte, cayendo muerto.

Le quitaron la armadura, que era de hierro, milanese, rielada de oro, con relieves de batallas, serpientes y diosas. Fué colgada en la iglesia de Lerín, le desnudaron, repartiéndose la camisa, las calzas y los zapatos. Suplicaron de quién se trataba porque entonces llegaba su paje, que se echó a llorar viendo el cadáver de su señor. Lé dejaron marchar, y como llegaban las lanzas, huyeron. Otorgando antes al pudor el cobijo de una teja, rojiza en su rotura.

**«AQUI YACE EN POCA TIERRA EL QUE TODA LE TEMIA»**

Prontamente informado de lo acaecido, e indignado, el Rey de Navarra, que se encontraba sitiando a Larraga, rindió el castillo de Viana, después de una vigorosa resistencia. Y dió la orden de que fuera enterrado en la iglesia de Santa María, en el lado de la Epístola, entre el altar y la arca gótica de su lateral, hoy abierta hacia la nave correspondiente ya posterior.

Escultores italianos le labraron un sepulcro de alabastro translucido, que, según el P. Alesón «era muy propio por el ornato de las piedras». De un estilo que dudaba entre el Renacimiento y el gótico florido. Reyes de las Sa-

gradas Escrituras, de rostro dolorido, lamentando semejante desgracia, velaban su reposo, y celebrérrimo por el epitafio que en él se esculpíó, y que escribió un soldado que había seguido su milicia, el que todavía se leía en 1523, y decía así:

«Aquí yace en poca tierra  
El que toda le temia;  
El que la paz y la guerra  
En su mano las tenia.  
Oh, tú que vas a buscar  
Dinas cosas de loar;  
Si tú loas lo más dino,  
Aquí para tu camino:  
No cures de más andar.»

El cadáver permaneció en su sepulcro hasta una fecha no exactamente determinada, pero de ninguna forma hasta finales del siglo XVII, como se indica en los «Anales del Reino de Navarra», en 1891 de Moret y Alesón, y como decía recientemente, en «A B C», el articulista Claudio de la Torre, sino que es indudable fueron sacados los restos mucho antes, porque el historiador Amiax, que era de Viana, nos dice en 1803 («Ramilletes», f.º 108): «... pero en estos tiempos no están en su sepultura los versos que algunos autores escriben, porque cuando le trasladaron los huesos los quitaron...»

**LLEVAN LOS RESTOS DE CÉSAR A LA RUA DE SANTA MARIA**

El hecho es que el sepulcro fué destruído y el esqueleto de César, al parecer coincidiendo con la visita a la iglesia de un obispo, fué sacado por los vianeses de la iglesia y enterrado en un pobre sepulcro de mampostería hundido en el suelo de la vía pública, rúa de Santa María, a pie mismo de las escaleras que conducen al pórtico principal de la iglesia.

Nadie, por entonces, volvió a tocar esos restos. Pero la tradición popular era firmísima respecto al sitio de enterramiento, que, por otra, parte, según Ripa, constaba en el archivo de San Marcos (o de San Isidro), de León. Hasta que, en 1883, la sepultura fué abierta en reserva

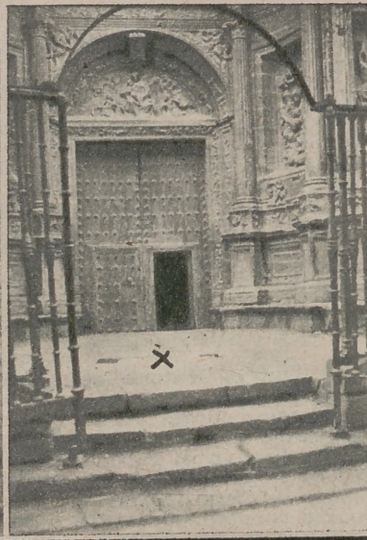
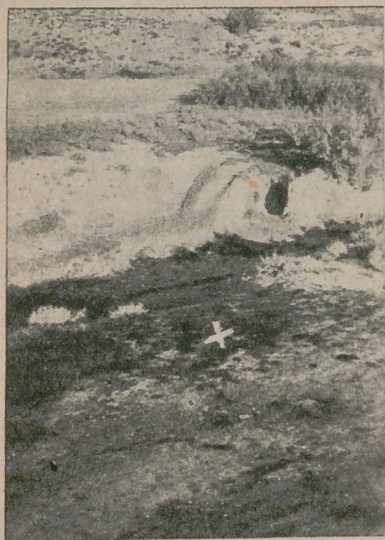
por don Luis Cereceda, y luego de mirada y remirada, cerrada precipitadamente, ya que se había procedido sin autorización.

En 1886, el historiador francés Carlos Iriarte, que venía bien documentado, estuvo en Viana, donde acabó de convencerse de que los restos existían en el sitio indicado: «Jamás en una pequeña ciudad decía, la tradición de los gentes y de las cosas del pasado se ha conservado más intacta.» Encuentran la sepultura en el sitio indicado, con el esqueleto aparentemente bien conservado; pero cuando el alcalde puso la mano sobre el cráneo, éste cedió a la presión y se deshizo.

Va corriendo el tiempo, y el ilustre médico doctor Juaristi—y, desgraciadamente, fallecido—, junto con el historiador Onieva, consiguen se proceda a la exhumación y sea comprobado oficialmente si los restos del Borgia continúan en su sepulcro, y caso de que lo estén, darles la adecuada. Y es en 27 de agosto de 1945 cuando nos encontramos en Viana, junto con los mencionados, una Comisión de la Institución Príncipe de Viana, representaciones de la Diputación y Gobierno Civil y de la Academia de la Historia, en nombre de ella y en el de su presidente, duque de Alba, descendiente del conde de Lerín, y cuyo título ostentaba Muguruza, Mourlane Michelena, otros eruditos, el Ayuntamiento en corporación; Taracena, como director del Museo Arqueológico Nacional; Vázquez de Parga, de dicho Museo, y el que estas líneas escribe, Juaristi, además, ostentaba la representación de la Universidad de Perusa, por delegación del profesor Gurrieri.

**ENCUENTRO EL ESQUELETO DE BORGIA**

Comienza la excavación en el sitio previsto, que dirige Taracena, ayudado por mí. El pavimento es duro y se resiste a los picos de los obreros municipales. Debajo del mismo encontramos un hueco y a continuación una capa de tierra faja con pequeños fragmentos óseos. La hora de yantar ha llegado y los concurrentes acuden al banquete que les ha sido preparado por el Ayuntamiento. Yo me quedo por encargo de Taracena, dirigiendo la excavación, que ordeno proseguir más hacia el centro de la calle. Se continúa separando la tierra, y al fin damos con un lecho continuo de rica calcárea. Y en esta capa de piedra encontramos, labrado rústicamente, un hueco o fosa antropoide rupestre, de un metro ochenta y cinco centímetros de longitud, y ochenta y tres centímetros de anchura, y que estaba cubierto imperfectamente con varias losetas irregulares. Inmediatamente me di cuenta de que se trataba de la sepultura que buscábamos—aun cuando tenía mis dudas de que hubiera aparecido como estaba, ya que unos años antes, al realizar los trabajos de la conducción de aguas, se habían hecho estallar barrenos en la proximidad. En presencia de todos los asistentes, separadas las losetas, se vió que la sepultura contenía los huesos de un esqueleto, muy cubiertos y mezclados con tierra, pero que estaban colocados ordenadamente, en el lugar que a cada cual corres-



Sitio de la Barranca Salada, donde cayó muerto César Borgia. Derecha: Lugar del atrio de la iglesia de Santa María de Viana, donde el día 13 de diciembre de 1953 se ha dado sepultura definitiva a los restos de César Borgia



pondía, excepto un fémur incompleto, que yacía desplazado hacia los pies. Aparte del esqueleto indicado—y no completo—, había numerosos fragmentos óseos, tres huesos más, que claramente se apreciaba no pertenecían al anterior, e incluso una «taba». Tampoco encontramos resto alguno de vestidos, armas o armadura.

Todos los huesos fueron extraídos cuidadosamente, pues su fragilidad era extrema. Tanto en unos como en otros se apreciaban verdaderos «desmoronamientos», con abundantes tumefacciones, principalmente de periostio, debidas todas ellas a excepción de una osteitis de húmero, a la acción del tiempo y del terreno.

#### HUELLA DE UNA HERIDA DE ARMA BLANCA

En escápula izquierda, incrustada de tierra, se observó un orificio oval, casi circular, situado inmediatamente por debajo del agujero nutricio del hueso y próximo al borde externo o axilar, de bordes muy bien precisados y con extremidades perfectamente marcadas, de dos centímetros de diámetro y correspondiente, según la técnica forense, a herida de arma blanca hecha en vida.

Desgraciadamente, y de una manera fortuita, poco después se deshizo entre las manos del navarro Onieva, sin que fuera posible reconstruirlo. Por lo que la fotografía y radiografía que aparecen en el informe son las correspondientes a su homónimo del lado opuesto.

Los huesos, estudiados en forma provisional por el momento, fueron colocados en una arqueta de madera, con hierros artísticamente repujados, por el doctor Juaristi, la que, cerrada con llave, fué conducida por el secretario de la Institución Príncipe de Viana al Archivo Provincial de Navarra, para, una vez verificado su estudio, ser devueltos a la ciudad de Viana. De todo ello se levantaron actas por los secretarios, que firmamos todos los presentes.

Comisionados por la mencionada Institución y por el Ayuntamiento de Viana, hicimos, en colaboración con Juaristi, un detenidísimo estudio de los restos, e incluso practiqué gran número de radiografías de los mismos, los que, además, fueron fotografiados. El informe fué publicado en el número 20 de la revista de la Institución. Con una nota aclaratoria, a mi petición, que se insertó en el número siguiente.

En número derecho, radiográficamente, se aprecia, a nivel de impresión deltoidea, una gran osteitis—hiperostosis—con retracción en el lado opuesto, lesión seguramente debida a una lúes secundaria padecida por el sujeto estudiado, en vida.

#### ALGUNAS COMPROBACIONES

Verificamos, en primer lugar, la comprobación de la edad. Y aun cuando, no existiendo más que huesos, resulta imposible obtener conclusiones exactas, sin embargo, el hecho que la primera vértebra sacra se encontrara soldada a la siguiente y que la osificación fuera completa en todos los huesos, y a que no existiera atrofia en los trozcos encontrados de bóveda craneal, nos permitió asegurar, después de un meticuloso estudio, tenía más de veinticinco años y



Retrato de César Borgia pintado por Rafael (Galería Boghese, de Roma)

era menor le cuarenta y cinco.

La determinación del sexo también ofreció dificultades, pues no apareció la pelvis completa ni tampoco cóndilos del occipital. Sin embargo, el aspecto de las apófisis mastoides de los temporales, las rugosidades y crestas óseas tan pronunciadas, el gran grosor del coxal y la característica incurvadura del sacro denotaba pertenecer todo ello al sexo masculino.

Teniendo en cuenta el estado de los huesos largos, no resultó nada fácil practicar la determinación de la talla. Para ello tuvimos que encontrar una media, después de realizar múltiples mediciones. Encontrando, siguiendo las tablas de Rollet, que los restos habían pertenecido a un individuo cuya talla en vida podía oscilar entre 1,71 y 1,73 m. Estatura verdaderamente elevada para la época aquella.

Todos los huesos pertenecientes al esqueleto estudiado fueron colocados y fijados, después de su examen, en cuatro planchas de madera, y colocados dentro de la caja y llevados a Viana, donde quedaron en custodia en el Ayuntamiento.

Retrato de César Borgia, atribuido al Giorgione, que se conserva en la Galería Boghese, de Roma

Se ha dicho con posterioridad por algunos que el hecho de haber huesos extraños podía inclinarse a una posible duda sobre la autenticidad de los restos. Quien así opine debe leer, entre otros, a Antony, sabio profesor de la Escuela de Antropología de París, el cual ha encontrado siempre restos extraños, incluso de animales, en toda sepultura que ha sido violada. Hallándolos hasta en la de los Reyes de Navarra, en la catedral de Lescar (Francia).





En otros muchos sitios, sobre todo en las proximidades de las iglesias, se han solido encontrar huesos sueltos no identificados, incluso de animales. Pero nunca se ha encontrado en tales lugares un esqueleto casi completo (y que deben completarle los numerosos fragmentos óseos hallados—, yacente en una excavación labrada en la roca viva, aislado y protegido por losetas, en singular aislamiento y sin señal alguna exterior de su presencia.

### LA REALIDAD, DE ACUERDO CON LA TRADICION Y LA HISTORIA

No nos cabía duda de que habíamos localizado los restos de César Borgia. La tradición y la Historia señalaban como lugar de enterramiento de los restos el trozo de calle de la rúa de Santa María situado enfrente de la portada plateresca de la iglesia de ese nombre. En el esqueleto allí encontrado aparecían dos lesiones evidentes: la primera, la que yo localicé al radiografiar el número derecho, de tipo probable o seguramente lúctico, posiblemente el primer documentográfico de esta clase de estigmas en huesos de mayor antigüedad, y que coincide, evidentemente, con las erupciones cutáneas, sífilides en placas y psoriasisiformes, alopecia y fiebre, todo ello de lúes secundaria, lo que ahora parece comprobarse, y que tantas discusiones ha promovido entre los historiadores. La segunda, la presencia en escápula izquierda de un orificio de arma blanca hecho en vida. Cuando la Historia nos dice que murió a consecuencia de un golpe de lanza, cuyo arma le penetró por la parte anterior de la hendidura de la armadura de la axila derecha, que le atravesó de parte a parte, doblando la cabeza y cayendo muerto, coincide, evidentemente, con esta lesión, mortal de necesidad y de óbito casi fulminante, ya que debió atravesar, además de ambos pulmones, algún gran vaso.

Atendidas todas esas circunstancias, y a pesar de ellas, los firmantes del informe opinábamos, en un exceso de escrupulosidad, que no había ningún dato que indubitavelmente identificara a una persona determinada. Que sus caracteres de sexo, edad, talla y herida de arma blanca en escá-

pula izquierda hecha en vida correspondían a un sujeto de las circunstancias corpóreas de César Borgia. Y que ni la fecha de la inhumación primera de este cuerpo (o sea, la de la muerte), ni la de la permanencia en el actual yacimiento se podían precisar. Pero sí se podía afirmar que su permanencia en la tierra no había sido menor de doscientos años.

O sea que nada de lo investigado se oponía a la tradicional afirmación de que los restos de César Borgia fuesen trasladados desde su sepulcro en la iglesia a aquel lugar, situado fuera de su recinto y del atrio.

Ocho años han permanecido los restos en el Ayuntamiento. Hasta que el ilustre general retirado del Ejército español don Francisco Becerra, historiador militar de Viana y actualmente alcalde de la ciudad, solicitó y obtuvo permiso del Obispado de Calahorra para que fueran enterrados decorosamente en el atrio de la iglesia de Santa María. En el trozo comprendido entre la portada plateresca de la misma y las escalerillas que dan acceso al atrio.

### RECIENTE INHUMACION DE LOS RESTOS DE CESAR

Por fin, y abonando de su peculio particular todos los gastos que se han originado, el mencionado general, a las cinco y media de la tarde del día 13 de diciembre del pasado año, han sido solemnemente inhumados los restos de César. Asistieron el Gobernador Militar de Navarra, general Amado Lóriga, que ostentaba la representación del Capitán General; Gobernador Civil señor Valero Bermejo; don Francisco de P. Monblanch, en representación de la Academia Borja y Centro Cultural Valenciano; don Vicente Giner, en representación del Ayuntamiento y Diputación valencianas; don Vicente Galbete, delegado de Educación Popular de Navarra; don Gonzalo Cederso, arquitecto vianés; Ayuntamiento en pleno, con el pendón de la ciudad y banda de música. Todo el clero parroquial, con su párroco, don Andrés Calvo; otras personalidades y numerosísimo público, y el autor de estas líneas.

Niños de las escuelas, con sus

maestros, llevaban la arqueta conteniendo los restos, laureles vianeses y flores valencianas. En la sepultura se puso tierra de la vieja casa de la ciudad de Valencia y una botella conteniendo copia del acta. La arqueta fué descendida por don Vicente Giner y por el autor. Sobre la sepultura se colocó la lápida del monumento a César, monumento que realizó y donó a Viana el doctor Juaristi, monumento hoy, desgraciadamente, desaparecido, y que dice así:

«César Borgia, generalísimo de los Ejércitos de Navarra y Pontíficos. Muerto en campos de Viana el 11 de marzo de MDVII.»

Se leyeron numerosos telegramas de adhesión, pronunciándose discursos por el firmante de este artículo, como investigador de los restos, representantes valencianos, alcalde y Gobernador Civil.

Y aquí va a yacer eternamente César Borgia. El personaje, como decía Juaristi, más apasionante de los albores del Renacimiento. Que por ser de familia española, que había dado a la Iglesia dos Papas y un santo, fué víctima de la leyenda negra antiespañola, que le atribuyó falsas monstruosidades y que fué pretexto de la más violenta campaña antiespañola y contrarcatólica, con Savonarola, con la Reforma, con la falsa Historia Universal, con la mala literatura romántica y hasta con el cine y el teatro.

Pero, en la actualidad, personas capacitadas y serenas han revisado el proceso mal enjuiciado de los Borgia y, a la luz de documentos irrefutables, han puesto en evidencia que la Iglesia no tiene por qué esconder a los Papas Calixto y Alejandro. Y que César era, como los grandes de su tiempo, hombre astuto, de pocos escrúpulos, pero un gran caudillo y un hábil político, y un gran príncipe en toda la extensión de la palabra. Esta obra de rehabilitación a la que León XIII invitó abriendo los archivos del Vaticano, ha sido cumplida en estos años por el norteamericano monseñor Ráo, archivero del Vaticano; Orestes Ferrara, Onieva y tantos otros, y a la que modestamente contribuimos.

Dr. Santiago BECERRA,  
Médico forense de Logroño

## ESPRONCEDA, HISTORIADOR

Con este título publica

### POESIA ESPAÑOLA

en su número 23, un interesante estudio de Fernando Díaz Plaia.

Suscríbese a

### POESIA ESPAÑOLA

Un número cada mes. Diez pesetas. Administración: Pinar, 5, Madrid.



# LA NARANJA ES REDONDA Y PESA COMO EL ORO



## VALENCIA, AUTENTICO DILU- VIO DE RIQUEZA

Ochocientas mil toneladas suma la producción naranjera :: Quinientas mil hanegadas de tierra, trece millones de árboles, más de quinientos exportadores y quince millones de cajas :: Total: miles de millones de pesetas cada temporada

AL atardecer las carreteras de Valencia se ponen imposibles. Es cosa de desear al viajero que no tenga realmente prisa. En plena recolección y embarque de naranjas, centenares de camiones, con sus luces de verbena sobre la cabina, se dirigen, interminable, ininterrumpida y nerviosamente, hacia los puertos de Gandía, Sagunto y El Grao. Lo mismo van en una dirección camiones llenos que vacíos. Cada exportador tiene su día de embarque, y los hay que suben y otros que bajan, pero todos arrastrados por la misma urgencia. Es como una orden de movilización forzosa y entusiasta que electriza a toda la región, y nada hay por las carreteras valencianas tan apremiante como el paso de estos vehículos, que parecen almacenes rodantes. Ni coche funerario ni coche deportista puede sentir la necesidad de ir más a prisa que ellos. Y tienen las carreteras durante la temporada cierto aire delirante de romería agraria y comercial.

Para darse cuenta de lo que es

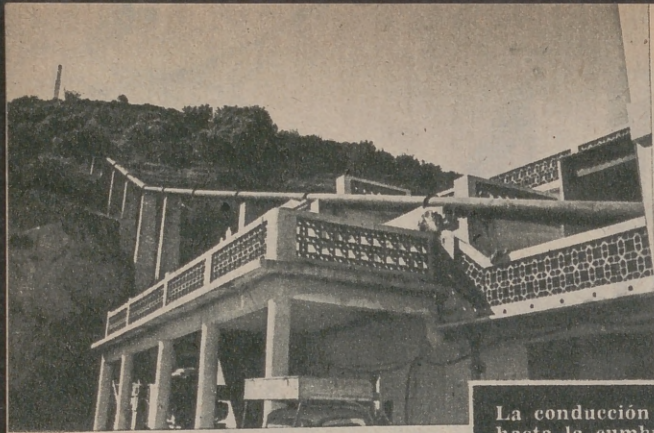
Valencia en materia de naranja habrá que decir, para empezar, que si el resto de España tiene dedicadas al cultivo de la naranja de quinientas veinte a quinientas treinta mil hanegadas de tierra, Valencia tiene ella sola de quinientas a quinientas diez mil, es decir, casi el cincuenta por ciento de la extensión total. Lo cual significa también que si llevamos cinco reportajes rodando tras la naranja, a Valencia tendríamos que dedicarle hoy todo el número de EL ESPAÑOL. Sabiendo esto hemos querido empezar por lo poco, y fuimos de lo pequeño a lo grande para sumergirnos en las cifras y en el espectáculo de la exportación naranjera valenciana, y en el delirio abrumador de su huerta con cierto entrenamiento que pudiera prepararnos para resistir el martillazo de los números de ocho y de más cifras y la grandeza de este fenómeno agrícola y comercial. Hubo lugares en que nos enseñaron y contemplamos un huerto de naranjos con cierto embobamiento, como quien contem-

pla un loro que hablase en hebreo; pero ante estas planicies como mares perfumados, en los que cada naranja es como un pecillo de los cientos de miles de millones de peces que dicen que tiene el mar, uno se queda sobrecogido y turulado y sin saber qué escribir.

### BELLEZA Y OPULENCIA DE LA HUERTA

A nadie le fastidian las cifras más que a un servidor. Pero las cifras son muy importantes, según dicen los técnicos en cifras. Por mi parte, ante Valencia me rindo. No he podido encontrar otra forma de expresión más elocuente que las cifras. La huerta valenciana es un espectáculo sorprendente. Uno intenta describirla y acaba recurriendo al número de hanegadas, de toneladas, de árboles, de kilos, de millones de pesetas. Y uno se queda así un poco más tranquilo, creyendo que sólo las cifras astronómicas pueden llevar al lector—sobre todo al que ha visto los naranjos sólo como adorno en un jardín—idea un poco clara de lo que es la huerta.





La conducción de agua sube hasta la cumbre de la huerta para el riego de los naranjos.—Un huertano fumiga los árboles con D. D. T.

Aun así, para quien no haya visto este paisaje de «cañas y barro», para quien no haya pasado por Carcagente, Alcira o Algemés; para quien no sepa lo que es tierra sedienta regada a golpe de reloj y que a cada uno de estos huertos hay que cuidarlo como a un niño; para quien no se haya hundido en el sendero inextricable de la huerta no podrá nunca apreciar suficientemente lo que supone de esfuerzo humano y de fenómeno agrícola.

Una hanegada de tierra en la huerta creo que vale ante notario unas veinte mil pesetas (y dicen que siempre se pone algo menos para engañar a esos señores de la Hacienda); pero lo que no tiene precio es el duelo colectivo y centenario entablado con la Naturaleza, que ha hecho subir el agua a los castillos para hacerla descender a huertos parcelados y permitir que cientos de miles de personas vivan de este milagro.

La huerta de Valencia es única e inenarrable. Cada huerto es un jardín y cada acequia es una mina. Alrededor de cada pueblo naranjero han ido creciendo con los pies de cada árbol la belleza y la opulencia, que permiten a estos pueblos valencianos una vida desahogada y feliz, casi como de niño en opulento regazo materno.

De estos huertos tupidos cada uno tendrá su genealogía, su infancia y su madurez. Pero a todos iguala el brillo intenso de las hojas, el aroma del azúcar y el esplendor de los frutos. En el viajero desacostumbrado esta monótona y fantástica abundancia acaba por darle la sensación de que las naranjas vuelan por el aire, de que ya todo es naranja en Valencia: hasta las calles, hasta la luna, hasta el mar

#### LO QUE EL NARANJO DA A LA ECONOMIA ESPAÑOLA

Dejando aparte las divisas, entrada gorda en la economía nacional, procedentes de la naranja, hay un chorreo constante de otros ingresos que podíamos llamar *menudos* si no fuera que cada uno de ellos representa un puñado de millones.

Cada hanegada tiene una contribución directa a la economía nacional creo que de unas 175 pesetas por hanegada, aparte los recargos municipales y provinciales. Quiere decir que por este concepto el naranjo de Valencia viene a reportar al Estado la friolera de 88.000.000 de pesetas anuales. Aparte está la Cámara Oficial Agraria y Plagas, que se llevan tres millones de pesetas. Seguros del campo, por ejemplo, re-

ciben 17,50 pesetas por hanegada. Las cargas que tienen los naranjales por el Sindicato Rural, es decir, para riegos, caminos, estiaje, etc., son de unas 50 pesetas por hanegada, lo cual suma otros 25.000.000 más, que puede decirse que van «al bote». Aun hay que contar con el canon sindical, de cuya obra social hablaremos después, que cobra un céntimo por kilo de naranja, muy poco, pero que, sin embargo, asciende «solamente» a unos siete millones de pesetas.

A pesar de todo esto, la naranja produce a la región valenciana una prosperidad que se respira en el ambiente. Los jornales, por ejemplo, que son la defensa y medio de vida del que no tiene huerto, necesitando unos quince jornales de cultivo cada hanegada, a un promedio de 50 pesetas que se suele pagar por cada jornal, da un total nada menos que de 375.000.000 de pesetas que la huerta reparte entre los que viven a su alrededor sólo como proletarios de ella.

#### PERO AUN HAY MAS

La manipulación de la naranja, recogida, limpieza, selección, empaquetado, etc., suma la minucia de 80.500.000 pesetas. Luego viene el acarreo, que hacen pesetas 74.500.000. Unas 4,45 pesetas cuesta solamente la labor de carpintería de cada caja-envase, o sea unos 66.750.000 pesetas. El transporte del almacén al puerto —sin olvidar que una gran cantidad de naranja valenciana se transporta a granel por carretera a distintos países de Europa, como Francia, Suiza, Alemania— sube a 57.200.000 pesetas. En los gastos de envase hay que incluir solamente 150.000.000 de pesetas de madera, que se reparten casi totalmente Galicia y Palma, por las 10 pesetas que cuesta la madera de cada caja de los quince millones de cajas que se consumen en una temporada. Aun hay que contar con el papel para el empaquetado, que no crean ustedes que es una tontería, pues son unas treinta y siete mil bobinas, a 2.000 pesetas, que hacen, si las matemáticas no mienten, 74.000.000 de pesetas, con que se benefician las papeleras de toda España. Y de clavos, solamente de clavos, ¿cuánto creen ustedes que se gasta? Muy poco; solamente 12.500.000 pesetas. Y no crean que con esto de los clavos hemos remachado ya las últimas cifras gordas. Tendríamos que añadir aquí lo que cuesta el celofán, las puntillas, el timbrado

del papel, los cromos, marcas, flejes, etc. Pero nos cansamos de escribir cerros, y ustedes seguramente de leerlos. Baste decir que en Valencia tienen fama más de quince casas, que hacen verdaderos alardes tipográficos en esto de marcas, cromos, etc.

Tampoco hemos hablado, y podríamos hacerlo con datos dignos de tenerse en cuenta, de lo que se consume en abonos, fumigación, pulverización de los árboles, etcétera.

Todo esto puesto en cifras, aunque resulte pesado, aun resulta pobre para quien no haya visto las carreteras de Valencia y esos almacenes con puertas de cochera y espléndida iluminación, como de capilla en fiesta mayor, en pleno ajetreo de actividad exportadora. Durante varios meses todos los pueblos naranjeros tienen a sus mujeres y a sus hombres ocupados en una u otra de las distintas tareas que la naranja requiere antes de llegar a encontrarse perfectamente instalada en las bodegas del barco.

#### POR TIERRA Y MAR

Los vagones que salen de Valencia hasta la frontera llegan casi a los 38.000 cada temporada, con unas 500.000 toneladas de naranjas, lo cual equivale para la R. E. N. F. E. a unos 74 millones de pesetas de ingreso.

Por mar suelen salir unos diez millones de cajas. Solamente del puerto del Grao salen unos seis millones, con un movimiento de unos 500 barcos de bandera extranjera y unos 50 españoles por temporada.

Por tierra salen principalmente hacia Francia (107.217.194 kilogramos en la campaña 1952-53), Alemania (81.918.659 kilogramos, 1952-53), Bélgica (27.582.348 kilogramos en la misma campaña); siguen Suiza, Inglaterra, Austria, Suecia, El Sarre, Luxemburgo, Dinamarca, etc.

Por vía marítima está a la cabeza Alemania con 151.136.641 kilogramos en la misma campaña 1952-53; hacia Inglaterra han salido por mar 91.985.923 kilogramos; hacia Francia, 42.554.820 kilogramos; hacia Holanda, 38.779.030 kilogramos; hacia Noruega, 28.311.780 kilogramos; hacia Suecia, 27.024.362. Siguen Bélgica, Dinamarca, Finlandia, Austria, Irlanda, Islandia, Canadá, etcétera. A todas las latitudes de la tierra y a todos los climas llegan las empaquetadas y sabrosas naranjas de la huerta valenciana.

#### VALENCIA, LA TERCERA CAPITAL DE ESPAÑA

Este intenso tráfico y el desbordante crecimiento de la po-





La manipulación de la naranja, recogida, limpieza, selección y empaquetado, suma la minucia de 80.500.000 pesetas

blación—en treinta años el censo se ha duplicado—es lo que hace que Valencia sea una ciudad, de trabajos tránsito y de problemas municipales de envergadura colosal. Valencia se está procurando amplias avenidas bellísimamente emplazadas; pero tiene sobre el tablero el gran conflicto de servir de enlace y salida obligada a todos los productos agrícolas e industriales de las feracísimas comarcas de Murcia, Orihuela, Játiva, que por el ferrocarril de la costa buscan la frontera francesa. Al mismo tiempo, todo el tráfico que se dirige al sur de la Península desde Cataluña tiene también que atravesar Valencia de parte a parte. Ya esto sería bastante, pero hay más: las líneas de Aragón, la meseta y La Mancha, que buscan salida por el puerto más próximo al centro, convergen en Valencia. La ciudad de Valencia ha ido por ello montándose sobre una especie de esqueleto radiado de vías férreas. La ciudad se propaga en rectas calles que buscan, por un lado, el mar, y por otro, la huerta. Pero las barreras y los pasos a nivel mantienen a esta ciudad en constante embotellamiento. Hay que conocer la comarca, que se vierte sobre la capital en impresionantes riadas humanas y de mercancías para darse cuenta del gran problema que esto supone.

#### EN VIAS DE SOLUCION

El actual Alcalde, don Baltasar Rull, vivaz e inteligente castellanense, se ha encarado decididamente con la difícil papeleta. Pero la cosa no es para ser emprendida solamente por el Municipio, ni siquiera por el Estado. Urge la colaboración de ambos, y también de la R. E. N. F. E. Al parecer, las cosas van por buen camino. El asunto es de esos que entusiasman al Ministro de Obras Públicas, conde de Vallpellano, quien gravita ya sobre su resolución.

#### ATENCION A VALENCIA

Cuando hemos repasado las estadísticas de exportación de las treinta y tantas firmas que tienen aquí las industrias derivadas de los agrios, y se ven, por ejemplo, los cientos de millares de kilogramos que salen de zumo natural, de concentrados de naranja, limón y pomelo, de aceites esenciales, de pulpas para piensos, de cortezas frescas, de hojas de naranjo, e incluso de pétalos de azahar—unos 7.000 kilos de ligeros y clorosos pétalos que se convertirán fuera en caprichosos pomos de esencia—; cuando se examina despacio el balance de las Ferias de Muestras de España, en las que Valencia lleva

treinta y tres años haciendo el papel de plaza fuerte y mercado maravilloso, se da uno cuenta de que a esta región la vitalidad y la riqueza no le han nacido de modo espontáneo, sino que son el resultado de un acierto legendario en tratar la tierra y de una eficacia mercantil innata en sus habitantes.

Muchos españoles no conocen de Valencia más que la explosión polvorosa y ruidosa de las fallas y sus batallas de flores, o a lo más los cuadros coloristas de bellas mujeres vestidas con trajes típicos. (Y ya que hablamos de turismo diré que me ha extrañado mucho que teniendo Valencia, para la exhibición, joyas tan sugestivas como el Santo Grial, uno de los primeros motivos de devoción para la Cristiandad, y unos preciosos jardines que, imitados en chico en otras ciudades, producen el pasmo, no esté la ciudad aún más surtida de alojamientos «ad hoc».)

Pero Valencia es, además de la tercera capital de España, una ciudad monumental y artística de primera categoría, con un clima delicioso y un paisaje que, a fuerza de loa y ditirambo, ya resulta difícil de ensalzar.

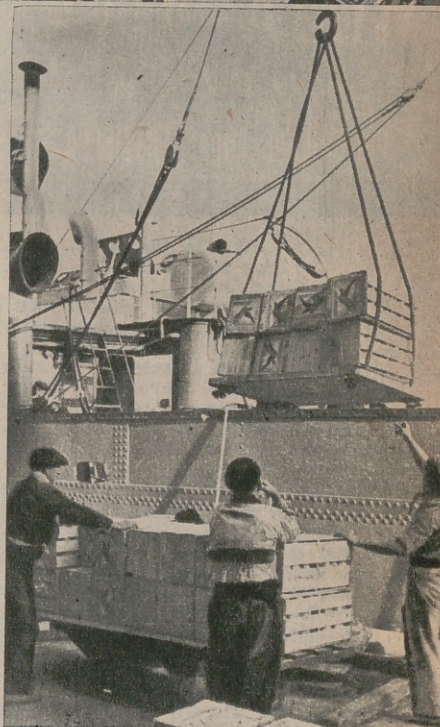
#### LA NARANJA. BASE DE UNA ASISTENCIA SOCIAL EJEMPLAR

La naranja no sólo contiene una rica proporción de vitaminas—«Coma usted naranja y disfrutará de buena salud», dice la estampilla del mata sellos de Murcia—, sino que en Valencia es la base de una red de asistencia social verdaderamente ejemplar. Hay guarderías infantiles modelo en los pueblos de Alcira, Algemesí, Burriana, Faura y Gandia sostenidas exclusivamente por el fondo que la naranja deja el canon sindical. Unos 550 niños están acogidos en estas guarderías.

También durante el verano unas 800 productoras, en cinco turnos de quince días, reciben gratuitamente albergue en Altea, Benicasim y Chelva. En estos albergues, las muchachas que han manipulado la naranja durante la temporada disfrutan de todas las delicias de un verano completo gracias a ese chorreo de bienestar y de regalo que la naranja va dejando a lo largo de su rodamiento del naranjo al embarcadero.

#### ELOGIO DEL CURA MONZO

Fué el sacerdote don Vicente Monzó Vidal, cura de Carcagente,



Del puerto de Valencia salen barcos fruteros con toneladas de naranjas para distintos países de Europa, como Francia, Suiza, Alemania y otros más

te, quien sacó la naranja de los jardines de un convento y creó el primer batallón de naranjos que tantas victorias económicas habían de dar al Tesoro. No sé yo si en esto habrá más de leyenda que de historia, pero dícese que, recién llegado a Carcagente el padre Monzó, viendo que la cría del gusano de seda iba de capa caída, tuvo la intuición de que la naranja pesaba como el oro y era redonda para rodar por el mundo. Como a todos los personajes históricos, se le atribuye una frase famosa: «He aquí el fruto del porvenir», dijo allá por 1792. Y ayudado por un farmacéutico y un terrateniente, comenzó a perforar la tierra e instalar norias. Los pies de limonero injertados de naranjo dulce dicen que fueron el fundamento de esta portentosa transformación que se ha operado en toda la ribera de Valencia.

Y es que donde hay un naranjo hay ciento. Y el que prueba la naranja repite. Por aquí empezó todo. Empezó la riqueza de la región valenciana, la magnificencia de su huerta y hasta la belleza del cutis de sus mujeres.

Jc.é Luis CASTILLO PUCHE

(Enviado especial)

(Fotos Cortina y Fineza.)



# EL CASTAÑO DE LA PLAZA TIENE UNA HOJA VIVA

NOVELA

Por Miguel Angel CASTIELLA



Historia que es de Lolita. Ella sabe por qué. Dios lo que es del Angel, y el César lo de don Juan March.

La ancianita se sentó en un sillón que desentona con los otros muebles remilgados. Lo arriñó vecino a la ancha ventana y hundió en las faldas verdes de la mesa de camilla las suyas crujendo en el apresto. Revolvía Casilda, la sobrina, en el hondo secreto del paño tahur, el brasero con una badila chata. Se puso luego en pie la moza garañona y, cerrando la puerta de la sala, salió sin decir oste.

Doña María Eulalia, sola, desplegó el periódico de Este a Oeste. Alcanzó las gafas embutidas en una gamuza. Las caló parsimoniosa en las orejas y, por la letra de imprenta, buscó el santoral.

Volvió a entrar la sobrina. Casilda traía en una mano las zapatillas de la tía y en la otra un plano cesto de mimbre redondo con una bola de lana banderilleada de las agujas para hacer punto. Dejando el cesto, se arrodilló, cambiando el calzado de la ancianita, que levantaba la vista a la ventana.

El día gris entraba por los cristales, que se empañaban en la luz escasa de la mañana. En los lentes de doña María Eulalia se apagaba el paso de las pocas personas que atravesaban la calle.

De pronto, sorprendida, doña María Eulalia se creyó atravesada de un río nuevo. Alentó la esperanza de haber visto mal. Quitó las gafas. Pues, no. Serían novios. «¡Descarados! ¡Habrás visto! ¡Qué desvergüenza, Señor!... ¡Pues no la había besado?... Y vendrían de misa. De la misma misa que ella. ¡La vela al diablo!... ¡Gorrinos, más que...! Vivir para ver. Si esto ocurre en mi tiempo... Primero, que no ocurre.»

La viejita los está viendo y no quiere creerlo. El chico tiene una mano de la muchacha cogida entre las suyas. Ella, la muy descarada, le deja hacer con gozo y ríe, como si nada. «Y será de la casa. No le importa ni que la vea la familia. ¡Jesús!»

La anciana se tranquiliza un tanto cuando asegura que no vive en su propia casa. «La desocada se ha quitado el guante. ¡tiene la mano desnuda!» El muchacho la ha vuelto a besar. «Demonio, cómo aprieta.» Las piernas de doña María Eulalia están rígidas, rebeldes, en el escándalo. Va a levantarse, a llamarles frescos desde la ventana. Le invade una obarde tolerancia. La anciana sabe que está siendo cobarde. «¿Y qué?...» Por su memoria, cada vez más difusa—«¡Si no se acuerda nunca del nombre de esa señora, la del catarro!»—, atraviesa fugaz el recuerdo, como un feto amarillo y rugoso de pétalos, de esos capullos que nacen muertos en las rosaledas. A doña María Eulalia no la besaron nunca. Que ella recuerde. «Que aprovechen. Hacen bien. Es la edad. Que no se muesten antes de quemarse en el sol... ¡Ave María Purísima, qué disparate! ¡Soy una loca! ¡Me creo que tengo veinte años!... ¡Siempre, siempre he sido una locatis! ¡Dios me perdone! ¡Y tan temprano! El mundo del pecado ya no es el mismo tampoco.»

Doña María Eulalia se arruga viéndoles marchar fuera del encuadre de la calle helada. Casilda, que ha vuelto a salir, retorna con una bandeja. La an-

ciana mira a la sobrina con un reproche paciente.

—Vuelvo a decirte, Casilda, que guardes el desayuno hasta que pase Chito...

—¿Y si no pasa Chito?...—reclama la moza seca, engallándose.

—Si no pasa, guardas la mermelada hasta que venga. La mermelada no se pasa.

Casilda se estira al retirarse con el desayuno. La puerta ha vuelto a cerrarse con un ruido rotundo.

Doña María Eulalia ha vuelto a calar las gafas en sus ojos azules. Por un momento bisbea el santoral. Luego, de propina, reza un padrenuestro al santo del día. En el amén toma el tranco, recorriendo los titulares del diario. «¿Gobernará aún el herejote de Lerroux?» De tarde en tarde, la anciana siente una especie de opresión y, con ella, la necesidad de leer el periódico. Lee los titulares, y aun no todos. Doña María Eulalia no supo nunca nada de la política y muy pocas cosas del mundo. Sólo ha sabido, de antiguo, espeluznantes historias de los jóvenes bárbaros. Acaso por esto doña María Eulalia se encuentre tan bien conservada a sus setenta años cumplidos.

Se ha detenido al final de una página. Ha leído mal. Vuelve a leer: «Anciano atropellado por un coche de caballos» («¡Corren como unos locos! Yo no sé cómo no hay más desgracias. ¿Será muy viejecito?...») A lo mejor es de su edad. «¿Quién sabe?» «Madrid, 17.—Al salir de la librería... («Como Dato, como Dato!... ¡No! ¡Como Cánovas del Castillo, es!...)... e intentar atravesar la calzada, un anciano, que resultó llamarse don Serafín Romaguera, funcionario jubilado de Hacienda, de sesenta...») («¡Dios mío!... ¡Si es él!... ¡Qué ahogo, Señor! ¡No puede ser!»).

Oscura, vuelve a leer de nuevo, agitada, temblando. La vida es capaz de reservar sorpresas hasta última hora. Las palabras, posponiéndose, se atropellan. Crece la voz cascadita de doña María Eulalia.

—«... un anciano... Don Serafín Romaguera... jubilado de Hacienda...») («Es él, no cabe duda. ¡Qué miserias, Señor! ¡Aún vive!... ¡Si no debiera salir de casa! ¡Esa Madrid de perdición!») «... en el Dispensario de Universidad... apreciándosele fractura...»

El pecho de naranja seca de la anciana se atropella convulso. Se le daba el corazón. El vahido en la Iglesia. Se lo estaba diciendo su corazón acatarrado y viejo, acartonado, húmedo en inhalaciones de eucaliptos.

Doña María Eulalia ha abandonado el periódico sobre la madeja de lana. La viejecita no recuerda que le repugnan los periódicos encima de la labor, que soban la lana y dejan en las telas que farran el mimbre pelusas sucias.

Apoyándose con los brazos en la mesa, se levanta con esfuerzo. Ya no están los novios en la acera de enfrente. Agil—«Si está hecha una moza...», le ha dicho el portero—, rápida, de la mesa de camilla va a la del comedor. Asegurándose en el trinchante, alcanza la puerta. Sale al pasillo y quiere llamar. Se enronquece su voz llena de grietas. Repite sin que se haya perdido el eco de las otras palabras en el pasillo.

La llamada de doña María Eulalia, aquellas su palabras llenas de rozaduras, se ha fundido entera en la carne joven de la memoria. El alma, su alma insignificante de ancestral virgen inútil, acrucada bajo el apresto rígido del vestido negro, sobrándose de repente por sus setenta años cumplidos, se ha roto en pedruzcos, distantes, separados de goteras, por donde rezuma un llanto silancioso y lento como la esperma de una bujía.

\*\*\*

Con la pierna estirada—como el lector había prescrito—, acostaba don Serafín medio cuerpo en la tumbona correosa de almohadones. El puñado de arrugas y canas cenicientas que era se crispaban en el viejo. Se condenaba en aquella inmovilidad, injuriándose, sobre todo en lo que atañía a los prohibidos paseos por las mañanas tibias del Retiro.

Desde Recletos ascendía la procesionaria de tranvías desencuadrados, arrastrando hasta el anciano la rabia de los días perdidos en el encierro. Le abrasaba el pellicco del hueso roto y le decía, con espanto, que una ventana de cuarto piso, la de su piso de soltero viejo, fuera el único horizonte en su convalecencia.

Hasta la renegada de Leocadia, la portera, que le era asistente, y enfermera, y amigo, desde que lo veía impotente, procuraba quemarle la sangre. Algunos momentos estaba a punto de bramar desesperado. Entonces buscaba las ramas peladas del castaño de la plaza hociqueando en los hierros del balcón.

Porque allí estaba la única caricia de don Serafín. Una única hoja, en toda la desnuda geología del árbol, le daba, desde tiempo atrás, ilusión para seguir, mansamente, atado al carro de la vida.

Cuando la barbarie de su dolor se hacía insupportable, don Serafín, sesenta y ocho años, licenciado en Derecho, ex soldado de la U. P. E., ex suscriptor de «El Debate», funcionario jubilado de Hacienda, se pacificaba en la música de la hoja viva, única, sobre el cementerio de asfalto de la plaza. Y era la terquedad de la permanencia, más que la hoja misma, la medicina que mejor calmaba al viejo.

Aquel maldito simón había hecho al de la Hacienda un daño irreparable. Lo menos importante era la pierna rota. Con otra, nuevo. Las dos hubiera puesto a gusto bajo las pezuñas del encenque caballo, en la homicida llanta del carruaje, a cambio de poder salir de casa, de corretear por la soleada invernal de su Madrid, funcionario en jubilación forzosa. Encendido de prisas, le consumía no poder bajar las escaleras y maldecía el astroso cacharro origen de tantos rencores.

Para poca cosa le servían sus dos piernas, tan estropeadas y blandas, que una tercera, y definitivamente sana, venía siendo, desde un largo tiempo atrás, su caña de bambú de ennegrecida contra y pomo de plata.

El tiempo pasaba inútilmente, se estaba convirtiendo hace unas horas. No servía para el olvido, ¿para qué servía entonces? En su mano estrujaba un papel ancho de letra generosa y débil. El tiempo no había domesticado su hirsuto sentido del

honor ni la razón de sesenta y ocho años, y oportunidades había tenido. Ni había doblado su vertical y altiva columna vertebral. Había sido inútil hasta para barrer el lento y estúpido transporte de los coches de caballos coronados de somnolientos faetones. Los autos, por lo menos, sin caminar suficientemente de prisa, cuando atropellaban lo hacían de una vez para siempre. «¡En brazos del hijo de la portera! De la cama, a la tumbona; desde la tumbona, junto al balcón, postrera y exigua libertad, sintiendo, para más inri, la vida encarcelada, y a la cama otra vez. Y ahora, cuando el tiempo aprieta; cuando hay que correr, andar, cifatear para no perder olor. Porque no se sabe...»

Don Serafín abrió el puño. La carta, en la palma de su mano, se recobraba plana, desperezada, enseñando su floja entretela. Lo mejor sería no volver a leerla. «¡Santo Tomás, una y no más!» (Tenía el pelo rubio, los ojos azules, o verdes; el pelo se partía en dos largas trenzas, encintadas azules en los extremos, sobre el pecho.) «Ella había sido la culpable.» La vista del anciano rastrelló la escritura.

—¡Leocadia!...

Chismorrearía en el patio de luces. Pregonando su quebrantura, como si la hubiera visto, para que todos supieran su torpeza.

—¡Leo!...—repetió con más alto tono.

Cuarenta años sin saber nada de ella. Y ahora escribía una carta para dolerse. «Esto te ocurre por ser tan soberbio.» Esto es lo que quería decir la carta.

La portera, remangada, reclavando horquillas en el pelo suelto, secando la mano húmeda del fregote por el puercio delantal, entró en la sala. Don Serafín volvió el rostro.

—Matías está en la calle—dijo la mujer, desabrida—. ¿Como no quiera que lo lleve yo?...

Una mirada vivísima de odio, se clavó desde el hombre en la diámana de la portera. «Como a un niño, como a un mocoso. En brazos...» Encima, esta sucia menegilda bromeaba.

—¡Sólo quiero que dé la luz! ¡Y que se marche!...

Se encendió la lámpara.

—¡Hijo!...—quejó la portera, alejándose.

Cuando el anciano oyó cerrar la puerta, alisó la carta. Aún tuvo una duda.

—«A los treinta y cuatro años sin noticias, me entero, casualmente, y con horror, créame, de la desgracia lamentable que usted ha sufrido. Y aunque siempre dió motivos a mi silencio, pues la esperada buena amistad que me prometió entonces no me trajo noticia alguna, María Eulalia es distinta, le escribe, temblando que sea más—¡y Dios no lo quiera!—que lo que entiendo en la noticia del periódico...»

«Eso dice. Lo que hay es que sigue siendo tan coqueta como siempre.» Hace memoria en la edad. «No es capaz. Serafín, sí. Treinta y cuatro años, día a día, intentando olvidarla, que es el más puro recuerdo.» Vuelve al papel.





—«... y que no le falte mi compañía, aunque, le supongo rodeado de familia, de hijos y le nietos, y no la necesite, y mi consuelo resulta innecesario, si no molesto...»

«Bien apuntado, ¡caramba! En sus manos le hubiera hecho un dominguillo. ¡La!... ¡Oquesta y falsa! ¡Maldita lealtad! ¡Cien veces se hubiera casado, y, mira, para esto, para aguantar suposiciones de esta índole! Mala índole. ¡Ni una ama de llaves había consentido en su casa!»

Al anciano le quebra la cabeza un mal pensamiento. Agarraría el bastón, la emprendería con las sillas, con los cuadros, con la portera y su hijo Matías cuando subiera a presumir de forzudo llevándolo en brazos a la cama; con el médico, un bruto que hace durar las heridas para seguir molestando con sus toquinosos, jeringando con su presencia de lechuza agria. «¿Qué se habría creído? ¿Que era de la misma pasta que ella?... Llena de criaturas estaría. Hasta por el corso se sobraría de chiquillos. Habría usado una docena de amas secas. Y... ¿sería aquel pollo el marido?...»

—«... no deje de anunciarme—siguió leyendo don Serafín—, si su orgullo se lo permite, su mejoría, que será, a la vez, la de mi salud, quebrantada ahora de preocupaciones. Su buena amiga, que no ha dejado de serlo, María Eulalia.»

Don Serafín descansó el brazo, y la misiva en él, en su cuerpo horizontal. Del techo lleno de cal colgó la vista. No sabía qué decisión tomar. Lo más propio sería dictar a Matías una contestación breve. Simplemente informativa. Ni siquiera tranquilizadora. ¿Para qué? «Agua que no ha de beber... Si escribe de su puño y letra se presta a interpretaciones lejos de ser ciertas. «¿Estará arrepentida?» «¡Claro! ¡No ha de estarlo!» Si era algo verdad entre todo lo que pretendía, entonces, tenía que estar mordida de reproches. ¡No lo estaba él mismo teniendo la única razón que había decidido treinta y cuatro años a la espalda? Toda la razón. No deja de ser intolerable sufrir a su prometida, un mes antes de la boda, hablando como si tal cosa con aquel pollo de la Marina. ¡No quitaba ni un punto! Ciertamente que él había llegado tarde a la fiesta! Aquí es donde se agarraba ella. Que a los primeros reniegos la hubiera dejado con sus padres. Y si él, el «pollo», la había hablado, ella le había contestado. «¿Sería su marido? ¿Tendrían muchos hijos? ¡No era ningún disparate! Venía de buena raza. Ocho hermanos había tenido, y ella, la pequeña, nueve.» El anciano se estragaba soliviantado de celos. «Y él, Serafín, se había apartado junto al piano. ¿Qué, ¿era que, encima, hubiera ido y le hubiera dicho al galán de los entorchados: —Joven, esta señorita es mi novia, pero, mientras yo admiro a aquel loro que está tocando la mazorca, se la dejo...? Sería capaz de negar que había consentido en el palique con el «almirante». ¡Para darle celos! ¡Para dar celos no se pierde la honestidad! ¡Y con él, ni entonces ni ahora se jugaba!...»

Un rayo de ira le recorría el cuerpo. Al pasar por la pierna rota, el hueso astillado pelizó largo y furioso.

—¡Leocadia!...—volvió a llamar, descompuesto.

—¿Cómo le diría que el Matías no ha subido aún, y que tié pa rato?...—renegó la portera en el pasillo, perdiendo la paciencia.

Así como así, la mujer era difícil de fulminar. Pero el viejo, que se iba los ojos ajiborrados de sangre morada, no se daba por vencido sin intentarlo.

—¿Por qué no se morderá la lengua de una vez?

—¿Por qué no se la llevarán esos demonios para siempre? ¿Por qué no deja de pensar y no dirá idioteces?—bramaba el viejo, y, sin poder contenerse, escupió:

—¡Vieja lagarta!...

—¡Viejo cursi!...—replicó la portera, desmandada—. ¡Cascarrabias!

—¡Traiga papel de escribir!—cortó el anciano.

Mascando unos reniegos, Leocadia buscó en un cajón del escritorio y trajo recado, un tintero y una vieja pluma de ave coloreada de fuchina violeta desvaída en rosa que galleaba en una escribanía antigua de estaño remilgado.

Sin preocuparse de más, don Serafín se dispuso a escribir sobre el cartapacio. «No quería dictar. Era una bellaquería. ¡Pues buena la iba a hacer! María Eulalia notaría el despecho. ¿El, despechado?... ¡Si ella supiera el favor!...» Con la seda coloreada de la pluma acarició pensativo la barbilla. Empezó a dibujarse, cautelosa, cuidadosamente terminada, la letra, una letra redonda y ancha, honda y rigurosa.

—«Estimada señora: No salgo de sorpresa en sorpresa. Días atrás atropella un carruaje, tirado

por un jameigo flaco, y ciego probablemente, mi alerta y serena humanidad. Cuando era lógico que cualquier terciado viento hubiera dado con mis huesos en mejor vida, hete ahí que la máquina de la muerte no acaba de fabricarla para mí. Y, de sorpresa en sorpresa, asimismo, llega su atenta carta, señora, que, reconozcámoslo, después de treinta y cuatro años desconociéndome, resulta insólita...»

Leocadia le miraba hacer, remangados los brazos, descansada su espalda en la mesa del despacho, infantilmente alborozada a cada movimiento del anciano, satisfecha en cada giro del cuerpo que le hacía doler la pierna rota.

—Supongo que escribirá su testamento. ¡Además de ser un chapucero, es un caguetas!

Despachada a gusto, Leocadia llegó con garbo a la puerta. Allí se volvió. Como nunca lo había sentido, don Serafín se hallaba burlado, ridículo, impotente, padecido. Aplastaría la pluma, lanzaría el tintero, algo que hiciera daño, a la cara simiesca de la asistente...

La mujer sacó al escaparate la lengua empolvada de malas digestiones y, con saña, cerró la puerta.

El anciano permaneció atónico, fijo en la puerta que acababa de cerrarse. «¡Se necesitará desvergüenza!» Leocadia chocheaba, se dijo. Suspiró y siguió escribiendo.

\* \* \*

Remisa y distante fué la correspondencia al principio. El ex funcionario de Hacienda mantenía un tono erguido y severo, pero, en el castillo desgarrado de su interior guardaban los rincones ecos secretos y sangrientos de su impaciencia.

Había vuelto a sus paseos, cumplidos los cuarenta y cinco días de escayolado. El doctor le diría que los tomara con calma, que la vida era larga y aburrida. Pero el anciano, que no renunciaba a sus correrías callejeras, salía como en fuga, y, como ahora le faltaba algo también si no regresaba a casa, Leocadia le veía volver sofocado, entrar rápidamente en el escritorio y, desde la ventana de la habitación contigua, donde acostumbraba a espiar las misteriosas maniobras del viejecito, podía verle a menudo leer las cartas que, con sospechosa frecuencia, llegaban desde Barcelona. «Habrá que tener cuidado. Me da un tuflillo a la nariz, que me parece que el abuelo es un Landrú», se prometía, seriamente, la portera. Doce años, desde los primeros reumas, hacía que cuidaba al anciano, y no le había visto ni un mal movimiento, si es que el genio no contaba. Y él, que Leocadia lo supiera, no contestaba a ninguna de aquellas cartas, por lo que dió en pensar que sería algún sablista que le quería sacar la manteca. Por eso, por ver rabiar, que rababa leyendo aquellas esquelas, por ver asustado al anciano, no se perdía una detrás de las persianas de madera del dormitorio.

Muchos días la mujer tiraba de la lengua al viejo.

—¡Se le va a nublar, don Serafín!...—le decía.

—Esto no se cura con prisas...—se disculpaba el anciano de tarde en tarde— Por lo menos, eso dice el medicucho del cuerno. Reposo..., reposo... ¡No sabe decir otra cosa!

Y había llegado a no salir de casa durante días enteros. Hasta que recibía otra carta y volvía a los pasos. «Debe tener miedo. ¡Si no falla! Un sablista... Le huye.»

En su isla, los días que guardaba ayuno esperando al cartero, repasaba toda la correspondencia. «Señor don Serafín: ... Estimado señor: ... Muy señor mío: ... Recordado don Serafín: ... Ya le he dicho a usted que en el otro piso de la misma planta donde vivo vive una niña y que, además de mi sobrina y heredera, es la única persona que aún no me ha abandonado. Es un diablo precioso. No sabe casi hablar. Algunas veces viene también su hermanita, que es mayor. Y tiene un pico de oro. Pues bien, lo más gracioso que me ocurre con ésta es que siempre ha de preguntarme por usted. Como que no le he puesto en antecedentes, le sorprenderá. Es sencillo. Cuando no tengo mejor ocupación, ríño a las pequeñas. Pero cuando tengo algún quehacer, me olvido hasta de su existencia. Verá usted... El año pasado aprendió a leer la mayra de las dos—la otra es muy chiquita—, leía ya un poquito, y todo, todo lo que caía en sus manos, lo leía. Un cierto día recibí una carta de usted mientras estaban las niñas en casa. Había salido a la compra Casilda y sonaba el timbre. Me levanté para atender a la puerta. Cuando regresé, Rosalía, así se llama, es-



taba leyendo su remite. La dirección no le dió tiempo a terminar, pero leyó Serafín, y eso que su letra es difícil. Me digo yo ahora si sólo lo será para algunos ojos. Pues bien, sigo. Desde aquel día me pregunta por usted siempre. No sé, pero me parece que lo de Serafín la impresionó y se cree que, al menos, usted es «un ángel con trompeta», me dice. O un Rey Mago, o qué sé yo. ¡Si ella supiera!... Digo todo esto porque hace unos días, al pasar por un buzón de los que ponen en las jugueterías, la había sacado conmigo a tomar un soj calentito que revivía, me dijo seriamente: —¡Podías escribir a Serafín y decirle que soy muy buena!...»

Horas y horas pasaba con Serafín leyendo y relejendo las cartas de doña María Eulalia. No había pensado nunca, desde su época de funcionario probo y alertado, tan largo y cuidadoso. Horas y horas pasa en el escritorio, junto a los cristales del balcón que da sobre la plaza.

Desde que ella empezó a contarle treinta y cuatro precisos años de su vida, la vida de doña María Eulalia le da pena—idéntica congoja inútil que la suya propia—y gozo, sí, es verdad, triste gozo, la soltería de la anciana, que es soledad entercada y gloriosa. La misma alegría que le trae la hoja única de vida que conserva el pelado castaño de la plaza. Mirando a la calle segada de invierno, don Serafín se siente triunfador en aquella hoja, que permanece como un mensaje al que sólo él cree tener derecho.

En un mismo día el anciano recibió dos cartas de doña María Eulalia. «¡Qué poca formalidad! A veces parece una niña. No ha cambiado nada, nada. ¡Irresponsable como una criatura!...»

El anciano ha encontrado otra vez el corazón que creía seco y embalsamado. Un día le romperá la piel y lo tendrá que encerrar en la jaula del loro, que quedó vacía el año 1933.

\* \* \*

Haciendo pajaritas de papel, doña María Eulalia esperó que marchara la sobrina. La niña, Rosalía, seguía la mirada de la anciana prendida en las sayas negras y largas de Casilda.

Cerrada la puerta del pasillo, no esperó más. Se levantó de la camilla y, a pasos menudos, veloces y rígidos, se acercó al armario que, empotrado en la pared, quedaba disimulado en el empapelado floral.

De un alto aparador abarrotado de chucherías en que la moda se había apagado desfallecida, alcanzó la viejecita una estropeada caja de cartón.

Sobre sus pechos secos apretó el bulto. Sonreía la anciana en paz y en gracia del Dios del amor.

«Tonta tonta. ¡Y lo querías cambiar por un marino! Una por aquí, otra en Ultramar... Pues sí que no son ansiosos. Te hubieras lucido... ¡Si no hubiera sido tan activo! ¡Ay, Dios mío, que el mundo está siempre en el mismo sitio!... ¡Claro que!... Una chiquillada que se podía haber arreglado si no hubiera sido tan puntillos. Hasta papá—¡pobre papá!—había dicho que no era para tanto. ¡Ya no se le había ocurrido sonreír ni hablar a ningún hombre. Larga fué la penitencia, pero el Señor había cedido en su rigor. ¡Gracias, Dios mío! ¡Qué descanso!... ¡Qué dirían los «cuervos»? ¡Qué diría la solterona insoportable de Casilda? ¡Ji, ji, ji, ji, ji!... ¡No, todo el dinero para él, no! ¡Con lo orgullosísimo que era! ¡No faltaba más! ¡Pues sí que no estaba escarmenada! ¡Ni ocurrírsele pensar! Buenos amigos, nada más... ¡Señor, qué viejito debe estar! Yo le llevaba casi dos años... ¡Sesenta y ocho cumplidos, que es su cumpleaños el 3 de noviembre!... ¡Qué viejitos! ¡Qué viejitos los dos!... Buenos amigos... Y, ¿qué otra cosa?»

Con mimo, y alerta, como si en ella encerrara



mariposas u otro ser vivo que pudiera volarle entre las manos sin la cárcel de cartón, destapó la pequeña caja. Recorrió el labio de Rosalía un pedacito de su lengua.

—¿Son caramelos para mí?—preguntó, circunspecta, la niña—. Mamá dice que no coma... Nacen lombrices, ¿sabes?...

En su sobre contenidas, un montón de cartas se apilaba igualado ante los ojos de la anciana. Doña María Eulalia puso la mano sobre ellas. Necesitaba tocarlas, sentir las, porque, detrás, y lo sabía de cierto, detrás de cada una estaba la sangre de él. No le podía engañar el tono medido de don Serafín. Lo estaba viendo escribir. Erguido, adusto, reconviniéndose con toses falsas en cada línea más gruesa que la escritura de al lado. La letra era temblona con frecuencia. Y no eran los años, no, que las otras letras se dibujaban menudas y dominadas.

Doña María Eulalia miró a la niña. Al punto decidió encargarse de que fuera feliz.

—¿Escribimos a Serafín?...—preguntaba Rosalía con voz de ajonjolí.

Por toda respuesta, la ancianita volvió la puerta del armario, apretó más en su corazón la caja del tesoro y tornó a la mesa de camilla con los mismos cadenciosos y mínimos pasos de la ida. La niña la siguió lentamente, como si fuera la depositaria de toda la experiencia de los setenta años de la infanti anciana.

En el último salto de la andadura, antes de llegar a la silla, doña María Eulalia se detuvo irguiéndose como un vertical lomo de gato. La anciana llevó su mano suelta a la angustia que se le anudaba en el corazón. La niña había agarrado la falda de doña María Eulalia y estiraba de ella en una muda curiosidad desconsolada. La mujer ya volvía del soponcio con trabajo y corto aliento, y la sonrisa no podía atravesarle el cerrado nubarrón del rostro. Los niños, que son los más agudos ojos, ven elevarse, los días de primavera, el reverbero de los estanques. Rosalía estaba quieta, viendo algún extraño signo ascender desde la tierra nueva de la carne de doña María Eulalia.



—¿Se te ha ido el haña buena?...—pronunció con la boca entreabierta en un gajo oscuro y misterioso.

Doña María Eulalia pudo sentarse. Alentó gozo. Alcanzaba una vieja carpeta de hule y tenía en sus manos papel de carta. Hundió la falsilla en la entraña casta y satinada del pliego.

—Dile que ya como de todo...

—Síntate y calla, anda...—sonrió la anciana, pálida en la recién encendida luz de la lámpara de mesa—. ¿Comiste la verdura?... ¿Toda?... ¿Todo el pan?...

Sobre la alfombra, sobre un cojín rojo encordado en los ribetes, se había sentado Rosalía. Recordando las piernas en escuadra, cruzaba las manos en las rodillas, y palpitaban los labios de la niña en un enseñado dictar. La anciana, sin embargo, tenía aún la pluma alzada, apoyada en los alambres de los lentes, y una carta de don Serafín reposaba en la bendecida paz de su mano temblorosa. Anárquico y monótono, un dedo recorría el dentado borde del sello. «¡Orgullo!... ¡Qué viejo debes estar, Serafín! ¡Sellos urgentes, criatura! Cuarenta años sin prisas y, de repente...» Doña María Eulalia sabía urgencias del final de vivir. Apretó los labios en alegría llorosa.

De la carpeta de hule que limpiaba de un imaginaria polvo, eligió un sobre. Muchos otros esperaban con la dirección de Madrid ya escrita. «¡Sello de urgencia, Di's mío!», repetía insistente.

Descansó la pluma en la sombra guión de la falsilla. «¿Fecha?... ¿Para qué?» Ni el amor la tenía, ni podía decir otra cosa la fecha, sino que aquel día volvía otra vez a recordar. Recordar, querer... Esto, su soltería leal. Una niña al lado, en el suelo. La sobrina, adentro, sí, contaría las fechas en la contabilidad mlope de los diez dedos. Puso: «Querido don Serafín...».

Redondeó los dos puntos. Tuvo un arrepentimiento. Escrito estaba. El rasgueo de la pluma, un jadeo o un suspiro. Rosalía recogía arrastradamente una mosquita con la cabeza apoyada en la nuca. Cabrilleaba una aguja prendida en el paño verde del tapete. «Un día se ensartaría alguien... ¡Esta Casilda!...» Una bocina en la calle, agria, se coló de polizón en el cuarto de estar. «¡No estaría aquí, no! De haber ocurrido las cosas de otra forma... Estaría en San Marshall, en Montseny, lejos de aquí...»

—«Se acuerda, Serafín de aquel zurcido en su chaqueta lista de color canela? Era una hermosa chaqueta. Con frecuencia me he preguntado si la habría vestido para marchar definitivamente. Estoy segura de no poder perdonárselo. Supongo que este recuerdo ya no le puede turbar. La cinta de los orlillos era azul oscuro, de seda mate. Todo usted olía a espejito. Acaso el traje guardado en el baúl de viaje. ¡Ha estado siempre tan lejos ese Madrid! En todo este tiempo no he dejado de pensar quien cuidaría de su ropa. Mándemela, sí, como creo, no tiene una mano amiga o familiar que guarde cuidado en no golpearla. Me gustaría —es una tontuna que se me ha ocurrido—que tuviera la suficiente confianza, y me la enviara; que nadie la arreglase sino yo misma. Aún tengo buena vista, le digo...»

Doña María Eulalia desmontó los lentes y enjugó en su pañuelo una solitaria llama de rocío.

—«... si usted no cree que es sólo coquetería decirle estas cosas», murmuró de nuevo la pluma en el papel— «... Todo es que hemos vivido demasiado pronto para terminar nada serio...»

La anciana limpió una suciedad de la tinta en los labios del tintero.

—«¡Si nos hubiéramos conocido ancianos ya!...»

La escritura, a la vez que se enervaba veloz, se tornaba más avariciosa, apretada y pequeña como germen de hierba silvestre. «Lo que es la edad».

Doña María Eulalia empezaba a sentir una creciente fatiga. Buscó aliento en la chiquilla, inmóvil en la penumbra, morena—un busto de terracota—fuera del círculo luminoso de la lámpara. Una brizna de torzuda razón permanecía, resucitando, en la viejecita.

—«Y vuelvo a repetir. Temo que usted interprete mal este ruego que le hago antes. Como le digo en otro lugar de esta carta, que atribuya a coquetería—no alegue que no tengo motivos para sospechar así—que quiero volver, como alguna otra vez imprudentemente he hecho, al recuerdo...»

Ahora le pondrá...

—«... si así fuera...»

Una amarrada asfixia, una espina atravesada en la garganta, algo, impedía continuar a doña María

Eulalia. «De prisa, de prisa... ¡Señor, Señor!»

—«... no..., no..., no le volveré... a... es... escri...»

La cabeza de la anciana giró un círculo completo. Apoyándose en el hombro derecho se deslizó despacio, quedándose dormida, muy dormida, troncada. El rostro de la anciana descansó en la mesa.

Rosalía, que estaba calculando faltaría poco para que la viejecita terminara la carta a Serafín, preguntó:

—¿Le has puesto...?

—La anciana no contestó. La niña, adivinando, sonreía. Se aproximó de puntillas. Acercaba el hocico tibio al oído de doña María Eulalia.

—¿Le dices que de todo, pero que de todo, todo...?—silbó.

Se cubrió la boca, que quería romper en risa entera, con los diez dedos de las manitas. De puntillas cruzó la alfombra hasta la puerta. Allí se empujó al pomo de la cerradura.

En el pasillo, Casilda, oscuro el entrecejo sombreado de cabellos en la piel avital de triste blanco en conserva, sacaba brillo a la cera.

—¡... i... i... iiii—contenía el regocijo de la niña.

—¿Ya has roto algo?—preguntó con enojo Casilda.

—Se ha dormido... i... i... i... i... i.

La mujer soltó el paño del pie y alcanzó la puerta abierta. Dormida profundamente, la tía se doblaba sobre la mesa camilla. «¡No le digo?... ¡Para quemar la ropa!» Los dedos de la sobrina se abrían en abanico sobre los muslos secos de su falda negra.

—... i... i... i... iiii...—Rosalía se divertía con lo sucedido.

Casilda se acercó rápidamente.

La pluma firmaba sobre la carta una espesa y fría rúbrica.

\* \* \*

—¡Un ridi, se lo juro! El tantarantán le ha debió hacer añicos la poca cabeza que tenía. Tan pronto no te da ni los buenos días, como se pone a cantar, como te vuelve a armar la marimorena. ¡Tarambana perdió, doña Amanda!—confía la Leocadia a la mujer del amo de la casa—. Si no fuera por mi chico el pequeño, que lo ha «colocado» de beca pa que estudie, iba yo a aguantar... ¡Sí, sí!... El Matías, mi mayor, me dice...

—¿Paga?... ¡Pues déjele!... Si eso le gusta...

—¡Sí, claro! ¡Qué guapa es usted! ¡Y luego cargar con el sambenito!... ¡Que yo sé a quien le han dicho en otro caso semejante que le daba a su señorito bebedizos pa torcerle la voluntad y heredar...»

—Lo único que interesa es que pague sus cuarenta duros a primeros...—ha contestado la propietaria consorte.

Pero la Leocadia no está tranquila con aquellas locuras que le han venido a don Serafín desde el atropello. «¡Qué, bueno, bueno, y todo lo que quiera, un loco no sabe lo que se hace!...»

\* \* \*

Desde la Castellana decidió regresar para no exponerse a un buen remojón si se empeñaba en llegar hasta el Retiro. Por lo menos, esto es lo que se venía diciendo don Serafín. El sol había sido ganado por mano de unas nubes anchas y oscuras. La ciudad entera, desde la carretera de Extremadura hasta el cementerio del Este, se aplastaba de signos y presagios, encadenada en la triste túnica.

El anciano pisaba firme en el regreso. Le aquejaba honda toda la congoja de muchos días de felicidad, rotos repentinamente ahora haría dos

semanas. El cielo, cerrado y hosco, gravitaba sobre sus devaneos preocupados, y un esczor molesto sembraba su piel a todo lo ancho.

En la puerta de su casa se llenó el olfato de don Serafín de un vaho de arcilla aventada y fresca. Levantaba en la calle un aire rastrón e intermitente. Quebró trueno entre la lana puerca de las nubes. Don Serafín llevó la vista a la tormenta, que era una mantilla de chulapa bebida sobre Madrid.

Entre la tormenta y el anciano se columpiaban blandas las ramas jóvenes del pelado castaño. En el jardín de la plaza, los paseos, aplomados de hojas secas que saltaban en el viento, crujían al paso de los temerosos, que seguían la recta para guarecerse de prisa del chubasco en puertas.

Don Serafín se encontraba más solo que nunca. Desasistido, rota la antigua amarra, zarandeado como un pelele, como una de aquellas hojas que se apiastaban con la fuerza del viento en los setos descuidados y pelones. Calaba su mirada entre el tejido de las ramas, necesitando la única hoja viva del árbol, aquella su esperanza y su compañía. Leocadia cerraba en aquel momento el balcón del despacho.

El anciano se volvió con disgusto. Matías, que había salido hasta la acera, le tomaba en ayuda el brazo libre del bastón. Al reconocer al hijo de la portera, el viejo golpeó airadamente con lá dura contera el suelo.

—¡Deja, deja!...

Estráñose, echó portal adelante. Matías cerró tras él la puerta del ascensor. La portera esperaba en el piso con la puerta abierta.

—¡Ya viene chipiado!...—renegó la mujer, sustituyendo inútiles saludos.

De soslayo, el viejo despreció a la asistente. «Tonta, tonta de capirote. ¡Entrometida del demonio!» Don Serafín continuó pasillo adelante. La mujer cerró la puerta a sus espaldas, y al paso mozo del anciano siguieron las resbaladas zapatillas de la portera en la tarima brillante.

Don Serafín respiraba la conservadora ranciedad de la casa. Subiendo en el ascensor había tenido un ilusionado colapso. «Me dice el corazón...», se había prometido. Se ha detenido, como todos los días, en la mesita del recibidor. Palpa la superficie del mantelito Tampoco en el perchero hay ninguna carta. Ni en la hornacina, donde negrea el bronce, manco y verde, de un mercurio.

Leocadia ha quedado a unos pasos del amo, con los brazos inicialmente extendidos. Pero el gabán está atado de botones, el sombrero calado, la bufanda cogida en las solapas, el bastón en la mano enguantada del anciano.

Con la mirada hambrienta, don Serafín busca en el suelo, junto a la puerta. Cuando no está la vieja suelen dejar por allí el periódico. Brilla la cera viva bajo el farol del vestíbulo. Pasillo adelante llega al comedor. Entra en el escritorio. La decepción acompaña a don Serafín como el estribillo de una copla amarga. Nota a la mujer, leve, pisándole los talones. Quiere preguntar. Tíbea, medroso como un primerizo. En la puerta del despacho, Leocadia espera, negando en silencio. El anciano, idiotizado, vacío, la contempla, y ella, acunada en la negativa, meneaba la cabeza en el mismo ritmo.

Por el doble túnel del olfato, don Serafín se llena de la casa, que huele a alcancía y a cómoda de nogal.

Castañeteaban los dientes del viejo, y de pronto alza el bastón sobre su cabeza, mastica furioso unos gemidos incoherentes y se abalanza hacia la

portera, que corre, después de pensar la sorpresa, recogiendo un cabello suelto desmandado en la frente, escapando a gritos por el pasillo.

—¡Está venado! ¡Como una espuerta de grillos! ¡Matías, Matías! ¡¡Matías!... ¡Anda, y que lo cuide!...

Don Serafín cierra el despacho de un portazo. Casi al mismo tiempo recorre otro de la puerta de la escalera el laberinto del piso entre el confuso y lejano griterío miedoso de Leocadia. Don Serafín, lelo, está cara a la puerta cerrada de la habitación. Abruma le luz sucia que penetra por el balcón. Cada vez más lenta, la cabeza de don Serafín pasea de un hombro al otro. Luego emprende el camino hacia la luz escasa de la calle. Sus pies se apelmazan en la alfombra, y ha de apoyarse fuertemente en la caña de bambú hasta notar el pomo de plata, carne fría, en los huesos estrechos de la mano.

Agotado, don Serafín se deja caer pesadamente en un sillón. Cierra los ojos. No quiere pensar en nada. «Coqueta, coqueta...» Mastica el desengaño con rabia pacífica de vencido. «Por segunda vez, todo mentira.» Don Serafín no la culpa. «¡El marinerito!... ¡El marinerito!...» Acusa a su arlequín jorobado y grotesco. Insulta a su propia ingenuidad. «El corazón no engaña. Quería reirse... Nada más. Siempre se ha reído. Toda la vida riéndose de él...»

Ya en la casa, en el mundo suyo, no queda nadie con él. Definitivamente solo. Su vida, su casa, su mundo, resueltamente descampados. Ni el susurro del calzado, suelto en los pies de la portera. Solo, con su soledad escarpada de viejo arruinado de canciones. Riéndose, aún riéndose y todo, las cartas vibraban sobre la tabla de la mesa. Aún no hace quince días tenía la sensación en la piel de estar viviendo lejano con alguien. Había un susurro en alguna parte, alguien que no cesaba de llamar.

El corazón solo cuenta sin desmayo y sin prisa. El anciano aprieta más y más los ojos. El relámpago de un estremecimiento se clava templado en el yermo de su piel. «Sin embargo... Alguien está llamando en el cristal... Alguien... Alguien llama...» Gira la cabeza hacia el balcón en el respaldo de la butaca. El sombrero rueda por la alfombra.

Al ponerse en pie don Serafín, el bastón golpea silencioso en la alfombra tarima. Levanta el hombre una esquina del visillo. Por el cristal se despreza la culebra de una gota de lluvia. «¡Juraría que...!» El anciano alza la falleba del balcón.

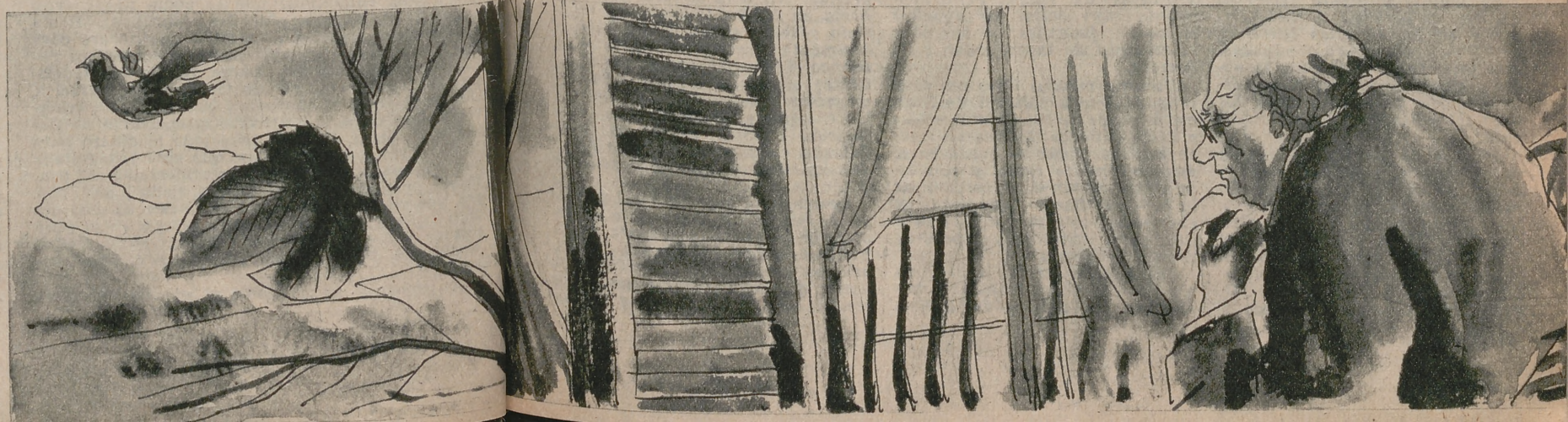
Entra un frío quieto. En el asfalto de la plaza brilla el agua en el purgatorio helado de las farolas de gas.

La hoja, su amiga, tiembla, desafiando aún su gravital sentencia. Seca, agarrada a la vida con sobrenatural fuerza, está la hoja de castaño y es un miserable consuelo en la congoja del anciano.

Don Serafín nota una molestia en la mano derecha. El aire de la calle quiere ondear un pellejo junto a sus dedos. Tira de él y no siente ni un pobre escozor. Por el balcón abierto, de cuarto a cuarto, en las horas y en las medias, se hacen distantes las campanas. El tiempo se alarga en paz. Algo ha de suceder. Algo inevitable. Y ninguna cosa turbará nada. Respira hondo. Ni un punto del aire huele a carta. El viento desde su nuca, conmueve la blanca melena del viejo.

Suspira.

De la horizontal y próxima rama del castaño cae, en la verde primavera de las farolas, la última, terca, hoja, nutrida de invierno.





# DIALOGO CON VICENTE RISCO



## SU NOVELA "LA PUERTA DE PAJA", FINALISTA EN EL "NADAL", LA ESCRIBIO EN MENOS DE 20 DIAS

El profesor orensano declara que con su obra se propuso darle la vuelta a la filosofía existencialista con lo de arriba para abajo

A principios de siglo Vicente Risco, inclinado a las aficiones de la juventud, era el hombre más elegante de Orense, era lo que en aquel tiempo se llamaba un «dandy». Por entonces el autor de la «Historia de los judíos» se llamaba todavía, incluso literariamente, Vicente Martínez Risco.

En su ciudad natal atraía la atención de las gentes con las chaquetas compradas en París, pero mucho más con las ideas adquiridas dentro de las Universidades alemanas, en las que permaneció, ampliando estudios, una larga temporada.

Su amplio y atento recorrido europeo le permitió a Risco imponer en las tertulias literarias de Orense un riguroso «dandysmo» intelectual. El vivió a la noble y alegre ciudad miñota la última moda de Europa para los usos del pensamiento y de la cultura.

El paso de los años impuso a Risco algunas claudicaciones en orden a su elegancia estrictamente externa. De todos modos, los últimos botines que yo vi en Orense, allá por 1944, los llevaba Vicente Risco sobre sus zapatos. Algo más tarde, en un memorable invierno madrileño, don Vicente, con el cuello abrumadora-

mente ensortijado de bufandas, con el pecho acolchado por innumerables «jerseys», me decía que la elegancia no es otra cosa que una actitud ascética ante la vida.

Claro que no hace ninguna falta advertir que el profesor Risco careció de tiempo para quemarlo en vanos y estériles esteticismos. Será bien difícil hallar una vida tan colmada de frutos como la de este escritor protético y diverso, que ha sido sensible a la tentación de todos los géneros.

Todavía hay quien se sepa de memoria—a estas alturas él, con un irónico gesto expiatorio, tolera que se los reciten—los versos ultraístas de Risco. Pero bien pronto supo saltar de aquellos devaneos juveniles a su obra equilibrada de investigador y de literato.

Durante muchos años animó y orientó la vida cultural de Galicia a través de las revistas «Nos» y «La Centuria». Entonces Vicente Martínez Risco se quedó en el escueto Vicente Risco, y con esta firma saltaron al turbión de la calle sus libros sobre temas de etnografía—su especialidad científica, sus ensayos y sus obras de creación literaria.

Tenia Risco sesenta años y un prestigio intelectual acatado más allá de los límites de Galicia

cuando, desde Orense, dió su salto a Madrid, no diré yo que en busca de la gloria literaria—porque me parece demasiada ingenuidad para quien es biógrafo del diablo y aun él mismo tiene cierto lejano aire diabólico—, pero sí en persecución de esas mínimas compensaciones de orden moral y material que al escritor le corresponden legítimamente cuando su obra ha alcanzado calidades magistrales.

—Tuve yo la suerte—una suerte no exenta de cierto matiz dramático—de acompañar a don Vicente en muchas jornadas de su andanza madrileña. Alguna vez presidió Risco la tertulia que se hacía en la Redacción de la revista «Finisterre», a la que habitualmente asistían Cunqueiro, Blanco Tobío, «Borobón», Canda, Castro Arines, Taxonera... Para un número de «Finisterre» escribió Cunqueiro unas líneas de salutación a Risco, en las que le llamaba «lejano maestro» de todos los jóvenes escritores gallegos.

Aparte la actitud de aquel grupo de paisanos, la presencia del profesor orensano fué acogida con frialdad o con indiferencia. Venía con el propósito de publicar libros, de dictar conferencias, de escribir en los periódicos..., y todo



lo que obtuvo fué una colaboración semanal en el diario «Pueblo».

No tuvo aquí compensaciones el sacrificio del escritor, que había abandonado en Orense la Dirección de la Escuela Normal del Magisterio, un puesto en la Redacción de «La Región» y las seguridades de una vida decorosamente cimentada.

Sus años y su elegancia espiritual no le permitían al autor de «Preludio a toda estética futura» el desahogo que toda destilación de amargura implica. Pero, naturalmente, la procesión andaba por dentro.

Vivió entonces en la casa de un magistrado amigo suyo desde la infancia, cuyo domicilio, en la calle del Sacramento, daba cara al caserón que habita don Eugenio d'Ors. Yo fui a buscarle allí más de una vez, y dábamos largos paseos por el Madrid viejo. Aunque él fingía una alegre aceptación de su suerte, en aquella época toda su figura trascendía desaliento.

Supe más tarde que en algunas tertulias madrileñas donde se perpetúan ciertos estados de literario agraz se llegó a ironizar a propósito de aquel sesagenario profesor gallego que se proponía «conquistar Madrid»... (Sin duda se ignoraba en tales tertulias que aquel sesentón que se les ofrecía a ellos con toda la apariencia de un iluso senil hacia más de un cuarto de siglo que había conquistado la admiración de los medios intelectuales madrileños con una serie de conferencias, pronunciadas en el Ateneo, en las que dió a conocer—descubriéndoselo a las minorías cultas—a Rabindranath Tagore, de algunos de cuyos poemas leyó entonces las primeras traducciones al castellano.)

Pero la obstinación de Risco cedió al fin. Un día volvió a Orense para reintegrarse a su puesto en la Normal, a su sermónico y a sus viejos papeles entrañables. Llevaba—¡cómo no!—el desencanto de su inútil aventura madrileña.

Creo que no fui yo el único amigo suyo que se alegró—aun doliéndome mucho el fracaso de su intento—de que Risco volviese a Orense. Porque él, que es intelectualmente el más europeo de los escritores gallegos, es, en cambio, por la psicología y la «morriña», el más «enxebre» de todos. Trasplantado a Castilla, privado de su sustancia nativa, es seguro que el «destierro» calcinaria algunas de las zonas más jugosas de su fertilidad espiritual. Prueba esto el hecho de que él mismo estime prejerentemente, dentro de su extensa obra, la sección diaria que publica en «La Región» con el título genérico de «Horas», en la que los motivos cotidianos le son suministrados por el paisaje y el paisaje, por la tradición y la historia, por la realidad y la fantasmagoría de Galicia...

Reintegrado a Orense, Risco reanudó su actividad literaria con más entusiasmo y más fecundidad que nunca. Sostuvo colaboraciones en la Prensa de Madrid y Galicia, publicó un par de libros y aun reapareció fugazmente en la capital de España, donde dió una conferencia bajo el patrocinio del Instituto de Cultura His-

pánica. Reunió, además, material para una obra que aparecerá en breve con un título sugestivo y contradictorio: «Los mitos del cristianismo».

Y el caso es que, en medio de esta actividad sin respiro y de signo plural—ensayo, periodismo, investigación—, aun halló espacio para escribir una novela, que ha constituido uno de los grandes acontecimientos literarios de los últimos veinte años. Y para escribirla, además—son más de trescientas páginas—, en un término de días verdaderamente inverosímil.

Para que me hable de su novela he venido a Orense. En la galería de la casa de Risco, en la calle de Santo Domingo, declina el sol de noviembre sus bronces últimos. El escritor se entera de mi presencia cuando ya he penetrado en su despacho, y le sorprende trabajando en una mesa camilla abrumada de libros y papeles sueltos. Seguro que estaba enfrascado en una tarea larga, porque el cenicero se había rebosado de colillas. Bajo la mesa arde un brasero y ronronea un gato, que es, por lo que nos confiesa después el hijo del novelista, Antonio, una auténtica institución familiar. Risco está embutido en una bata de lana y me parece más menudo y nervioso que nunca, pero tiene—con sesenta y nueve años auestas—un inmejorable aspecto de salud.

Después de unos minutos dedicados a la divagación y a los recuerdos entramos en el tema de la entrevista.

—¿No cree usted que revéla un poco de ingenuidad por su parte el hecho de haber enviado La puerta de paja a un concurso?

—¡Pche! No sé...; tal vez. Pero tenga usted en cuenta que el envío de la novela al Nadal es un episodio que enlaza lógicamente con las circunstancias de su gestación.

—¿Es que la escribió usted pensando en el concurso?

—En parte, sí, y en parte, no. Verá usted. Hallándome yo en Castro Caldelas, disfrutando mis vacaciones de verano, se me ocurrió una tarde, como por puro divertimento y por salirme un poco de mis tareas habituales, escribir las primeras peripecias de mi conde-obispo Baldonio. Me satisfizo lo que hice, y aquella misma tarde se lo di a leer a un amigo—el mismo que pro-



Nuestra fotografía recoge el momento de una intervención del profesor Risco en los micrófonos de Radio Nacional de Barcelona en 1953

loga la novela—, al que le gustó mucho. Me animé y seguí escribiendo durante un par de días, hasta que las faenas de la vendimia, en las que me gusta participar personalmente, me sustrajeron a aquella especie de solaz literario.

—La redacción de La puerta de paja, ¿fue precedida de un largo proceso de elaboración mental?

—En absoluto. No había preconcebido la obra, entre otras razones, porque al principio no creí que de aquel ejercicio episódico acabase por resultar una novela. Escribí a la buena de Dios, a salga lo que saliere, plasmando las cosas a medida que se me iban ocurriendo. Fué un verdadero caso de escritura automática, y desde entonces creo en eso que suelen llamar «inspiración».

—¿Escribió usted íntegramente la novela en Castro Caldelas?

—Ni mucho menos. Escribí allá algo así como veinte o treinta cuartillas, aunque de letra muy apretada. En Orense, salvados los exámenes de septiembre en la Normal, reanudé el hilo de la vida de Baldonio hasta llenar unas cincuenta cuartillas. Pero ni aun entonces estaba yo seguro de que aquello terminase en novela. Una tarde, al abandonar la tertulia del café invité a unos cuantos amigos a que me acompañasen a casa, pues quería leerles una «cosa».

—¿Hasta entonces no había usted pensado en el Nadal?

—Ni remotamente. Fué a mis amigos, entusiasmados con la lectura, a quienes se les ocu-



rió que aquello que yo había hecho podría, llevado a término, tener buena acogida en el concurso. Yo acepté la sugerencia, porque me pareció que únicamente si encajaba en el concurso podía ser publicado el libro, pues yo, por mi cuenta, tal vez no lo hubiese editado nunca.

—¿Y escribió usted a marchas forzadas para llegar a tiempo?...

—Figúrese. Los amigos me aguijoneaban, sobre todo Ricardo Oufirriño, director de «La Región», e Isidoro Guede, redactor jefe. Por cierto que Guede venía todas las tardes a casa a mecanografiar las cuartillas que yo escribía a mano sin descanso.

—En cuántos días escribió usted *La puerta de paja*?

—En veinte, tirando por largo. Y lo peor era que cuando escribía una cuartilla no tenía idea de lo que iba a decir en la siguiente.

—Al terminar la novela, ¿consideró usted que había escrito una obra excepcional?

—Hombre... tanto como excepcional... Ahora bien: me sentí satisfecho de lo que había escrito y estaba seguro de haber hecho algo «distinto», es decir, algo que se escapaba, de dentro a fuera, al tono común de la novelística actual.

—¿Le pareció a usted justo el fallo del Jurado?

—Ellos sabrán lo que han hecho.

—¿Está usted de acuerdo en que *La puerta de paja*, por sus alegorías y símbolos, por lo que podríamos llamar su problemática, por su época e incluso por su lenguaje no resulta apta para el lector medio de nuestro tiempo?

—Claro que estoy de acuerdo.

—Entonces, ha hecho usted deliberadamente una novela de minoría?

—Naturalmente. Tenga usted en cuenta que yo siempre me he propuesto ser un escritor de minoría, entre otras razones, porque soy un hombre acorde con el signo intelectual de la época a que pertenezco. Más que la ovación estruendosa de las multitudes me ha interesado siempre el discreto aplauso de los selectos.

—De eso se deduce que lo primero que se propuso usted fué que la novela le gustase a usted mismo antes que a nadie...

—Exacto.—Soy fiel a mi vocación y hago siempre lo que a mí me gusta. Únicamente en el ejercicio del periodismo me he impuesto en este sentido alguna claudicación.

—¿Por qué situó usted crono-

lógicamente en la Edad Media su novela?

—Porque así lo requerían el carácter de los personajes, la índole de los problemas en que se debaten y la naturaleza de las pasiones que los agitan.

—Entonces, ¿es que cree usted que hoy no hay Baldonios?

—Baldonios enteros, no; puede haber cuartos o quintos de Baldonio.

—¿Cuál es la razón de que usted en *La puerta de paja* no atiende a precisiones históricas ni geográficas, ni a la indumentaria, ni al paisaje?

—He querido eludir toda clase de limitaciones. No hay precisiones geográficas ni históricas—únicamente aparece caracterizada la Edad Media—porque así convenía a la manera de presentar el conflicto. Por otra parte, detenerse en paisajes, indumentarias y ornamentos contribuiría a diluir la fuerza central de la novela. He preferido presentar escuetamente hombres y hechos, escapando a cualquier morosidad en la descripción de escenarios y detalles. Bien sé que la técnica contraria le hubiese dado más riqueza a la obra; pero la que yo elegí—de acuerdo con mi estilo, que es relativamente duro y anguloso, con cierta naturaleza de leña seca—le imprimió más vigor.

—¿De qué naturaleza es el problema que sacude el alma de Baldonio?

—El problema que se presenta al obispo Baldonio y que lleva dentro todo hombre que viene al mundo, es un problema metafísico, aunque pueda tener una aplicación teológica. Todo tiene su fondo teológico, porque, al fin, todo depende de Dios...

—En la solución final de ese problema, ¿no se ha propuesto usted algo así como volver del revés la filosofía existencialista?

—Naturalmente que trato de darle la vuelta a la filosofía existencialista con lo de arriba para abajo. Esta filosofía, tal como se presenta a gran parte del público español en su derivación sartriana, niega gratuitamente a Dios. «Si Dios no existe, todo está permitido», dice. Pero Finamor, el sobrino del obispo Baldonio, dice: «Si Dios no existe, nada vale nuestra existencia, puesto que una vez pasada es como si nunca hubiera existido.» Creo que esto tiene más fuerza de la que pueda parecerles a los filósofos, porque el valor y el ser se implican mutuamente.

—Viene a resultar así, con respecto al ser, que si no hay Dios todo puede ser negado, ¿verdad?

—Justamente. Los existencialistas se fundan en el hecho, que dan por seguro, de que el hombre existe. «Existo, luego...» Pero hace muchos siglos que el Buda demostró que se puede negar la realidad de nuestra existencia. Claro que esto no se sabía en tiempos del obispo Baldonio...

—¿Lé usted novela española actual?

—Poco.

—¿Qué deduce de lo poco que lee?

—Que en el orden temático está dominada por el abuso de lo feo y una especie de morbosa preferencia por el fracaso.

—¿Ocurre esto sólo en la novela española?

—No; el fenómeno es universal.

—¿Sus causas?

—Son múltiples y diversas. La gente está deprimida, angustiada. Tal estado colectivo de ánimo proviene, por un lado, de causas económicas y por otro de la incertidumbre de la humanidad ante el porvenir del mundo. Estamos, sin duda, abocados a una guerra, que se disputará con armas, con ideas o con leyes, pero que irremediablemente se librará. Estamos, además, acaso en vísperas de una transformación radical del hombre. Nos hallamos ante peligros que afectan a la libertad y a la naturaleza esencial del hombre; la mecanización, el sometimiento automático a poderes brutales, la hiperorganización... Ya sé que me estoy refiriendo a tópicos, pero tópicos ineludibles, porque son la realidad misma. Lo grave es que la novela actual se limita a reflejar esto, olvidando que hay también zonas de pureza y de esperanza.

—El éxito de *La puerta de paja*, ¿implicará un viraje de su actividad literaria hacia el cultivo exclusivo de la novela?

—Eso no. Seguiré haciendo de todo. Porque uno, por fatalidad constitutiva, es de esos escritores a quienes se señala con el terrible calificativo de polifacéticos.

—¿Qué hace ahora?

—Estoy traduciendo al gallego *La familia de Pascual Duarte*. Además tengo medio escrita una novela que se titulará *Los europeos en Abrantes*, y planeada otra, para la que no he hallado todavía rótulo.

—¿Qué mundo recoge en la primera?

—Hago en ella, humorísticamente, la crítica de los sabios locales.

—¿Y en la otra?

—Cuento la vida de un maverazo lleno de rarezas, chifladuras y utopías.

—¿Personaje real y orensano?

—Sí.

Después de cenar hemos ido a tomar café. A medianoche apareció en el café Eugenio Montes, que vino a Orense para asistir al bautizo de su primer nieto. Tras los saludos, Montes le dijo a Risco: «Acabo de llegar de Barcelona, Vicente. Aquello está lleno de resonancias de tu nombre.»

Risco, sin decir palabra, sonrió con un gesto friolero, encogido y mínimo.

Carlos RIVERO  
(Enviado especial.)

Vicente Risco en una conferencia en el Centro Gallego de Barcelona en 1953





# "EL CARIÑO DE MI PADRE HACIA SU GATO LE LLEVO UN DÍA A NOMBRARLE HIJO ADOPTIVO"

Risco, rodeado de sus alumnos, en Celanova, año 1935.—Derecha: El profesor con algunos alumnos hispanoamericanos del curso de verano en Fuenterrabía



VICENTE Risco tiene dos hijas y un hijo. El hijo se llama Antonio, y es, por tanto, muy posible que sea yo. Pero además tiene un gato.

El gato de Vicente Risco es viejo, muy manso, de pelusa gris, y tan entrañable que únicamente tiene uñas para los muebles y para los ratones. Vicente Risco siente un gran afecto hacia su gato, porque es hombre muy friolero, y es sabido que los gatos también son frioleros, sobre todo, claro está, cuando van para viejos. Así sucede que siempre que se pone a trabajar en la camilla al calor del brasero, el gato se le acerca con sigilo, le salta a las rodillas y allí se adormece. Risco le acaricia entonces suavemente, y lleno del placer que le produce el brazo, piensa que su cariño es como el gato, que igual que él se desliza callada, sutilmente, tiene una pelusa sumisa y delicada, y, subido a las rodillas, también ronronea dulcemente.

Alguna noche soñó, sin embargo, que el gato se le convertía en tigre, en un tigre feroz que enfioreado de la casa le planteaba un grave problema a él y a toda la familia. Mas lo cierto es que aunque alguna vez los sueños puedan ser realmente proféticos, no hay el menor peligro de que ello suceda, ya que el gato cada día se ofrece más pacífico, más sumiso y entrañable; hasta alguna vez le he sorprendido—y esto puede certificarlo cualquier otra persona de la familia—lamiéndole con su afeita la ortografía.

Por todo ello Risco decidió un día hacerle hijo adoptivo, solución que comunicó solemnemente a su familia, y que, por cierto, no fué acogida con mucho entusiasmo por parte de algunos de sus miembros. Pero esto sucedió ya hace mucho tiempo. Viene a cuento porque ahora Risco nos ha traído a casa un elemento más para engrosar su familia, esto es, otro hijo, aunque de distinta naturaleza que los demás, incluso que el gato. Este nuevo elemento familiar se llama Baldomío, fué obispo de Nerviá, y ha llegado hasta aquí a través de una puerta de paja.

Yo creo que pensó por primera vez en él un día en que se vistió en compañía de Otero Pezrayo, de obispo, ante un grupo de amigos. La broma fué muy celebrada, y Risco, para comprobar el efecto que causaba, se miró a un espejo. En ese mismo instante sobrevino la revelación. Sin duda el espejo le mostró ante su sorpresa un nuevo Vicente Risco, que era él y no lo era al mismo tiempo, un Risco un tanto extraño y siniestro, una especie, en fin, de demonio familiar que llevaba oculto dentro de sí, como el que se había fabricado el propio Baldomío, a quien por cierto se le mostraba de igual manera, esto es, asomando en un espejo. Y si se le presentaba en forma de obispo era por las mismas razones por las que se le ofrecía a Baldomío en la apariencia de un santo asceta.

Y luego vino el verano, y Vicente Risco se fué, como todos los años, a su casa de Castro Caldelas. Allí no tenía nada que hacer, y por ello se aburría; pero Risco, como Baldomío, es hombre que sabe aprovechar muy bien todos sus aburrimientos. Hasta entonces solía dedicarlos sobre todo a pintar—dice él que lo que hubiera querido ser es pintor—y a darse largos paseos por los alrededores de aquel pueblo. Pero aquella vez decidió

hacer algo distinto, que consistió en escribir una novela. Hacía mucho tiempo que venía pensando en ello, y tenía ya ideados muchos asuntos, entre los que había uno por cierto, sobre el propio pueblo de Castro Caldelas. Pero no había podido empezarla todavía, ya que no se lo permitían sus muchas tareas, y aun en los veranos conservaba tan viva la preocupación de equéllas, que, claro está, le era difícil aburrirse lo bastante, porque él pensaba, con mucha razón, que para su novela precisaba de un denso y largo aburrimiento.

Pero, al fin, aquella ocasión se le ofreció muy oportuna, aunque no sé exactamente por qué causa, la fué demorando todavía hasta fines de aquel verano. Entonces la inició. Había imaginado tantos asuntos que no sabía ya cuál escoger; por ello se le ocurrió algo más interesante: una novela sin asunto. Su deseo era, pues, el de hacer un libro un tanto surrealista, de escritura automática, sin ninguna preconcepción. No pensaba en ella hasta el mismo instante de redactarla, por lo que cuando aun no tenía de la novela más que unas que iba a escribir. Pero entonces fué cuando su demonio, pariente más o menos cercano de aquel a quien había biografiado en otra ocasión, y, por tanto, sumamente astuto, se la musitó furtivamente en las cuartillas, sin que él se percatase, y así fué, pues, como nació Baldomío.

Ya de regreso, en Orense, comunicó la noticia al grupo de amigos que forman su Peña de café, cuando aun no tenía de la novela más que unas pocas cuartillas. Todos la acogieron con entusiasmo, animándole a que la rematase pronto para poderla presentar al Premio Nadal. Incluso algunos se prestaron a mecanografiarla. Como faltaba muy poco tiempo para que se cerrara el plazo de admisión, fué preciso proseguirla a marchas forzadas. Su redacción y copia a máquina fueron, pues, simultáneas, y, al fin, en menos de veinte días, la obra se había rematado. Lo demás ya lo sabéis.

Pero he aquí lo que resultó: que aquella novela que había de ser, según intención de su propio autor, un relato absurdo, caprichoso, de imaginación pura, resultó, quien sabe por qué causa, algo perfectamente claro, coherente y lleno de sentido. El autor lo achaca a que él, en el fondo, aun deseando ser un intuitivo puro, no es sino un cartesiano. Yo creo que todo consistió en que su demonio personal, dentro de la novela, había hecho de las suyas, pues ya se sabe que el diablo ha sido siempre un intelectual. Donde ya no pudo intervenir, desde luego, fué en los últimos capítulos, sin duda inspirados por su ángel de la guarda.

Hará ahora un mes, poco más o menos, que Vicente Risco ha regresado nuevamente de su casa de Castro Caldelas. Todos sus amigos del café esperaban con él la noticia de una nueva novela, pero este año no ha ocurrido así. ¿Por qué? ¿Quién sabe! Acaso no consiguió, como otras veces, el aburrirse lo bastante, acaso aun aburriéndose habría algo muy poderoso que se lo impidiese. Esperemos, pues, que para el año que viene suceda de otro modo. Si es por falta de aburrimiento, yo, que soy su hijo, estoy dispuesto a hacer por mi parte lo que pueda.

Antonio RISCO



EL LIBRO QUE ES  
MENESTER LEER

# TRANSFORMACIONES DE LA FAMILIA ALEMANA EN LA ACTUALIDAD

Por el profesor doctor Helmut SCHELSSY

Prof. Dr. Helmut Schelsky

Wandlungen der  
Deutschen Familie  
in der Gegenwart

Zweite Auflage

FERDINAND ENKE VERLAG STUTTGART

**T**ODO el que haya tenido ocasión de viajar por ferrocarril en primera y en tercera habrá podido observar un hecho curioso en sus relaciones con los compañeros de departamento. Los de primera, por muy correctos y amables que sean, parecen interesarse mucho menos por la vida de uno que los de tercera, que no sólo hacen mil preguntas sobre dónde se va y para qué se va, sino que nos ofrecen su tortilla o cuantos servicios puedan imaginar que está en sus manos prestarnos.

La explicación es muy sencilla y muy antigua. No cabe duda de que las mayores dificultades de la vida fomentan la solidaridad humana, como reflejo de autodefensa. Es un fenómeno natural que analiza, respecto a la sociedad actual de Alemania, el libro del profesor Helmut Schelsky, que hoy resumimos para los lectores de EL ESPAÑOL.

Causa asombro la capacidad de recuperación de la Alemania de posguerra después de los terribles golpes sufridos y, sobre todo, después de la destrucción de la industria, de la fuente misma de su vida económica. No cabe duda de que, en medio de la catástrofe, Alemania salvó lo principal de su vida social: la unidad familiar. Este libro nos demuestra que la familia alemana ha sido fortalecida y reforzada de la prueba. Las consecuencias están a la vista en los datos estadísticos, en los índices de producción de la República Federal Alemana, que rebasan en muchos aspectos ya las plusmarcas alcanzadas en las épocas de mayor esplendor de anteguerra.

«Wandlungen der Deutschen Familie in der Gegenwart», por el Prof. Dr. Helmut Schelsky. Editada por Ferdinand Enke. Stuttgart, 1954, 357 páginas.

La mayor cohesión familiar en Alemania podría considerarse como consecuencia normal de la conmoción social producida por la guerra y la miseria económica. La guerra separa a las familias. Parece natural que al terminar ésta las familias se unan más. Si, encima, sufre una sociedad la suerte del vencido, con sus modernas consecuencias sociales de destrucción radical de las instituciones políticas y económicas, reparaciones y otras cargas, y con el consiguiente empobrecimiento de grandes sectores, nada parece más natural que la búsqueda afanosa de la salvación de los hombres en la solidaridad familiar para poder empezar a construir una nueva vida desde esta base.

No vamos a discutir aquí si estas reacciones son o no naturales. Lo que no podemos afirmar simplemente es que sean, sin más, «normales». Precisamente la primera guerra mundial y su consiguiente miseria económica no provocaron, ni mucho menos, un aumento en el promedio de estabilidad de la familia, sino todo lo contrario. En lugar de hacer su aparición una tendencia al ais-

lamiento interno de la unidad familiar, hubo oleadas de dispersión y afán de placeres, de afanes políticos y de credulidad radicalista en los procesos del progreso y la revolución, así como una elevada erotización de las relaciones íntimas.

La segunda guerra mundial y sus consecuencias políticas y económicas fueron completamente distintas de los acontecimientos de 1914 a 1918. La diferencia que se puede observar en la repercusión de estos acontecimientos sobre la constitución de la familia tiene dos causas principales:

1.ª De un lado, una situación distinta de toda la estructura sobre la que operaban las influencias bélicas y posbélicas, provocando una evolución distinta de la vida familiar.

2.ª De otro lado, una diferencia de grado y esencial en los mismos acontecimientos que operaron sobre la evolución de la familia.

Después de la primera guerra mundial los acontecimientos chocaban con una sociedad altamente capitalista y burguesa, cuyo orden y estructura habían permanecido constantes durante mucho tiempo y se aferraban a viejas tradiciones. Las fuerzas dinámicas desencadenadas por la industrialización y el crecimiento de las grandes ciudades todavía no habían transformado institucionalmente la estructura social y familiar.

Además, la República de Weimar a diferencia de la Alemania del final de la segunda guerra, conservó su soberanía, la mayor parte de su territorio, toda la estructura jurídica y administrativa y fuerzas armadas suficientes para imponer el orden con arreglo a las mismas premisas anteriores.

Nada de esto ocurrió al final de la segunda guerra mundial, cuando las cosas se complicaron aun más, no sólo por las mayores destrucciones y la nueva situación antes aludida, sino por la afluencia de millones de refugiados de otras zonas y la búsqueda de nuevo oficio por parte de personas que habían perdido sus posibilidades de vida y trabajo en su tierra natal o no podían seguir trabajando en sus antiguas profesiones, prohibidas por los vencedores por razones políticas.

## LA SITUACION INTERNA DE LA FAMILIA

Hay dos hechos de enorme importancia general para determinar la vida de familia en Alemania desde el punto de vista material y espiritual: la excesiva carga de trabajo de todos los miembros de la familia, especialmente, claro está, de los padres, como consecuencia del empobrecimiento y de la mala situación económica de la posguerra y la falta de viviendas, la estrechez espacial de la vida casera, que es consecuencia del aumento de población por la afluencia de los que han sido expulsados de sus regiones y la destrucción de casa por la guerra aérea.

La excesiva carga de trabajo afecta tanto a la actividad profesional del hombre como a la doméstica de la esposa y madre. También influye en el proceso formativo de los niños ya crecidos o semicreídos. Estos efectos pueden observarse en todas las capas y profesiones, pero en mayor grado aún en las profesiones independientes y socialmente



más elevadas. Estas capas sociales sufren en este sentido más que los obreros y empleados.

El aumento de las cargas de trabajo y profesionales empezó ya en la guerra, durante la cual los hombres que pudieron permanecer en profesiones civiles, y sobre todo las mujeres, tuvieron que pechar con una mayor carga de trabajo no sólo para suplir a la mano de obra apartada de sus puestos por las necesidades de la guerra, sino para aumentar incluso el rendimiento total.

Parecía que la influencia de esta situación en la vida familiar, e incluso en la individual, podía considerarse como algo transitorio y pasajero, como algo temporalmente limitado. Sin embargo, ha habido una decepción en cuanto a la duración de la movilidad social y la capacidad para lograr un punto de reposo socialmente estático en una existencia con suficiente seguridad. Para la clase media industrialburocrática se multiplican las tareas junto con el afán general de mejorar, y no hay punto de reposo ni meta definitiva posible. En este sentido, se trata de un fenómeno duradero. Por lo tanto, las repercusiones sobre la constitución de la vida de familia son mucho mayores y rebasan lo meramente circunstancial de la escasez temporal de viviendas para imprimir su sello de una manera más definitiva.

### SITUACION DE LA MUJER EN LA FAMILIA

Podemos señalar como hecho concreto e indiscutible la reducción o el desplazamiento de la autoridad paterna en favor de un aumento del peso familiar de la mujer y de la madre en la constitución de la familia alemana. Esta evolución corresponde, por lo demás, a una tendencia modificativa, conocida desde hace mucho tiempo por los que se ocupan de la sociología familiar en todas las sociedades industrializadas.

No es necesario detallar cómo la guerra ha contribuido de manera considerable a la autonomía de la mujer dentro y fuera de la familia. En una medida hasta ahora desconocida, los padres han tenido que permanecer durante años fuera de su casa. Las familias los han echado de menos y todas las cargas y tareas han tenido que recaer sobre las mujeres. Estas tareas han recaído, en parte, como consecuencia de la obligación del servicio militar de los hombres y, en parte también, como consecuencia de la necesidad de trabajar para contribuir al sostenimiento económico de la familia. Por lo tanto, las mujeres han visto aumentadas sus tareas y responsabilidades no sólo dentro de casa, sino también, profesionalmente, fuera de ella. Es típico que en estas circunstancias la vida ha arrojado cargas muy pesadas sobre la mujer, a la que ha exigido una gran responsabilidad para el sostenimiento de la familia.

Pensemos, por ejemplo, en las mujeres de las familias de refugiados que se han lanzado a las carreteras con sus niños y los últimos restos de sus propiedades, siguiendo un penoso camino en busca de una nueva existencia que tenían que volver a organizar, a partir de nada.

Este aumento de la autonomía de la mujer rebasa el mero marco de las relaciones interfamiliares, puesto que la eleva a la categoría de representante de la familia hacia afuera, de intermediario entre el conjunto de la sociedad y el grupo íntimo familiar. Esto ha ocurrido así tanto

en los casos en que se amoldaba a la naturaleza y la manera de ser de alguna mujer en concreto como en los casos en que por naturaleza ocurría todo lo contrario.

Ahora, aun cuando los maridos hayan regresado, subsisten las dificultades económicas que obligan a seguir trabajando a la mujer fuera de casa o, por lo menos, a ayudar al marido en sus actividades profesionales, aun dentro del domicilio conyugal. Además, las mujeres se han acostumbrado a esa independencia, a su sentido de la responsabilidad por toda la familia, y esto se mantiene, aun cuando a veces surja conflicto con el marido. Pero es mucho más frecuente el caso de que el aumento de autoridad de la mujer dentro de la familia transcurre de una manera suave y natural, con un sentido de solidaridad matrimonial y sin que surja el menor conflicto. Hay que tener en cuenta que, paralelamente al aumento de autoridad y responsabilidad de la mujer, ha habido otro proceso de reducción de la responsabilidad y de la autoridad del marido. Esto es consecuencia del hecho de que no es el único intermediario ya entre la familia y el resto de la sociedad.

La autoridad del marido, si prescindimos de los casos particulares de hombres de gran personalidad o carácter, depende en gran medida de sus funciones y de su rendimiento dentro del conjunto familiar, o sea de lo que es y de lo que hace en su vida extrafamiliar, en su trabajo y en su profesión. Todo esto determina su rango dentro de la familia. Por lo tanto, ahora las cargas, las responsabilidades y la autoridad recaen más por igual sobre los dos esposos.

### CONSECUENCIAS DE ESTAS TRANSFORMACIONES PARA LA SOCIEDAD

Esta transformación de la estructura familiar es de extraordinaria trascendencia para el conjunto social. Antes de la última guerra la estructura de la familia se asemejaba en mayor grado al orden jerárquico del conjunto social, del Estado, del Ejército. Sin embargo, podemos servirnos de un ejemplo, tomado de esa sociedad de máxima jerarquización, que es el Ejército, para comprender la transformación. En todas las unidades militares, por pequeñas que sean, existe una jerarquización rigurosa, metódica y consagrada por insignias externas de mando. Sin embargo, cuando falla, por un motivo u otro el que, con arreglo a las Ordenanzas, tiene que ejercer el mando en situaciones de extraordinario apuro, suele surgir un hombre, cualquiera que sea su jerarquía oficial, que se hace dueño de la situación, ofrece una posible salvación y todos le siguen. Se trata de una autoridad natural frente a la autoridad oficial.

Esto mismo es lo que ha ocurrido con la familia alemana. En ella se ha relajado el principio de autoridad jerárquica patriarcal, para basarse en el principio de autoridad natural. Y esto es una tendencia naturalmente opuesta al orden que necesariamente impera, con su rígida jerarquización, en las complejas estructuras de la sociedad industrial y burocrática moderna.

Así, pues, las tendencias de la industrialización y las actuales de la familia tienen un claro sentido opuesto. Se trata del conflicto entre la gran organización y el grupo íntimo. El futuro habrá de decidir la ecuación que resultará de estos dos términos.



# CALMANTE VITAMINADO

Quita el dolor  
y Tonifica los nervios

PRECIOS	
UNA TABLETA ...	0.75
CAJA DE DOS ...	1.50
TUBO.....	8.90



REMEDIO EFICAZ  
CONTRA DOLORS  
NERVIOSOS,  
DE CABEZA,  
REUMATICOS,  
CATARROS, GRIPE,  
ETC.

LABORATORIOS  
PEREZ GIMENEZ  
AGUILAR DE LA FRONTERA  
(CORDOBA)



# EL PUEBLO MARROQUI DEMUESTRA

# AL MUNDO SU HERMANDAD A ESPAÑA



MANIFESTACIONES  
de AGRADECIMIENTO  
EN TETUAN

Nuestra fotografía recoge un momento de la entrevista del Alto Comisario a S. A. I. el Jalifa Muley Hassan.—Derecho: Abdeljalak Torres, jefe del partido reformista nacional, abraza al general García Valiño



EL día 21 tuvo lugar en Tetuán una manifestación de la población marroquí para agradecer a España su política, sinceramente leal y bienhechora, y repudiar al mismo tiempo los métodos empleados por Francia en su Zona, convertida por culpa de los errores franceses en avispero y escenario de intranquilidad, donde la sangre corre a diario.

El acto era normal. Pero los políticos de París al enterarse empezaron a dar visibles muestras de irritación y de nerviosismo. M. Bidault, nuestro tozudo enemigo, se apresuró a llamar al embajador español ante el Quai d'Orsay para, a través de él, hacer una advertencia al Gobierno de Madrid y comunicarle que «Francia no está dispuesta a negociar un compromiso con España sobre la cuestión de Marruecos». Al mismo tiempo se reforzaban las tropas francesas situadas a lo largo de la frontera que separa ambas Zonas del Protectorado y una escuadra del Mediterráneo, enviada desde Tolón, entraba en la base naval de Mers-El-Kebir. Y los periódicos del otro lado de los Pirineos escribían cosas como éstas: «No aceptaremos en forma alguna que nuestra presencia en Marruecos sea puesta en duda. La cuestión no llegará siquiera a plantearse.»

Pero lo más curioso de todo, algo así como una incongruencia melodramática, no era esto. Según París, el acto de Tetuán pondría en peligro la unidad del Imperio marroquí, sancionada en el

Tratado de Algeciras de 1907 y en el Pacto francoespañol de 1912, y «Francia defenderá esa unidad por todos los medios a su disposición». Pero los políticos galos olvidaban, y aquí caían en la trampa, que fueron ellos precisamente los que previamente violaron esos convenios y pusieron en peligro la unidad que invocan al destronar, el 20 de agosto de 1953, sin contar para nada con España, nación coprotectora, al Sultán Sidi Mohamed V, representado en la Zona española por el Jalifa Muley El Hassan.

Una conducta irregular, ciertamente, tenía sus antecedentes.

## UN POQUITO DE HISTORIA

Aunque tengamos el propósito de ceñirnos a los hechos actuales, no vendrá mal hacer aquí un poquito de historia, que apenas si merece el nombre de tal por lo reciente. No será cosa de insistir en las ofensas, agravios y perjuicios que se produjeron antes, durante y después de la conferencia de Algeciras. Son gajes de mala vecindad y peores intenciones, que por esta vez no mencionaremos.

Retrocedamos a 1912. Las tropas francesas hacen acto de presencia en un Marruecos medieval, que de golpe y porrazo se ve incorporado a la Europa contemporánea. Justo es añadir que nuestros vecinos se adjudicaron la zona más fértil y, a mayor abundamiento, poblada por individuos

harto menos combativos y refractarios que el berebere montañero.

A partir de 1918, Marruecos se puso de moda al otro lado de los Pirineos. Era una región accesible, cercana a la metrópoli, al alcance de la mano, como quien dice, y con perspectivas ilimitadas. Sobre Casablanca, Rabat, Salé, Mazagán, Agadir y Mogador se volcaron múltiples pequeños aventureros de la también pequeña aventura colonial. Entre los recién llegados había de todo: gente de buena fe, dispuesta a trabajar, siempre que esta labor no implicase un esfuerzo manual; especuladores que pretendían hacer fortuna (algunos lo consiguieron) en menos que canta un gallo; banqueros, comerciantes y navieros-consignatarios, que desaban continuar sus actividades metropolitanas y, en fin, la inevitable escuela de gente indeseable que siempre acompañaba a estas migraciones. Justo es añadir que a la vuelta de pocos años únicamente los primeros continuaban (y aun prosiguen) al pie del cañón. Estos son los que ahora constituyen la facción de «viejos coloniales», identificados con el país, conocedores de la situación... y que, sin embargo, se niegan a aceptar las realidades presentes, como si no hubieran transcurrido treinta y tantos años.

## HAY QUE RENDIRSE A LA EVIDENCIA

Un protectorado no es una colonia. No es ésta ocasión de es-





El general García Valiño muestra al pueblo árabe, que le aclama, el álbum que le fué entregado por el Gran Visir conteniendo el documento histórico

tablecer paralelos ni sentar ejemplos, pero fuerza es recalcar que nosotros, españoles, lo hemos comprendido así en la zona que nos fué asignada. Francia lo olvidó y ahora deberá soportar las consecuencias como las sufre en Túnez. Mientras que desde el Lucus al Muluya reina quietud, amistad y compenetración, una vez superada la etapa pacificadora, el Sur se halla en plena efervescencia. ¿Causas? Sencillas y, por lo mismo, naturalmente lógicas.

En la Zona francesa el 80 por 100 de las tierras productivas y fértiles se halla en manos de propietarios europeos. Ciertamente han realizado una labor eficiente, trazando vías de comunicación, zonas regables, puertos y ciudades, pero los árabes arguyen que fué en provecho propio, para mejor explotar los recursos del país. El indígena está relegado a la categoría de mano de obra secundaria. El 95 por 100 de los funcionarios que rigen los destinos de la tan repetida Zona son franceses. Han creado una verdadera casta, que transmite sus destinos bien retribuidos de padres a hijos, en una especie de canonjía provechosa. Alguien nos ha manifestado que la única aspiración que puede

caber al marroquí auténtico es la de conseguir alguna plaza de portero u ordenanza. Para el francés, el indígena siempre será un «bicot», indolente, vicioso y gándul, teoría que se halla muy lejos de la realidad, puesto que en múltiples casos se halla tan capacitado como los propios europeos. Esta mentalidad interesada ha creado «castas», separaciones infranqueables, y, por ende, un estado de efervescencia que, tarde o temprano, debía estallar de forma violenta. Fué un error de psicología y de táctica. Sembradores de vientos, ahora hacen cosecha de tempestades.

#### LA INSTRUCCION PUBLICA, VEDADA A LOS MUSULMANES

Existen muchas formas de retrasar o impedir que un país «protegido» alcance su necesaria madurez cultural para gobernarse a sí mismo. Una de ellas consiste en mantener el analfabetismo integral, de manera que nunca puedan constituirse esos cuadros de funcionarios indispensables a la administración, que constituye la base y armazón de todo Estado moderno, es decir, el único que puede subsistir en los tiempos ac-

tuales. Los «coloniales» afirman que el indígena es incapaz de desempeñar puestos directivos, y en algunos casos no les faltará razón. En cambio, olvidan añadir que ellos mismos son los responsables de tal estado de cosas. Y para demostrarlo bastará un ejemplo.

Un pequeño sector árabe, a fuerza de constancia y espíritu nacional, consiguió realizar estudios en la metrópoli. De buenas a primeras, el Gobierno de París facilitó estos deseos, creyendo que los indígenas instruidos en la metrópoli adquirirían un espíritu francés, asimilándose y plegándose a los intereses de Francia. Los resultados fueron netamente opuestos. Este grupo intelectual constituye hoy día el sector extremista del nacionalismo marroquí y, al propio tiempo, es también alma del Istiqlal. Ninguno se ha hecho «colaboracionista», sino todo lo contrario. En vista de lo cual se dió un viraje brusco en sentido contrario.

Desde 1937 una ley —edicto o «dahir» que jamás fué refrendado por el Sultán— prohíbe a las escuelas musulmanas enseñar otras lecciones que el Corán y el idioma árabe. A mayor abundamiento, dichas escuelas no han



Los «susis», habitantes de la Zona jalifiana, bereberes oriundos de las montañas del Atlas, se sumaron al homenaje a España con una lucida representación. Aquí los vemos desfilar ante García Valiño



Bajaes, caides, «ulemas», jueces y notables hicieron patente su hermandad a España



sido autorizadas para abrir sus aulas desde 1952. Actualmente sólo el 10 por 100 de los indígenas puede recibir una educación primaria. El resultado es que nueve de cada diez marroquíes son analfabetos. Y, naturalmente, no pueden aspirar a gobernarse por sí mismos. Que es lo que se trataba de demostrar desde un principio.

#### EL INDIGENA PAGA EL 80 POR 100 DE LOS IMPUESTOS

Sobran funcionarios en la Zona francesa de Marruecos y por lo mismo, abunda esa moderna plaga del papeleo y expedientes. En cambio, tiene la ventaja de proporcionar buenas estadísticas, que se vuelven contra los mismos que vienen confeccionándolas. Hagamos uso de una cualquiera.

El Mogreb propiamente dicho es un país agrícola y ganadero. Tierras fértiles que únicamente esperaban la bendición del agua, pastos abundantes, saltos de agua, litoral dilatado, llanuras e, incluso, yacimientos de fosfatos, que desde hace treinta años se vienen exportando regularmente por el puerto de Casablanca. «Das tercios de la superficie cultivable son de propiedad francesa»; el resto todavía está en poder de los marroquíes. Ahora veamos lo que revelan las estadísticas anteriormente mencionadas.

El 20 por 100 de los ingresos con que se nutre el presupuesto de la Zona procede del impuesto directo, y una de sus formas más importantes es la que grava los productos agrícolas de un país que es esencialmente agrícola. Ahora bien: el 80 por 100 de ese impuesto es abonado por los agricultores indígenas y el 20 por 100 restante por los colonos franceses, que, sin embargo, obtienen mayor rendimiento, ya que poseen tierras más fértiles y, de otra parte, gozan de protección y de ciertas facilidades, que les permitieron adquirir tractores, abonos y aperos modernos para una

explotación intensiva. A cambio de tales impuestos, el Estado construye carreteras y ferrocarriles; pero da la casualidad, afirman los indígenas, que dichas vías de comunicación pasan siempre junto a las propiedades francesas, olvidando las restantes.

#### LA DESTITUCION DEL SULTAN SIDI MOHAMMED

El problema político de la zona de Marruecos confiada al protectorado francés es demasiado complejo para que pueda ser resumido en unas cuartillas. Sin embargo, parece conveniente relatar algún episodio esencial a grandes rasgos. Como, por ejemplo, la destitución del legítimo Sultán.

Escuchemos el relato de un testigo presencial, que por ser extranjero merece pleno crédito y ofrece garantías de imparcialidad.

El único «pecado» de Sidi Mohamed Ben Yusef, legítimo Sultán de Marruecos, actualmente desterrado en Córcega, consiste en haber querido defender a sus súbditos. Para ello empleó la única arma que estaba en su poder: la resistencia pasiva. Así, desde hacía tiempo rehusaba el refrán de los edictos o «dahires» que venía presentando a su firma el residente general francés. Era un estorbo, y por ello fue eliminado por el sistema más sencillo, primitivo e ilegal que pueda imaginarse. Aun cuando, desde luego, con este procedimiento sólo engañaron a los cómplices interesados en la maniobra.

Desde tiempo antes bajaes, caides y gobernadores de pequeñas y grandes ciudades y poblados, es decir, los mismos individuos nombrados por el residente francés, recibieron instrucciones adecuadas. Se trataba de organizar una campaña de disidencia o rebeldía contra la autoridad suprema del Sultán. Hubo reuniones, conciliábulos y, para terminar, manifestaciones en masa en regiones donde el mando militar tiene prohibidos grupos de más de tres personas. Las tribus siguieron sin rechistar esas consig-

nas del café, es decir, del hombre que fija y recauda los impuestos, administra justicia y satisface sueldos, retiros y pensiones. Además les habían prometido poco menos que una «razzia» y que en lo por venir, con el nuevo estado de cosas, disminuirían las cargas que pesan sobre dichas tribus.

Dóciles, hambrientos e ignorantes del alcance que se pretendía dar a esas manifestaciones, los indígenas del interior avanzaron sobre Rabat y Casablanca, armados con viejos fusiles y alguna que otra todavía más antigua espingarda. Nadie detuvo ese avance escandaloso y pacífico. Era como ir a correr la pólvora. El gobernador francés de Fez declaró a un grupo de periodistas que había incitado a las tribus del interior para que avanzaran sobre la capital, prometiéndoles un racionamiento especial. Tal fue el «movimiento espontáneo de masas contra el Sultán», pregonado a voz en grito por la Prensa francesa. El residente, general Guillaume, destituyó a Sidi Mohammed personalmente, embarcándolo de una forma punto menos que clandestina en cierto avión que tenía preparado. Paris, poco amigo de cargar con responsabilidades, afirmó que la iniciativa había partido del general Guillaume, inclinándose ante los hechos consumados. Y Sidi Mohammed Muley Ben Arafa ocupó, de la noche a la mañana, el lugar que había quedado vacante por arts tan peregrinas como ilegales. Todo esto ocurrió el día 20 de agosto de 1953, mientras los tanques y carros blindados franceses cercaban el palacio de Rabat y el general Guillaume trataba al legítimo e indiscutido Sultán del Mogreb con las mismas maneras como la Policía expulsa a cualquier indeseable de un país extranjero.

#### «MANO NEGRA» Y «MANO BLANCA»

Aun cuando el indígena de la Zona francesa está muy lejos de poseer la fiereza combativa de nuestros montañeses de Beni-Urriaguel y Bocoya, son auténti-

cos bereberes que no pueden compararse con los senegaleses del Gambia. Este ha sido otro error de los franceses colonialistas: no saber discernir entre unos y otros ni aplicar los métodos convenientes. Sea como fuere, el golpe de fuerza constituido por la destitución, arbitrariamente fulminante, de Sidi Mohammed Ben Yusef produjo resultados diametralmente opuestos a los que, sin duda, esperaban en la Residencia. El viernes siguiente la mezquita estuvo desierta a la hora de la plegeria y los propios muecines se negaron a decir la en nombre del nuevo Sultán. Alguno, más sutil o acomodaticio, invocó simplemente a Sidi Mohammed, sin precisar si era Ben Yusef o Ben Arafa, aun cuando para su fuero interno fuera el primero.

Y una semana más tarde entraba en acción la «Mano Negra».

¿Qué es la «Mano Negra»? Para el general Guillaume y la Policía francesa, una partida de terroristas dispuestos a sembrar el pánico por toda la Zona francesa de Marruecos. Para los nacionalistas, un grupo de patriotas dispuestos a defender sus derechos por todos los medios, sean cuales fueren, contra la ilegalidad hecha ley por la nación «protectora». La acción directa es su línea de conducta. Pistola, puñal y bomba de mano, los elementos contundentes que emplean para imponerse al «colaboracionismo». No es cosa de ir detallando uno por uno los múltiples atentados que llevan cometidos. Baste consignar los siguientes hechos esenciales. Durante el mes de diciembre último ochenta individuos, todos marroquíes, han caído bajo el arma vengadora. Sin contar la bomba del mercado de Casablanca, que ocasionó treinta víctimas. Ahora bien, cabe añadir un detalle importantísimo: hasta la fecha ninguna de las víctimas inmoladas es europea. Obsérvese que escribimos «hasta la fecha», porque el porvenir aparece bastante incierto. Nadie sabe hasta qué extremos puede llegar el terrorismo una vez desencadenado.

Contra la «Mano Negra» se ha creado la «Mano Blanca». Diguemos, sin ir más lejos, que esta



El teniente general García Valiño, acompañado de altos representantes del pueblo árabe

última es ni más ni menos que una organización protegida por la misma Policía. Gentes a sueldo que responden con el atentado personal al atentado, y con el rapto, al secuestro. A nosotros, españoles, que estamos de vuelta de muchas cosas, esta lucha nos recuerda los tiempos en que los pistoleros del «único» y del «libre» se ametrallaban por las calles de Barcelona. Sólo que en el presente caso no se juega una puesta social o anarquizante, sino el futuro del Mogreb sometido al protectorado de la «dulce Francia». O, mejor dicho, para ser justos y que no paguen inocentes por pecadores, a los turbios manejos y a las torpezas de la IV República de los múltiples y fugaces Gobiernos relámpago.

#### LA INUTIL ILEGALIDAD

A estas alturas, es decir, cinco meses después del «golpe de Estado» del 20 de agosto, todos empiezan a darse cuenta de que aquel acto de fuerza ha sido inútil.

Se anunciaron a los cuatro vientos unas reformas que, al parecer, eran, ante la negativa de S. M. Mohammed V a firmarlas, la causa que entorpecía las relaciones franco-marroquíes. Pero, hecha la sustitución del trono de Rabat, ¿qué ocurre ahora? ¿Qué nuevos obstáculos se presentan? Porque todavía está por llegar la hora en que estas reformas, anunciadas un día y otro por la Prensa francesa, vayan a iniciarse, y, por el contrario, los marroquíes de la zona sultaniana van perdiendo paulatinamente sus escasas libertades y derechos.

Francia impuso a Marruecos un Sultán que ni reina ni gobierna. Encerrado en su palacio de Rabat, que guardan seleccionadas tropas francesas, Muley Arafa se limita a poner su sello a cualquier papel impreso que le presentan, por mero protocolo, los funcionarios franceses, pues el nuevo Sultán no tiene ninguna clase de poder, si no es en teoría. La zona sultaniana ha perdido su soberanía para convertirse en un ilegal conglomerado de cosoberanía gala, donde los franceses gozan de todos los derechos y están eximidos de cualquier obligación de nacionalidad. Han desaparecido el Majzen—Gobierno—

marroquí y también otros organismos gubernativos para dar paso a un Gabinete franco-marroquí con mayoría francesa, auxiliado por un Consejo de Visires y Directores, donde los marroquíes se hallan en minoría. La tutela o intervención ha pasado a ser participación. El sueño de engrandecer a la Unión Francesa ciega a los colonizadores galos. Y mientras el fantasma comunista espera su hora para dar el golpe de gracia a la presencia francesa en Africa del Norte. Francia, con un proceder suicida, está destruyendo a Francia en Marruecos.

Muley Arafa está hoy encerrado en su palacio, que es el único imperio de su realeza: una carga penosa que le hará desear con nostalgia aquellos días en que iba a hacer su compra al mercado de Fez, pasaba las tardes apacibles junto a su pipa de «kiff» y esperaba el fin del mes para ir a cobrar los cinco mil francos que tradicionalmente cobran los «chorfas» alauitas amigos de Francia. ¿Dónde están todos aquellos caides, «ulemas» y notables que, «invitados» cortésmente por los «controleurs» franceses, sancionaron la proclamación de un espontáneo sultán? No habla ninguno, no hay coactivas marchas de los jinetes bereberes contra los terroristas. El Glauí se encerró en Marrakech, dolido porque Francia no premió suficientemente, a su juicio, su inagotable ambición. El sherif Kitani, rodeado de guardaespaldas, no ha podido conseguir, con todo su «prestigio» religioso, que los imanes de Fez recen en las mezquitas, a las que no asisten los creyentes porque consideran un pecado que de sus labios surja el nombre de Muley Arafa.

#### UN PUEBLO AGRADECIDO

El pueblo marroquí supo estimar en su medida el gesto de España al repudiar ilegales conjuras y hacerse fiel eco de sus justos anhelos. De Norte a Sur, de Este a Oeste, Marruecos, esperanzado, agradeció expresivamente la comprensiva postura española. Agradecimiento que tuvo la lógica resonancia en los países islámicos del Oriente Medio. Los marroquíes anhelaban agradecer públicamente a España, en la per-



Las cofradías pasan, llevando sus enseñas y estandartes, ante el Alto Comisario de España en Marruecos



sona de su representante en Marruecos, teniente general García Valiño, sus desvelos y cariño por el país. Para dar cauce a este anhelo popular surgió la idea entre las altas autoridades marroquíes de rendir un gran homenaje a España. Homenaje emocionante, entusiasta, nacido a flor de corazón y sin relación alguna con turbias maniobras u oscuros propósitos, como ha intentado difundir la propaganda francesa, muy ligera en hablar, teniendo tanto que callar.

He deseado que todos los españoles hubieran sido testigos de este acto de adhesión ferviente hacia España, fruto maravilloso de la hermandad hispanomarroquí, simbolizada por miles y miles de voces que gritaban hasta enroquecer: «¡Viva España!» Una concentración jamás conocida por su muchedumbre y su entusiasmo. El pueblo entero, sin distinción de clases sociales; más de veinticinco mil marroquíes, llevando a su frente a los emires Muley Mohammed, Muley Ahmed y Muley Mehdi, al Gran Visir con todo el Gobierno jalfiano, a todas las autoridades marroquíes de la Zona, a los «ulemas», a los jefes de las cofradías religiosas, a los de los partidos políticos y a los notables. Jamás Marruecos se vió tan ampliamente representado ni vibró con tan emocionado entusiasmo. Gentes llegadas de los más apartados rincones del campo, montañeses, rifeños, hombres del Luctus y de Gomara, árabes y bereberes, poderosos y humildes, profesores y artesanos.

#### LA POSTURA DE LA ZONA JALIFIANA

El Gran Visir entregó al Alto Comisario un álbum con cuatrocientas treinta firmas de autoridades «ulemas» notables, representaciones de las cofradías religiosas, zaulas, partidos políticos, profesores, letrados y representaciones de todas las actividades del país. El secretario general del Visirato leyó públicamente, entre muestras de entusiasmo del pueblo, el contenido del documento ya conocido, en el que, tras de agradecer a García-Valiño la obra que en nombre de España desarrolla y mostrarle una adhesión incondicional a su política marroquí, se solicitan ciertas nuevas disposiciones en el seno de la zona jalfiana.

Las palabras que en contestación pronunció el Alto Comisario fueron acogidas con delirante entusiasmo por la muchedumbre que se había reunido alrededor del representante de España en asamblea de paz.

La zona jalfiana ha vivido una jornada histórica. Como dijo García-Valiño: «A partir de ahora irán los marroquíes consiguiendo a marchas rápidas los deseos que a todos os embargan. Os lo prometo así y estoy seguro que el Generalísimo Franco me respaldará en esta labor...»

Recoge España la cosecha de una siembra generosa. La zona jalfiana hoy es una hermosa lección que debe ser aprendida.

(En este reportaje han intervenido nuestros enviados especiales Fernando P. de Cambra, desde Casablanca, y Ramiro Santamaría, desde Tetuán.)

## LOS BIENES PUBLICOS

**N**O vamos a polemizar sobre la naturaleza jurídica del derecho atribuido a los particulares con relación a los bienes que se llaman «de dominio público». No entra en el propósito que inspira estas líneas la discusión sobre el acierto o el error de las teorías que explican este derecho como una servidumbre, un verdadero derecho de propiedad ejercido por los ciudadanos, un favor o beneficio otorgado por el Estado, o un derecho inherente a la condición de miembro de la comunidad social. Nos interesa solamente hacer algunas consideraciones generales sobre el modo de realizar este derecho, sobre su proyección externa.

Por el hecho de ser miembro de la colectividad social, por nuestra mera y simple condición ciudadana, tenemos acceso al uso, al aprovechamiento, a la utilización del servicio de ciertos bienes del Estado, de la provincia y del Municipio. Ríos, carreteras, calles, parques, edificios, ferrocarriles... Confluye, en estos bienes, una titularidad colectiva de utilización, de disfrute: la de todos y cada uno de los miembros de la sociedad. Y es precisamente esta confluencia de los derechos iguales de todos la que debe limitar el ejercicio del derecho de cada uno, la que debe inspirar la conducta de todos en el momento de usar los bienes públicos.

La frase popular «la calle es de todos», no se puede entender en el sentido individualista que convierte la calle en un campo sin dueño en el que todos actúan guiándose únicamente por su preferencia personal, por su arbitrio particular, por su gusto. «La calle es de todos» significa, debe significar, precisamente todo lo contrario: que siendo de uso público, general, nadie debe utilizarla sin armonizar el uso que haga de ella, con el uso que, al mismo tiempo o después, hagan los demás. Porque es esta otra de las características generales de los bienes de dominio público: que por su naturaleza y su destino existen para ser utilizados, simultánea y sucesivamente, por los miembros de la colectividad. Y de ella deriva la obligación para todos de ejercitar su derecho sobre estos bienes sin disminuir, ni anular, el futuro ejercicio de otros titulares. El asiento que utilizamos en una estación de ferrocarril, en un parque, en un vagón, lo utilizarán después otros.

Porque no se trata sólo—aunque sería, desde luego, un gran avance en las costumbres sociales—del total y estricto respeto a las leyes administrativas, a las ordenanzas y reglamentos que marcan el modo y los límites del uso y aprovechamiento de los bienes públicos. Debemos, todos, aspirar a más. A cumplir, tanto como la letra, el espíritu de estas leyes y disposiciones. A tratar los bienes de los que todos somos en parte titulares, con la misma o mayor consideración que exigimos a los demás cuando utilizan nuestros bienes propios. A establecer un clima contagioso de buena educación social.

Ningún otro tiempo, en España, haya sido seguramente más propicio que éste para corregir, en lo que conviene y en la medida oportuna, nuestro afeño individualismo, nuestra despreocupación tradicional por la conservación de los bienes materiales. Hoy, desde las esferas más altas de la Administración, se vive, día a día, la preocupación eficaz por la mejora de todo aquello que constituye la materia sobre la que vive nuestra sociedad: nuestros campos, nuestras ciudades, nuestras carreteras, nuestros bosques. Y es, sin duda, una expresión del mejor y más hondo sentimiento de patriotismo el respeto y cuidado que tributemos a todo ese conjunto de cosas destinadas a hacer más cómoda, más fácil y mejor nuestra convivencia nacional. Juzgamos de primera intención, inevitablemente, a los habitantes de una casa por el aspecto de las fachadas, por la limpieza de las habitaciones, por la conservación o el deterioro de los muebles. Nos juzgarán también, y debemos juzgarnos a nosotros mismos, como pueblo, de acuerdo con el aspecto que presentan las cosas que forman nuestro ajuar ciudadano común, por el trato que dispensemos, en suma, a nuestros bienes públicos.

EL ESPAÑOL



# TRES PERIODISTAS EN JAQUE



Prins, el holandés vencedor del torneo «Trofeo Pujol»



Vidal, campeón del Casino de Tarragona



Tablero de clasificación. El señor Pujol presencia una partida

60<sup>o</sup> TORNEO INTERNACIONAL  
Trofeo Agustín Pujol 3<sup>o</sup> año  
1954

N <sup>o</sup>	Nombres	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	Puntos
1	VIDAL	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
2	MORA	1	1	0	1/2	1/2	1	1	1/2	1	1	1	1	1
3	PÉREZ	1	0	0	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
4	PRINS	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
5	DURAO	1	1/2	0	0	0	1/2	1/2	1/2	0	1	0	1	1/2
6	BELTRÁN	1	1/2	0	1/2	1/2	1	1	1/2	1/2	1/2	1	1	1
7	GAU	1	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
8	COMAS	1	0	0	1/2	0	1	0	0	0	0	1	0	1
9	TORÁN	1	1/2	1/2	1	1/2	1	1	1	1	1	1	1	1
10	PUIG	1	0	0	0	1/2	1	1	0	1	1	1	1	1
11	SANZ	0	1	0	1	1/2	1	0	0	0	0	0	0	0
12	RECASENS	1	0	0	0	0	1	1	0	1/2	1	1	1	1

## EN TARRAGONA SE CELEBRA EL "TORNEO AGUSTIN PUJOL DE AJEDREZ"

El acontecimiento ajedrecístico internacional desarrollado en Tarragona con el «Trofeo Agustín Pujol» ha dejado una huella clara del interés que despertó entre los cientos de aficionados. La atención que éstos prestaron ante los tableros ocupados por figuras extranjeras y nacionales, y el estímulo que la presencia de ellas representa anualmente para los más destacados jugadores tarraconenses, ha sido ya lo suficientemente estereotipado como para no insistir sobre tal aspecto.

Ciertamente, el certamen ha tenido calidad y emoción por el forcejeo que han mantenido el maestro internacional, Prins, y el campeón de España, Torán, para inscribir su nombre en el precioso y monumental trofeo de plata que ya tiene grabados los de Arturo Pomar y Antonio Medina. Al final llevó el gato al agua el gigante holandés, que en esta gimnasia del cerebro que es el

ajedrez ha demostrado ser un auténtico maestro. Para Torán ha sido el segundo puesto y el mérito, además, de ser el único que no ha conocido la derrota, siguiendo Mora, que ya se reveló en Hastings; Pérez, un ex campeón de España, y Beltrán, el pequeño campeón del C. A. Barcelona y otra de las promesas españolas en esta complicada ciencia-deporte —así no herimos susceptibilidades— del ajedrez. El que Beltrán con su corta estatura y su peso mosca derribase la fortaleza y el metro noventa de Prins sobre el mágico cuadrado no deja de constituir un buen dato. Y el que Mora, en la última partida del torneo, frente a Puig, conservase hasta el final de aquella sus ocho peones intactos, también queda, aparte la circunstancia curiosa, como una posible lección de estrategia difícil de imitar.

Sin alejarnos de él, sin embargo, nosotros hemos querido hacer

de observadores un poco al margen de todas las damas, reyes y torres que en el torneo han sido. Y aun sin dejar de sentir la inquietud expectante de los jaques, nos inclinamos por recoger el detalle anecdótico, humano, para estas columnas inolvidables de EL ESPAÑOL.

### TRES PERIODISTAS JAQUEAN

No se puede negar que la Prensa ha estado bien representada en el certamen. Porque Lodewijk Prins, el vencedor, es redactor de la Oficina General de Prensa Holandesa (A. N. P.), que radica en Amsterdam. Hombre correctísimo, apacible, prudente, que con su castellano aprendido sin gramática en sus viajes a España e Hispanoamérica, ha sabido captarse la simpatía de todos, Prins ha escrito más de veinte libros de ajedrez, considera al estonio Keres como el mejor ajedrecista al que se ha enfrentado;





Prins y Torán, primero y segundo clasificados, cambian impresiones ante el «trofeo» con nuestro colaborador



Los aficionados siguieron cada día y con creciente interés el desarrollo del torneo



Prins, el gigante holandés, y a la derecha el pequeño Beltrán

una partida suya ganó el premio de belleza en Karlovk Vary y Marianzke Laszne (Checoslovaquia); juzga a los rusos los mejores maestros y al ajedrez espa-

ñol muy agresivo y en franco progreso.

Sin embargo, Prins no es locuaz ni expresivo como periodista. ¿Qué se opina en Holanda de la

actual situación europea?, le preguntamos. Y Prins, enrocándose, asegura con titubeos que allí no se espera que haya guerra por el momento y que se tiene la esperanza de que ahora, en Berlín, se arreglarán algunas cosas. Como Prins no nos descubría el Mediterráneo, giramos el disco.

—¿Qué regalos llevará de España a sus hijitas?

—Guantes, castañuelas y abanicos.

—¿Y a su esposa?

—Nada—contesta sonriente.

Prins, como diplomático, no tendría carrera...

#### FRANCISCO J. PEREZ. UN GALLEGO QUE HABLA CATALAN

Francisco J. Pérez, asiduo colaborador del diario «Marca» y de otras publicaciones, es el segundo de a bordo dentro de la profesión. Gallego de nacimiento, pasó después mucho tiempo en la capital de España y ahora lleva ya tanto en Cataluña que habla catalán correctamente, dentro de su simpática y defectuosa dicción.

Pérez ha ratificado sus condiciones y aptitudes de excelente ajedrecista. Todo un ex campeón de España no podía dejarse en mal lugar.

#### JOAQUIN DURAO, PERIODISTA PORTUGUES

Durao, sericito, siempre pensativo, es el subcampeón de Portugal y el tercer periodista «en concordia». Colaborador del «Norte Deportivo», de Oporto, y de algunas revistas lusitanas de cine, nos reconocía que el ajedrez vecino estaba en manifiesta inferioridad respecto al español. Claro que él, en este sentido, se considera casi un español más. Sus abuelos eran españoles, y él aprendió a mover las piezas en Táy.

Al término del torneo le hemos sorprendido hablando amigablemente con el señor Pujol y vivamente interesado, por su parte, en desarrollar en Portugal una campaña análoga hasta conseguir que el ajedrez llegue también a las escuelas. «Un tablero para cada aldea», va a constituir el programa que Durao, esperanzado, se lleva hacia Lisboa.

#### BELTRAN, EL DAVID DEL CERTAMEN

El único tropiezo del maestro holandés —aparte las tablas que determinaron su confrontación con Torán, aunque ya esto no signifique sorpresa— lo sufrió frente al pequeño Beltrán, en la antepenúltima ronda, lo que dió lugar a que Torán pasase al primer puesto y la pugna por el título entrase en una nueva y emotiva fase. Un peso ligero del tablero, dicho sea en el sentido físico, venció al corpulento Prins, que tomó asiento, como siempre, sosegadamente, mordisqueando su inseparable habano, repitiéndose así el suceso bíblico de una forma sorprendentemente fácil. El campeón barcelonés llevó la iniciativa siempre y hasta logró la captura —celadas entre caballeros— de la dama de su enemigo, que se vió obligado a inclinar su desconsolado monarca pocas jugadas después.



## COMEDORES Y BEBEDORES

La organización del certamen ha sido un modelo. Los cuidados y diligencias de los directivos del C. A. Tarragona han merecido, justamente, los más sinceros elogios. El público pudo seguir muy de cerca las incidencias del torneo. La aproximación hasta los mismos jaques no le estaba vedada, como es natural, a Máximo Quismondo, «Machín» para los clientes del Casino, el joven y campechano barman que procuraba con presteza reponer por la vía rápida los desgastes mentales de los esforzados calculadores.

—¿De dónde sacaste ese apellido?

—De Toledo, hombre.

—¿Cuál ha sido el más afectuoso de los ajedrecistas?

—Mora.

—¿Y el de mayor apetito y sed?

—Vidal y Comas.

—¿El de carácter más serio?

—Sanz.

—¿Y el más generoso?

Máximo no sabe qué decir. Por lo visto no ha comprendido aun que los ajedrecistas no son rentistas. Pero el muchacho, esta es la verdad, anda satisfecho de haberse relacionado con los ajedrecistas y hasta seguido, por encima de los cafés con leche y el agua mineral, algunas fases de las partidas.

### UNA COMIDA A BASE DE ROSQUILLAS

Recasens ha sido el primer jugador tarraconense en la clasificación para locales. Los éxitos de los tableros de la ciudad han sido varios, pues tanto Recasens como Comas han puntuado ante los maestros. El único que no puntuó fué Juan Vidal, campeón del Casino. Vidal es un excelente aficionado al ajedrez, pero, como era natural, su ambición quedaba reducida a la satisfacción de participar en el certamen, en plan de estímulo y provechosa lección. Es un gran deportista y abandonó sus fórmulas farmacéuticas por espacio de diez días para enfrascarse de lleno en las variantes, en la defensa india de rey, en la apertura siciliana o en la simétrica, porque él ha tenido la prudencia de batirse a la contra. «Conste que Vidal me dió mucho trabajo», nos decía Torán entre la natural complacencia del propio Vidal.

Pues bien: Vidal ha cosechado ceros a lo largo del torneo, y sus amigos han proyectado una comida en su honor y en cuyo menú figurará la redondez de una tortilla, calamares a la romana, pescadilla triste y rosquillas como postre. Todo a base de platos «circulares», como sabroso y divertido epílogo del torneo.

Bien puede pensarse que Vidal, cumpliendo cortésmente con sus deberes de anfitrión —el torneo ha tenido por marco los suntuosos salones del casino—, ha rendido su monarca en cada jornada. Sus sucesivas derrotas no han conseguido atenuar su tenacidad



Agustín Pujol presencia con interés el desarrollo de la partida Pérez-Torán, ante la expectación del camarero

y él ha proseguido hasta el final para obtener esa limpia victoria de la cortesía. Estamos seguros que Vidal aceptará con el mejor humor esos platos simbólicos que le preparan quienes han seguido con interés y deseos de que triunfara —lo que ha estado bien cerca en alguna ocasión— sus maniobras ante los blancos y negros.

### GRATITUD Y RECONOCIMIENTO

Y hay que cerrar estas impresiones rápidas señalando la gratitud y reconocimiento de los tarraconenses todos y de los ajedrecistas y aficionados, en particular, hacia la munificencia y altruismo de don Agustín Pujol, presidente de la Federación Española de Ajedrez, patrocinador del certamen. Las autoridades lo pusieron ya de relieve en los breves discursos de apertura y en los resumidos parlamentos de clausura. Los ajedrecistas del Casino tuvieron la gentileza de ofrecer al señor Pujol una medalla de oro —le correspondía de plata— como testimonio de su gratitud y recuerdo de su participación en el torneo social, del que se proclamó subcampeón. «Por Tarragona, lo que sea.» Estas fueron las palabras de don Agustín Pujol, que tantas muestras de cariño y tantos esfuerzos realiza para atenuar a su querida ciudad.

David CASTILLO BIESA



El Gobernador Civil de Tarragona, González-Sama, conversa con el patrocinador del torneo, Agustín Pujol



Los participantes, miembros directivos y árbitros, rodean al presidente de la Federación Española de Ajedrez



# ESA FAMILIA DE

## UN HOMBRE QUE LLEVA PRISA

### COMO VIVE Y COMO SE DESENVUELVE



Así comienza su jornada de trabajo cualquier español de la clase media. Sale precipitadamente del Metro mirando su reloj de pulsera.

La clase media es ese gran grupo de gente que camina por las calles, que toma el sol en los bancos de los paseos, que hace cola ante las taquillas de cualquier espectáculo público o que, simplemente, sin mayores preocupaciones aparentes, ve pasar sin prisa la vida misma, por delante de sus ventanas o de sus balcones. Porque la clase media, en España, desde luego, existe. Ya no son, como es lógico, las personas de comienzos de siglo o los habitantes tipificados del final de la Dictadura. Aquellas familias pasaron y pasó, por consiguiente, la específica característica que entonces distinguía a la clase media de tales tiempos. Hoy la clase media española ya no es la misma. No viste el mismo, no piensa de la misma manera, no se reúne con arreglo a idénticos convencionalismos, no frecuenta los mismos lugares de diversión que entonces, no tiene el mismo tipo de cultura de sus antepasados y no constituye, en suma, el espejo o imagen de aquella «sufrida» clase media que tantos argumentos, tantas escenas y tantas situaciones proporcionó a nuestros comediógrafos de todos los talantes.

Hoy la clase media ha evolucionado conforme evoluciona todo. Hay, quizá, en su transformación la misma distancia que se cuenta entre el hombre de la Edad Media que buscaba tesoros por los montes y el hombre de nuestros días que sueña con dinero relleno de quinielas de fútbol. En el fondo, como puede verse, los une un vínculo. Pero los hombres son distintos. Ya no ven los acontecimientos con idéntico enfoque, aunque la esencia se conserve. Y esa esencia, purificada, metamorfoseada, contenida,

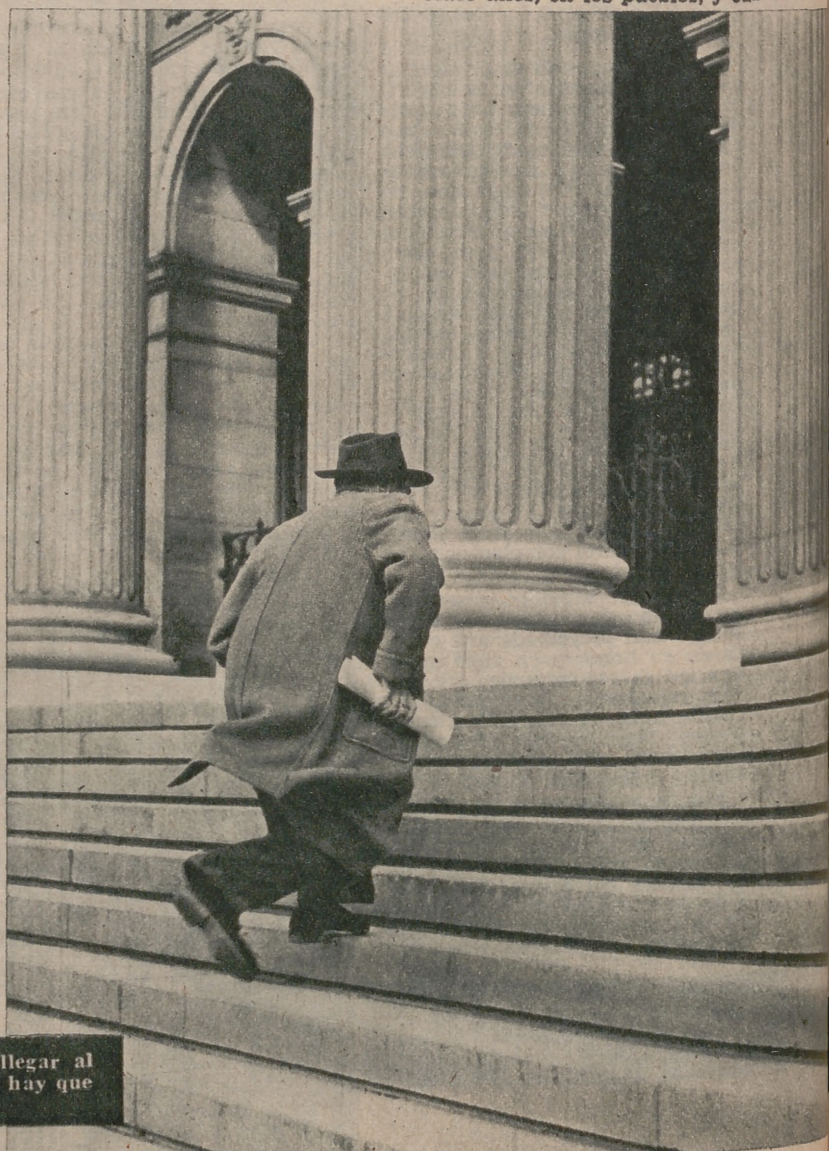
No siempre sobra tiempo para llegar al lugar de trabajo, y algunas veces hay que correr de verdad.

es la que define y caracteriza su existencia.  
Veámosla.

#### LA FAMILIA ES LO PRINCIPAL

La familia continúa siendo el eje principal alrededor del cual giran todas las actividades de los integradores de tal clase en España. Aunque, en general, la familia sigue perpetuando en España su honrosa tradición, sostenida y conservada con justicia a lo largo de los años, la familia de la clase media es, quizá, la más representativa de nuestras capitales.

Hace años, en los pueblos, y ca-





# LA CLASE MEDIA...



Esta es una de las ocupaciones a que nuestro hombre dedica la mañana. En estos momentos es empleado de Bolsa

si en las aldeas, había siempre dos o tres personas que, con mayor cultura y menor cantidad de dinero que cualquier vecino—por muy ilustrado o muy indigente que fuese—del lugar, constituían la representación activa de la clase media de entonces. Eran el maestro jubilado, el médico que tenía un pueblo demasiado pequeño, la viuda del que fué el más rico del poblado—fué, porque la fortuna se voló en los casinos de moda—o las huérfanas del veterinario, que murió en la capital, de una pulmonía. Parte de estas personas han emigrado a la capital.

En la capital de la provincia, la clase media llegada del campo vive en una habitación reaalquilada, está de huésped en una modesta, aunque limpia, pensión y trabaja. Las personas que, en estas condiciones, son jóvenes todavía, tienen una ilusión: formar un hogar propio; en definitiva, una familia.

## EL PADRE TRABAJA MUCHO

Localicemos, ya en la capital, una familia cualquiera.

El padre tendrá unos cincuenta años y hace treinta que se casó. Su padre, o sea el abuelo, que ya no vive, era militar. Militar de los tiempos antiguos, de los de duelo y bigote, de los de guerras contra legendarios enemigos. El hijo empezó estudiando algo. Quizá para Leyes, quizá para Humanidades. Mas lo cierto es que se licenció y que, por presión paterna, con muy buen acuerdo, hizo unas oposicioncitas—que por entonces eran mucho más fáciles que ahora—y se encontró convertido de repente en funcionario de una empresa cualquiera. Va por las mañanas a la oficina, y en-

tre las pagas extraordinarias viene a salir por dos mil quinientas pesetillas al mes.

Pero el hombre tuvo cinco hijos. El hombre quería—y quiere todavía—a su mujer. Claro, lo que son las cosas. Hubo que sacar a la familia adelante y em-

## CANTERA DE INTELLECTUALES Y UNIVERSITARIOS

plearse por la tarde en una empresa particular para llevar la contabilidad del negocio. De siete a nueve, lo mismo.

—Buenas, don Ramón; aquí tiene usted las facturas del día.

Y don Ramón, mientras se ejercita por enésima vez en la contabilidad por partida doble o en el método hamburgués con una variante personal, piensa en la partida de dominó que estarán echando en el café, a esas horas, los amigos que, como él, son también funcionarios, pero con menos familia. Ahora que, eso sí, los sábados por la tarde se desquita. Los sábados por la tarde no hay ni oficina ni contabilidad, ni nada. Hay sólo dominó. Dominó hasta las nueve y media que regresa a cenar. Que los sábados por la noche tiene que llevar al cine a la mujer. Al fin y al cabo, la pobre se pasa toda la semana metida en casa. Por lo menos, eso dice ella.

De nueve y media a diez y media, los días corrientes, es profesor en una academia de cultura general, donde, mientras toma la



Aunque sea con prisas, no hay más remedio que tomar un café en la misma vía pública. Aun es preciso atender su pequeña tienda para no perder el contacto con los clientes





Son las dos de la tarde, y aquí le volvemos a ver arreglando el escaparate de su mercería

lección a los alumnos, recuerda sus tiempos, sin obligaciones, de estudiante, y mientras pregunta a las alumnas, sueña con la grácil figura que tenía su mujer cuando, el muy romántico, estaba abobado por ella. Tan abobado que hacía versos y todo. Hoy sólo le salen, de vez en vez, aleluyas.

En resumen, el hombre se planta en tres mil quinientas mensuales—que son cuatro mil, pero de esta diferencia no saben nada en casa, porque, si no, ¿y el dominó, el café, el tabaco y las rondas que hay que pagar alguna que otra vez?—, y allá fueron, haciendo sus carreritas, los chavales.

#### LA MADRE SIEMPRE ENCUENTRA LA PLAZA MUY CARA

Amalia es la mujer. La verdad es que todavía le brillan unos bonitos ojos pardos y conserva una innata elegancia en el andar. Esta mujer tuvo que tener un gran tipo. Pero cinco hijos, además de otro que no llegó a venir, son muchos hijos. Su preocupación fundamental ahora es la casa. La casa y el ahorro.

—Ramón, no tires ceniza por el suelo.

El padre, la primera colilla si que cae dentro del cenicero, pero la segunda...

—Estos chicos son unos adanes. En cuanto llegan, todo lo dejan por en medio. No colocan nada.

Por la mañana va a la compra. Hace tiempo que no tienen criada. Antiguamente, ella no recordaba a su madre sin servidumbre. Era, la muchacha, una criada que los jueves, cuando la abuela recibía a sus amistades y las invitaba a merendar auténtico chocolate con picatostes—¡cómo han variado las costumbres!—, se vestía de tiros largos,

se ponía su almidonada cofia, su uniforme hasta los pies y parecía alguien. Todavía hoy, en muchos hogares, la muchacha de servir tiene su puesto.

Por eso, las antiguas señoritas de manos cuidadas, que apenas rozaban a los canarios cuando les echaban alpiste para la comida, han tenido, por fuerza, que guisar la comida de todos, que lavar, cuando ha sido necesario, la ropa de los hijos y que hacer las camas de aquellos salvajillos menudos que se marchaban al colegio. Y lo han hecho con gusto, contentas, porque la concepción de la vida ha variado, no es la misma. Aunque, eso sí, todos los meses digan al marido, cuando éste entrega el sobre con la paga:

—A ver si este mes podemos comprar el aspirador...

Amalia, doña Amalia, por el polvo, siempre protesta:

—¡Mira qué de polvo hay en esta librería! Tiene una que estar en todo, ¡Jesús!

Cuando vuelve de la compra, ¡qué día es el que no dice lo mismo!

—No sé adónde vamos a ir a parar. ¡Hay que ver lo cara que está la vida! Un kilo de patatas, ¡dos pesetas!

Y don Ramón escucha, cuando la oye, y piensa que es verdad, que una cajetilla de tabaco rubio vale dos duros, y una caña de cerveza, dos pesetas. Y, ¡qué caramba!, uno no tiene más remedio que alternar, por eso de la representación.

#### LAS HIJAS QUE ESTUDIAN EN LA UNIVERSIDAD

Luego están los hijos. Eso, sí; los hijos de ahora tienen otro nivel cultural superior al de los hijos de antes. Han variado, ya lo hemos dicho, los

tiempos. Y la juventud lee más, estudia más y, en definitiva, puede enjuiciar mejor los acontecimientos, porque ha conseguido base y fundamento para ello.

Tres hijos y dos hijas constituyen el fruto de la familia. Año o año y medio se llevan entre sí. Primero vinieron los hombres y luego las mujeres. Veintiocho el mayor y veinte la pequeña.

Una, Piluca, la mayor de las niñas, estudia en la Universidad. Aun no ha terminado la Licenciatura, pero lo hará el año que viene. Sus notas son corrientes: hay de todo. Pero la chica—así debe de ser—lee mucho; conoce la obra más representativa del último Pulitzer, ha leído todos los premios Goncourt, distingue sin titubear las últimas creaciones de Matisse, recita a la perfección la Historia de los Estados Unidos de América—sobre todo a partir de la guerra de Secesión hacia acá—, no confunde a los Reyes Católicos con los Reyes Magos y sabe—y esto sí que es de veras importante—lo que hay que dar de alimento a los niños recién nacidos, porque estudió en un Albergue todo un perfecto curso de Maternología. Encima, cuando va al cine calibra a los directores y tiene perfecto gusto por las películas: le emocionan las auténticas obras de arte. Ella dice que todo esto no tiene la menor importancia:

—En la Universidad somos cada día más. Y todas podemos aprender las mismas cosas. Al fin y al cabo no son tan difíciles y, ¿verdad que sí?, son bien bonitas.

La chica no tiene novio todavía, pero hay un estudiante de Derecho, que también termina el año que viene, que la acompaña mucho. Al fin se casarán y tendrán, por no cambiar, varios hijos. Pero la madre futura les podrá explicar, desde pequeños, las glorias de la Historia de España en vez de los antiguos cuentos del feo hombre del saco.

La otra más pequeña trabaja con el padre, de mecanógrafa, en la misma oficina. Antes, en la vetusta clase media española, las mujeres no podían estudiar, ni trabajar, ni hacer nada. Tal vez aprender piano. Todo esto ha variado. El fundamental aspecto de las mujeres de la clase media española es que hoy estudian o trabajan. Es, desde luego, la mejor conquista. Una conquista que les ha permitido avanzar hacia la consecución de esa legítima aspiración femenina: la igualdad jurídica del hombre y de la mujer.

#### LA INTELLECTUALIDAD SALE, PRINCIPALMENTE, DE LA CLASE MEDIA

Los tres hijos han seguido caminos bien distintos. Uno de ellos ya ingresó en la Escuela de Ingenieros de Minas; el mayor acabó, hace tiempo, Filosofía y Letras y se dedica a estudios lingüísticos clásicos; el más pequeño ha terminado, el año pasado, la carrera de Ciencias Económicas. Ahora está haciendo las prácticas de la Milicia Universitaria y, cuando se licencie del Ejército, piensa—para eso es joven—reformular la economía del mundo.

Un hecho concreto y evidente es que la intelectualidad española, con sus ramas técnicas de ingeniería, arquitectura y medicina,



con sus direcciones jurídicas o literarias o con sus estudios puramente científicos y de investigación teórica, se nutre de estas individualidades que, cada vez en mayor número, salen de este tipo de familia española.

Uno será luego catedrático de Instituto o, tal vez, de Universidad; traducirá a Sófocles o a Virgilio y, poco más o menos, con las variaciones que le marquen las imperiosas actualidades del tiempo, llevará, igual que los demás, el sello personal de la vida íntima de su padre. Otro, desde una empresa minera, convivirá con los obreros y será, entre ellos, un nuevo camarada. El último, desde el despacho de una industria, dirigirá la producción para conseguir una mayor venta que redunde en beneficio de todo el personal de la Empresa en la que presta sus servicios. Todos, desde luego, tienen una visión general—en algunos más especificada—de los grandes movimientos culturales de las naciones. Y todos han adquirido un amplio espíritu de comprensión hacia los fallos perdonables de los humanos. Quizá esto último sea un poco consecuencia de la inestabilidad del mundo, una como señal de perdón hacia aquellos que, pudiendo hacer las cosas bien, se empeñan en conseguirías peor.

#### LAS DIVERSIONES GENERALES

Nos queda, en este rápido examen a una familia tipo de la clase media española, referirnos a las diversiones. Las del padre, ya se han visto: el café, los amigos, el cine de los sábados y el paseo del domingo por la tarde. En el verano, si el cartel es muy bueno, el hombre se saca su tendido de sol y sombra, que por algo era abonado de la plaza vieja de Madrid. La madre, cine los sábados por la noche y paseo los domingos por la tarde; bueno, alguna que otra vez también se reúne, entre semana, con las amigas que le quedan. Los hijos; con esos vayamos despacio.

A Piluca ya la conocemos. En cuanto se hagan novios, si hace buen tiempo, a pasear por el parque, y si llueve, al cine o al café. Luego, cuando el muchacho entre en casa, variará la situación. A estudiar, frente al solecito que entra por la ventana, que la vida está muy competida y hay que ahorrar para casarse. Ella le ayudará y copiará algún apunte, que para algo es universitaria, hombre.

La pequeña es un espíritu independiente. Le gustan a radiar—no puede disimularlo—las novelas rojas. Por la módica cantidad de veinticinco céntimos por unidad va cambiando, en el puesto de la esquina, casi todos los días, su repertorio. Le gusta el cine, principalmente las películas de Gregory Peck, que es «un tío», y cuida a un pobre perro solitario, al que le baja todas las mañanas los huesos que sobraron el día anterior. Tiene veinte años y—como consecuencia perfecta—ningún problema intelectual. Cuando se case sueña con tener una nifita rubia de ojos azules para poner-

Y ya metido en «harina», le encontramos en otra de sus ocupaciones por la tarde, que es llevar la contabilidad de alguna pequeña industria



El día sigue su curso y el trabajo no tiene espera. Entre el tráfico de la calzada, toma en última instancia un autobús «por los pelos»

la un lazo colorado muy grande en mitad del pelo. Mientras eso llega, los domingos se marcha a casa de unas amigas, que hay reunión. Y a esperar.

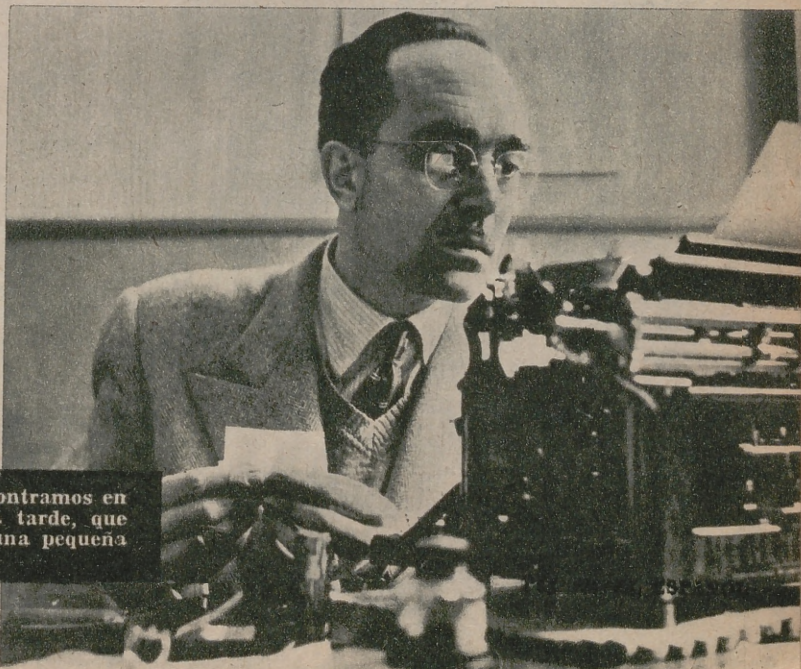
Los muchachos, sobre todo los dos menores, van al fútbol. No es ningún pecado ir al fútbol, sobre todo cuando en los estadios se sientan desde sesudos señores de sesenta años hasta tiernos infantes de siete. Pero hay que estar enterado de si el Barcelona es mejor que el Madrid, o viceversa y, además, comprobarlo por uno mismo. Entre semana—siempre hay un roto para un descosido—se va al cine. A ellos, la verdad, les gusta el cine europeo. De cuando en cuando se descuelgan, por distintos caminos, en algún baile o en alguna reunión. Y nada más. En vacaciones leen alguna novela moderna, y se acabó. ¡Ah, sí!: los dos aspiran a tener un coche.

#### LA CLASE MEDIA EXISTE

Igualito que esta familia, con particulares variaciones sin importancia, hay muchas en España. Están, también, don Pascual,

el comerciante que, a propio pulso, pasó de dependiente a propietario; don Santiago, el juez íntegro y recto, enamorado de su profesión; don Manuel, el maestro que siempre sonríe ante las pequeñas equivocaciones de los alumnos: don Felipe, el metalúrgico, que, día a día, va remozando su garaje; doña Julia, la modista que regenta un taller de doce operarias, y así, tantas y tantas otras que, con hijos pequeños, medianos y mayores, integran el gran grupo, son, en definitiva, los que hacen el número de las familias «medias». Tartas como dos millones y medio, que hacen casi diez millones de habitantes. Diez millones de habitantes tiene la clase media—esta clase que vive en el término medio, que lleva sombrero y corbata surrealista—, lo cual demuestra, indiscutiblemente, su existencia. Una existencia que pesa, cómo no, en la vida de la Nación. Cada año, la clase media rinde más. Aunque en el fondo la esencia de que hablábamos antes sea la misma que hace sesenta años.

José María DELEYTO





# EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

## ESA FAMILIA DE LA CLASE MEDIA...

Ofrecemos a nuestros lectores a partir de la página 60 un interesante reportaje de nuestro compañero Deleyto sobre la clase media española, ilustrado con magníficas fotografías de Aumente

